

BN  
RD863.44  
S238m

ANZ LAJARA



# EL MISTERIO DEL GOLFO


NOVELA



COLECCIÓN  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

M. AGUILAR • EDITOR  
Marques de Urquilo, 43  
MADRID • 1934



 **Biblioteca  
Nacional**  
PEDRO  
HENRIQUEZ  
UREÑA

EXLIBRIS



*MARTINEZ BOOQ*

---

COLECCION

30912-10

30912  
FNU. 2018



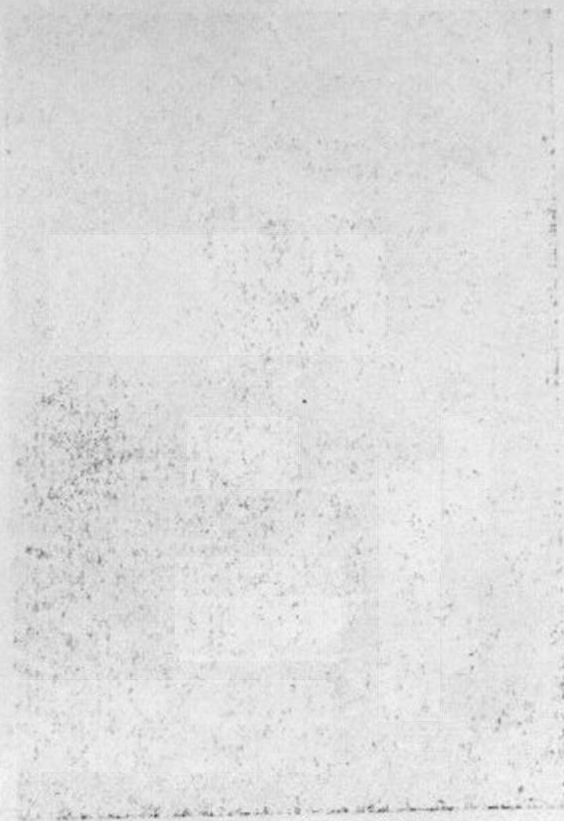
J. M. SANZ LAJARA

Dug

# EL MISTERIO DEL GOLFO



TRATADO DE...  
1812



Faint, illegible text or markings located below the central stamp.



*Fw 2019/28*



J. M. Sanz Lajara.

BN  
RD863.44  
5238m  
J. M. SANZ LAJARA

# EL MISTERIO DEL GOLFO

NOVELA

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

M. AGUILAR - EDITOR  
Marqués de Urquijo, 43  
MADRID • 1934

30912 -  
ENV. 2018

BNDHU  
PD-RV  
RD 863.44  
5238m

ES PROPIEDAD

Bolaños y Aguilar, S. L., · Talleres gráficos · Altamirano, 50, Madrid

# UNA BREVE INTRODUCCIÓN

(Para los lectores de *EL MISTERIO DEL GOLFO*)

El autor de esta obra nunca ha gustado de los prólogos. Si inserta estos párrafos al comienzo del presente trabajo, no es por puro gusto, sino necesaria obligación. Ruega, por lo tanto, a todos los lectores que se tomen el trabajo de leerlo, ya que así aclararán muchos puntos oscuros en lo que van a hojear.

*EL MISTERIO DEL GOLFO* estuvo mucho tiempo en sus cuartillas originales, sin que su creador se atreviera a darla a la luz pública. Hubo muchas razones para ello: comenzada varios años atrás, cuando el que la hizo era un niño aún, el estilo y forma con que comenzó era ilegible y lleno de errores risibles e infantiles; terminada luego, cuando ya su autor lindaba en los dieciséis otoños, encontróla absurda y poco presentable, rehaciéndola y dándole innumerables toques, pero no cambiando un punto de su argumento, loco sueño, nacido en la mente de un infante. Guarda, pues, la novela tan diferentes estilos, diferentes reacciones y diálogos tan distintos, que el lector se creará en un diccionario y no en una narración uniforme. Lo advertimos, para que, sabiendo las razones, no se puedan juzgar tan severamente las faltas y errores de una obra hecha en dos etapas tan distintas de su vida.

Después, el argumento, la trama de esta historia es absurda, llena de sucesos irreales e inverosímiles. ¿A qué se debe esto? Su autor fué siempre amante de Julio Verne, Salgari y de otros novelistas por el estilo, que supieron infiltrarle un loco afán hacia cosas y objetos sólo existentes en sus mentes exaltadas. Al principiar *EL MISTERIO DEL GOLFO* se hallaba bajo la atracción de estas ideas, pero al terminarla podremos notar una tendencia romántica y poética, que delata el cambio enorme, la metamorfosis extraña que se ha verificado en su alma.

Lo advertimos, porque de nuestra parte no quede, que esta obra ha de leerse con benevolencia y agrado desde sus comien-

Reg. No. 006841



zos, o no se gozará de su argumento y su trama graciosa y poco vista.

Sus personajes han sido ideados con gusto, y denotan los sentimientos juveniles del que los ideó. Las situaciones diversas por que atraviesan, a más de numerosas y algo emocionantes, nos ponen a la vista el punto que de mirar su obra tiene el que la hizo.

Esta es la segunda producción que de José M. Sanz sale al público; aquellos que pudieron leer su primera obra y acaben esta otra hallarán, estupefactos, el cambio rápido y preciso que ha logrado verificar en sus labores. Ya no es el muchacho que sólo gusta de describir situaciones de película, de peleas, de tiros, de muertes, de crímenes; ahora, aunque aún guarda algo de su antiguo carácter, se detiene en la descripción y gusta o va gustando poco a poco de las escenas poéticas y amorosas, de las que no vimos ni siquiera una, en su trabajo anterior. Todo esto, y muchas más razones que no exponemos por no ocupar mayor espacio, danle un valor artístico incomparable a EL MISTERIO DEL GOLFO; la hacen algo apreciado; llegan a ponerla como el punto intermedio de un estudio sobre su autor.

"Pasito", como responde el creador de este libro familiarmente, puede llegar a ser algo único en literatura. Tenemos sólo que saber su edad para convencernos de que hemos encontrado algo no común como escritor.

Basa su trabajo en hipótesis diversas, hijas de los cerebros más gloriosos del siglo: la de un volcán en las Antillas, la de un ciclón devastador, corriente en el Caribe, y, por último, nos describe una isla tropical, verdadero paraíso, que, habiendo salido del fondo del mar, vuelve a él tras grandiosa catástrofe. Hace a su principal personaje, Ricardo Vimong, el inventor portento, el privilegiado mortal que logra al fin crear el avión perfecto, la máquina voladora que durante años habíase tratado de lograr.

Su campo de acción es futurístico, y nos lleva a una fecha remota, al 1960, cuando el grado de civilización sobre el globo terrestre es mucho mayor del que actualmente poseemos.

Y terminamos. No queremos cansar con un enorme prefacio, cuando, por diversas razones, debía insertarse esta pequeña labor al final y no al principio de esta novela. Advertido el lector, dejamos a su criterio la opinión que de esta obra guarde.

M.

# PRIMERA PARTE

## UN AVIÓN MARAVILLOSO

### CAPITULO PRIMERO

#### EL «Centauro» en escena

Plomizo, cerrado y completamente ennegrecido presentábase el cielo en una mañana del mes de junio del año 1960.

¿Qué se creará éste? ¿Que somos bobos? ¡Venirnos con la bola del 1960! Eso, indudablemente, será lo que diga cualquier lector que comience a leer estas líneas. Pues, amigos y público en general: la narración que os voy a hacer se desarrolla en ese año tan lejano. Saltando en alas de la imaginación, nosotros vamos a transportarnos por las vastas dimensiones del Futuro, y nos haremos cuenta de que todo lo que os referiré ha pasado, de que el argumento se desarrolló en lejana época, muy distante de la en que vivimos.

Y volviendo a lo nuestro: la lluvia, reacia y molesta, comenzó a caer sobre la tierra, anegándola en agua y humedad.

Sobre las plumizas nubes se percibió un ruido parecido al de hélices que batían el aire, que, cada vez más cercano, aumentaba en intensidad.

Muy pronto asomó en el horizonte la silueta extraña de una bala gigantesca. Si no era mismamente un proyectil el objeto que tratamos de describir, en mucho se asemejaba por su forma y modo de volar. A prodigiosa velocidad y completamente en línea recta, avanzaba impertérrito a través de las nubes húmedas. Se aproxima, y al pasar sobre nuestras cabezas, nosotros, ¡pum!, damos una escapada y nos colamos en él.

Un saloncito, donde diversos mapas descansaban en sus paredes, con un sinfín de botones muy parecidos a los de la luz en todas partes, y en cuyo fondo, un grueso cristal

dejaba entrever otra piececita con instrumentos y asientos para el mando de la nave aérea, fué lo primero que de golpe pudimos recoger en nuestros ojos. Luego, examinando detenidamente, vimos que en la parte de atrás varias puer-tecillas metálicas numeradas indicaban los dormitorios del extraño avión. Y todo, en fin, paredes, botones, piso, techo, puertas y hasta asientos y una mesa, eran de un color me-tálico muy parecido al aluminio, pero más opaco.

Cinco jóvenes, uniformados con el blanco traje de oficial de la Marina norteamericana, sentados en cómodos butaco-nes, conversaban animadamente. Los describiremos con lige-reza para que el lector tenga una idea de las personas con quien va a tratar.

Uno de ellos, que enseñaba en sus mangas una línea más que sus compañeros, apuesto y arrogante, llevaba en su faz una eterna sonrisa. Su tez bronceada le daba un aspecto va-ronil, y sus anchos omoplatos y espaldas destacaban su hercúlea figura a través del traje que llevaba. Unos ojos cas-taños, una nariz helénica, una boca pronunciada ligeramente en gracioso pliegue de labios y una frente ancha eran las características que distinguían a aquel joven que, a juzgar por la conversación del grupo, respondía al nombre de Ri-cardo Vimong.

El segundo, casi de la misma edad, por el contrario, de-jaba entrever bajo su gorra un pelo rubio intenso, unos ojos azules, y en su cara bonachona, una nariz achatada, que le daba un aspecto tragicómico y agradable. Se llamaba Fe-derico Wels.

De entre el conjunto, una cabeza enorme, que coronaba un cuerpo descomunal y formidable, reía a menudo en es-truendosas carcajadas. Era Conrado, y sus manazas temi-bles hacían crujir el asiento en que se hallaba. Sus piernas larguísimas descansaban estiradas, enseñando bajo la tela de los pantalones una musculatura estupenda.

Y los dos restantes, figuras animadas y varoniles, daban opiniones y callaban, demostrando su carácter reservado. Rodolfo y Alfredo eran sus nombres. Tipos anglosajones de lo más puro, casi británicos legítimos, de ojos azules, pero que, en vez de afeminar sus rostros, les dulcificaba sus ex-pressiones diversas.

Y teniendo una idea de nuestros amigos, como les llama-

remos desde ahora, tomaremos parte invisible en la conversación que sostenían para que el lector entre en pormenores.

—Muchachos—decía Ricardo—, al fin nos acercamos a la lucha que tanto ansiamos. ¿Qué os parece?

—¡Soberbio!—tronó Conrado—; tantas ganas tengo, que quisiera estar ya hundiendo cráneos.

—Salvaje, antropófago—le lanzó Alfredo.

—¿Qué pasa? ¿Entonces para qué vine?

—¡Canastos!, ¡pero es que te tiras unos estilitos de destrozar enemigos... en la imaginación!

—No creas. Ya verás cómo los cojo y se las hago pagar.

—¿Y cuándo, más o menos, tendremos el primer encuentro con ese buque fantasma?—interrumpió Federico.

—Depende de si tenemos o no suerte—arguyó Ricardo.

—Pues Dios quiera que sea hoy mismo.

—No hay prisa, querido.

—Sí, Ricardo; no sabes las ansias que tengo de ver a Elena. Parece mentira. Hacía cinco años que no la había visto. Llegó del colegio, salió con unas amigas en su yate y, ¡ah canalla, se la robó ese endemoniado "Misterio"! Pero te aseguro que todo lo pagarán.

—¡Vaya que sí! Despreocúpate.

Dejemos por un rato a tan simpática reunión, y, abandonando al moderno y raro avión, retrocederemos, como suelen hacer casi todos los aburridos, a fechas anteriores a la escena descrita, para que el que esto lea sepa, del mejor modo posible, los antecedentes de esta historia.

\* \* \*

El mundo, nos referimos al globo terrestre, había alcanzado su mayor grado de perfección. Ciudades inmensas, naciones poderosas, inventos portentosos, máquinas soberbias, barco magníficos, diversiones sin cuento, todo, en fin, lo que los humanos habían tomado veinte siglos en ir realizando y modelando.

Y cuando todos los rincones del planeta se podían llamar "Mundo Civilizado", hete aquí que surge en las aguas del Golfo de Méjico un barco misterioso, temible, que, a pesar

de la civilización y adelantos, se dedica a un vandalismo cruel y extraño.

Un pirata moderno que logra hacer de las suyas. Las naciones se estremecieron y dudaron. ¿Qué era aquello? ¿De dónde salía? ¿Qué trataba? ¿Qué hombres desconocidos lo conducían al crimen y al saqueo, cual en los tiempos de los filibusteros? Nadie pudo contestar, y los Estados Unidos, creyéndose los más afectados en su comercio e industria, propusieron una captura inmediata de semejante atrevido.

—Pero, señor Gobierno—dijo el pueblo—, ¿cómo va usted a capturarlo si es un buque fantasma? ¿Cómo podremos pillar a un barco que el primero de julio hundió al “Anteurs” a diecinueve millas de la Florida, a cosa de las diez del día, y que dos horas más tarde fué visto, bombardeando a una goleta, al norte de Panamá?

Claro que los norteamericanos se pusieron serios y pensaron con detenimiento en todo aquello. Había que ponerle coto, pero ¿cómo? Entonces, lector, fué cuando salió una vocecita débil, pero que, creciendo, dijo con seguridad en los periódicos: “Yo lo haré.”

—¿Quién dijo eso?—clamó el senado.

—Yo, señores, Ricardo Vimong; me he hecho un invento para el caso, que ni de perilla le va a sentar el guante a ese descarado de “Misterio del Golfo”.

Y todo el mundo titubeó y dudó; pero vinieron pruebas convincentes, y el nuevo tipo de avión, capaz de sumergirse, volar y correr por carretera, quedó listo para realizar la hazaña portentosa. Ahora bien, era indudable que el “Misterio” tenía un sitio donde guardaba sus cuantiosos botines y robos. ¿Dónde? Nada, que inmediatamente se propuso enviar al Caribe una poderosa escuadra para rescatar los prisioneros y averiguar el truco. Y como se pensó, se hizo (esto bueno tienen los norteamericanos) enseguida.

Veinticinco unidades de guerra salieron de Nueva York, llevando al joven inventor, con unos cuantos amigos, y a su invento. Ya en alta mar, el avión, denominado “Centauro”, emprendió el vuelo, cruzando el espacio con rapidez de meteoro. ¿Hacia dónde? No se sabía.

Los periódicos anunciaron su partida, y millones aguardaron ansiosos el desenlace de aquella arrogante aventura.

Veinte unidades más aguardarían a las estadounidenses en

Campeche, y juntas todas, lucharían contra el enemigo común.

Y dejando la broma, teniendo en el magín que el lector haya comprendido la idea de la obra, nos iremos a continuar la trama en otro punto, sucedido antes de todo esto, cuando comenzaron los ataques del barco misterioso en las aguas del golfo mejicano.

## CAPITULO II

### Si retrocedemos...

Un mes antes de lo que acabamos de relatar hubiéramos podido ver, casi en el mismo sitio en donde encontramos al "Centauro" por vez primera, a un lindo yate, blanco y de bellas líneas, que surcaba raudamente las aguas azuladas del enorme golfo.

Lujoso y cómodo, su interior no tenía un punto que desear. En uno de sus salones, cuando comienza esta narración, conversaban tres lindas muchachas. Una de ellas no pasaría de los diecinueve años. Modesta, aunque delicadamente vestida, no dejaba por eso de verse menos bella. Su esbelta figura se destacaba sobre el fondo del asiento en que descansaba. Era rubia como un trival, y su piel, de una blancura extraordinaria. Sus ojos de un azul intenso, sus facciones finísimas y su cabellera rubia, larga y abundante, ligeramente recogida a los lados, enmarcaban su rostro angelical y contribuían a aumentar sus innumerables encantos. En el instante en que la enfoca la retina del novelista, retorció con impaciencia entre sus nacarados dedos un pañuelito de seda. Indudablemente, algo la preocupaba.

A su lado, y hablándole a un tiempo, las otras dos jóvenes parecían experimentar las mismas inquietudes.

De las compañeras, había una que parecía responder al nombre de Dorothy. A pesar de su hablar sajón (purísimo inglés), su tipo era completamente latino. De piel pálida e indianizada, de ojos negros como el azabache y de cabellera sedosa y del mismo color, resaltaba extraordinariamente al lado de su rubia amiga.

Y, por último, la tercera en el grupo venía a ser una

fusión de las otras. Sus movimientos felinos, expresados por las circunferencias veloces que describían sus verdes pupilas y sus facciones hermosas y expresivas, le daban un aspecto encantador y simpático. Hablaba a torrentes, locamente, como quien tiene prisa por decir todo lo que siente.

Descubramos quiénes son tan lindas jóvenes.

La primera es Elena Wels, hermana del joven Federico, que ya conocemos. Su padre, uno de los más ricos navieros de la gran República del Norte, la había tenido internada en un colegio español por espacio de varios años. Educada sabiamente por las religiosas hispanas, la bella muchacha había regresado al hogar paterno con creencias dulces y simpáticas y poseyendo un carácter aún más tierno y atrayente.

Sus compañeras, ambas pertenecientes a familias riquísimas residentes en Nueva York, habían sido sus inseparables desde la más tierna infancia. Educadas juntas y criadas juntas, una amistad rayana en lo infinito las unía a las tres. A su regreso de España, el padre de Elena, Jem Wels, había reunido un grupo selecto de amigas, en número de veinte, y les había organizado una excursión por el Caribe, a bordo de su mejor yate de recreo.

Así, cuando las encontramos, marchaban en la citada embarcación, rumbo a la ciudad mejicana de Campeche. La alegría y el gozo reinaron en el buque desde su salida del puerto de Brooklin, hasta aquella mañana en que la impaciencia de las tres muchachas nos da a entender que algo anormal las preocupa.

Y, en efecto, según veremos, no era para menos. Al despertarse Elena aquella mañana, sintió que tocaban a la puerta de su camarote. A su requerimiento de entrada, se le apareció el capitán del yate en persona.

—Señorita—le dijo—, tengo que comunicarle algo inexplicable. Desde anoche, un buque misterioso nos sigue sin cesar, a pesar de mis intentos de huída, aumentando la marcha. No responde a mis señales de "qué quiere", y cada vez se aproxima más a nosotros.

—¿Y qué podemos hacer? ¿Qué me recomienda usted?

—Señorita, no sé si usted conoce la existencia de un barco fantasma en el Golfo de Méjico, que desde hace tiempo asalta y destroza cuantas embarcaciones cruzan estas aguas.

—Conocía esos antecedentes, porque mi padre me los expuso antes de comenzar el viaje; mas ¿cree usted que nos hallamos frente a tan temible enemigo?

—Indudablemente, porque de otro modo, hubiera respondido a mis interrogaciones.

—Pues entonces, como creo que será mejor hacer todo lo posible por huir, ruégole apresurar las máquinas.

—Se hará enseguida, señorita.

Y aquello se había hecho. El yate había aumentado rápidamente la marcha, poniendo las calderas a todo vapor. Mas de nada había valido: que en el momento en que presentamos al lector las tres bellas muchachas, se hallaba el perseguidor misterioso a cosa de 1.500 metros de la embarcación.

Era un crucero de alta borda, rarísimo. Muy pronto, un cañonazo amenazador de intimidación hizo detener al capitán en su huída. Elena y sus amigas se miraron aterradas. En los camarotes, el resto de sus amigas, más cobardes que ellas, lloraban. En la cabina de mando, el radiotelegrafista mandó un S. O. S. desesperado.

Del barco que se acercaba veloz se vió despegar una lancha motor como con cincuenta hombres armados. Detrás, otra casi vacía. El yate se detuvo. Las jóvenes y los marinos se agruparon en cubierta. Llegaron las lanchas, y varios marineros, de indolente porte y sucios ademanes, subieron por la escalerilla, y al mando de un oficial desarrapado, rodearon al grupo.

—¿Qué desean?—inquirió Elena con valor.

—Vamos con calma, señorita. ¿Es usted el personaje de más ralea aquí?

—Soy la dueña de este barco.

—¡Ajá! Eso es. Entonces sepa usted, bellísima, que todos ustedes han de venirse con nosotros.

—¿Y con qué derecho hacen esto?—inquirió feroz la inquieta muchacha que describimos tercera en el grupo del salón.

—Cálmate, Sara, que todo se ha de arreglar—le aconsejó Dorothy.

—Y sería lo mejor por hacer, si no quiere prisión especial—aconsejóle altivo el oficial.

—Entonces, ¿se proponen llevarnos?—preguntó, perdiendo ya el ánimo, Elena.

—Sí, e inmediatamente.

\* \* \*

No hubo otro remedio que obedecer. Bajo las órdenes feroces de aquellos desalmados, que atacaban impunemente en la soledad del mar, la indefensa tripulación del yate fué transbordada al crucero. Sara, preguntando con picardía, a pesar de lo crítico de la situación, a uno de los marineros, consiguió averiguar quiénes eran.

—Nos hallamos—le dijo al oído a Elena—en manos del “Misterio del Golfo”.

—Me lo temí—suspiró ella.

—¡Canallas!—exclamó su amiga.

Luego, encerradas cruelmente en un salón del crucero con ventanillas, vieron a su yate ser remolcado. Partieron, y la más negra desesperación invadió a las muchachas. ¿Adónde iban? ¿Cuál sería su suerte?

\* \* \*

Después, no se dieron cuenta de nada más. El día primero de julio (contaban los días como siglos) sintieron conmoción a bordo, discusiones entre los piratas y, luego, cañonazos, detonaciones, maldiciones, en fin, efectos de una lucha enconada. Cuando, al mediodía, les sirvieron la comida, a las preguntas constantes de la inquieta Sara, uno de los criados habló:

—Se trataba de un barco al que hemos hundido. El “Anteurs”, que, por cierto, nos dió bastante que hacer.

Después de aquello, nada de mención. Navegaron por espacio de cuatro días, y al cabo, como a cien millas de la Martinica, divisaron una tierra en la lejanía, a la que el crucero pirata se dispuso a arribar.

Elena, que conservaba su gemelo de bolsillo, pudo gozar de un panorama espléndido y hermoso. Sobre la orilla ro-



cosa de aquellas costas se destacaban las siluetas graciosas y flexibles de numerosos cocoteros y palmeras, recortándose más aún al contrastar con la blancura inusitada de la espuma de las olas mugientes.

Tras pequeños sondeos, el buque misterioso que las llevaba, seguido del yate cautivo, se internó rápidamente por la boca de un pequeño canal. Era bastante ancho, pero no lo suficientemente hondo para permitir el paso de un barco como aquél. Indudablemente, se había llevado allí un largo trabajo de canalización. Sus riberas eran preciosamente recortadas, hasta semejar a veces pequeños muelles.

No vieron un alma a ningún lado. Tras un rato, la joven divisó un pequeño embarcadero de madera con una caseta y un número 1 grabado en un árbol cercano.

Continuaron adelante y pasaron ante varios embarcaderos semejantes. A medida que se internaban en aquella tierra desconocida fueron viendo hombres que saludaban a la marinería al pasar.

Sonaron golpes en la puerta del salón donde se hallaban las cautivas, y varios hombres entraron. A una orden salieron todas a cubierta. Ya allí, pudieron observar más detenidamente el paisaje. La vegetación exuberante no les permitía ver más allá de unos cuatro metros de la orilla.

De pronto vieron puentes a lo lejos. Al silbido potente del buque, se abrieron para darle paso. Eran casi todos de mecanismo eléctrico. Las muchachas se dieron cuenta de que no estaban en un país de cafres, como habían pensado.

Y algo que les heló la sangre aconteció. Fué el aullido estridente, de tonos fatídicos y espeluznantes, de una sirena potentísima.

Dorothy, instintivamente, se abrazó a Elena. Los marinos que las rodeaban, groseros y soeces, rieron con brutalidad.

La sirenita del crucero contestó, y a lo lejos retumbó una detonación de aviso. Al doblar un recodo, viéronse por encanto frente a los muelles artificiales de un gran poblado. Cientos de personas en tierra prorrumpieron en exclamaciones de alegría.

—Hoy nos las traen bonitas—se oyó gritar a una voz.

Emocionadas, las jóvenes se agruparon, como queriendo protegerse mutuamente.

Y el barco atracó, comenzando el desembarco. Custodia-

das por decenas de piratas armados, fueron conducidas a través del pueblo. A pesar de los gritos de la multitud llena de júbilo y lo crítico de la situación, las muchachas y los marineros pudieron hacer muchas observaciones de importancia.

Se hallaban en un sitio completamente moderno. Existía alumbrado eléctrico, y varios autos pasaron ante ellos por las calles laterales. Los edificios eran de una sola planta, a excepción de unos diez o doce, que tenían mayor altura.

Y al cabo, llegaron a su destino. Era en lo alto de una colina, de la que se divisaba todo el poblado. Con horror, vieron el sitio al que iban prisioneras. Era un edificio de metal todo él, rodeado por un foso, lleno de amarillento líquido.

—¡Elena del alma, estamos perdidas! — exclamó Sara —. ¿Ves esa cárcel?

—Sí, querida. ¿Qué tiene?

—Se trata nada menos que del último estilo, inventada por un norteamericano. Es metálica, y en cada esquina posee una pila gigante. El líquido es un reactivo formidable. En caso de que intentemos huir, desde lejos, un carcelero, con sólo conectarnos una fuerza de diez voltios, motivará una corriente que, accionando esta diabólica batería, nos carbonizará en un segundo.

—¡Dios mío! ¿En dónde nos hallamos? ¿Qué poder sobrenatural nos ha aprisionado?

Y Elena no pudo evitar que dos lágrimas le abrasaran el rostro.

Y por un puentecillo levadizo fueron internadas, con la tripulación del yate y los desgraciados del "Anteurs", en la cárcel extraña y desconocida.

La situación de las desconsoladas jóvenes se hacía cada vez más fea.

Dejémoslas ahora por un momento algo largo y demos a conocer un nuevo personaje al lector.

### CAPITULO III

#### **La cosa se pone a punto**

Era una motita pequeña, muy diminuta, que casi se ahogaba en el mar revuelto de la Humanidad. Examinando, buscando e indagando, la hallaremos al fin. Allí está. Ya se ve.

Era un niño flacucho y mal vestido. Pero, ¿qué digo? ¿Acaso puede merecer el nombre de traje los jirones destrozados y maltrechos de lo que fué en un ya lejano tiempo el gabán de un hombre? Unos pantalones desgarrados y deshilados parcialmente completaban la ropa que sobre su cuerpo hambriento llevaba el niño. Su rostro infantil, sucio y barroso, dejaba ver como únicos puntos brillantes dos luceros azules: sus ojos.

Cuando le ponemos por vez primera ante la visión del lector, portaba en sus manos un guijarro recogido del suelo; caminaba de puntillas y con cautela, a la vez que atisbaba con detenimiento las copas de los árboles cercanos.

Se oyó el canto de un ruiseñor, y el pájaro cantor salió como una flecha de las ramas de un mangó. Disparó el vagabundo su piedra con fuerza increíble y alcanzó al fugitivo en una de las patas.

Cayó al suelo el herido, y arrojóse su perseguidor tras él con saña. Iba a agarrarlo con triunfal sonrisa, cuando el pajarillo emprendió el vuelo nuevamente, chasqueando sus propósitos de captura.

Desalentado y vencido, Juanito (éste es el nombre del nuevo personaje) sentóse en el camino, sin fijarse que a lo lejos avanzaba, raudo y veloz, un potente automóvil.

Acercábase el vehículo, y el muchacho continuaba tendido en su ruta con indolencia y despreocupación, quizá bus-

cando objeto en que posar su mente buscadora de aventura. Su chofer le vió, y al intentar frenar, lo que hizo fué empeorar la situación. Las ruedas molieron al infeliz rapazuelo, que, no esperando el golpe, lanzó un gemido de dolor, al mismo tiempo que caía inerte a varios metros de distancia.

Una exclamación de cólera y varias blasfemias se oyeron en el interior del coche. Así que éste se hubo detenido, dos hombres muy bien vestidos saltaron al suelo. Uno de ellos, el más alto y de mayor elegancia que su compañero, exclamó, al mismo tiempo que movía brutalmente con el pie al niño herido:

—¡Habrás visto imprudente!

—Después de todo, es un infeliz que ni conocemos.

—Lo más probable es que se trate de Juanito, el huerfano vagabundo que tanto nos está dando que hacer con sus diabluras.

—Sí, debe ser él. Y no tiene cara de malo.

—¿Qué hacemos? Necesitamos llegar pronto al pueblo y nos queda muy poco tiempo.

—Lleváoslo, señor. Quizá os sirva como criado.

—No, pero se me ha ocurrido adoptarlo. Puede ser un buen ayudante en el futuro. Tú—dirigiéndose al chofer—, carga con él y ponlo en el auto.

Se le obedeció, y se alejaron por la carretera, quedando todo en silencio. En aquel momento, el ruiseñor, feliz, alzó el vuelo a regiones lejanas.

\* \* \*

El nuevo o los nuevos personajes que acaban de ser presentados al lector son, en realidad, muy importantes. El hombre, de los que se apearon, que se distinguía por sus maneras elegantes y al que el otro trató de señor es, para general conocimiento, nada menos que el jefe supremo, algo así como el gobernador de la isla pirata. No daremos ahora datos de él, porque le conoceremos más tarde, en otras actividades. Sin embargo, nos vamos a detener en el niño accidentado, niño que va a jugar papel importantísimo en esta narración.

Juanito no sabía su apellido. Sus padres, miembros y secretarios del "Misterio del Golfo", habían muerto hacía varios años. Y él, por naturaleza vagabundo y huraño, viéndose libre, había huído a los bosques de la isla misteriosa.

Su vida, desde aquel momento, fué espléndida y llena de truculentos episodios. El niño salvaje se mantenía de frutas, escalaba los árboles con agilidad de mono, bebía en los charcos, y, cuando irrumpía en los poblados, era para robarse algo o pelear bravamente con algunos chiquillos de su edad, a pesar de que todos los existentes en la isla le respetaban.

Se le había apresado varias veces, pero el pilluelo había logrado huir. Así, teniéndosele por imposible, se le dejaba vivir a sus anchas. Nadie como él conocía la maleza de la isla, y nadie como Juanito sabía aprovecharse de ella para esconderse y salvarse de asechanzas.

Llevaba su existencia holgadamente, cuando el desgraciado accidente que le hemos visto pasar le trastornó sus planes. Siguiendo esta historia, encontraremos de nuevo al audaz rapazuelo.

Desvanecido y ensangrentado, marchaba adonde nadie sabía.

## CAPITULO IV

### Un rescate emocionante

Negras nubes comenzaron a cernerse en el espacio. El cielo se fué nublando más y más, con una rapidez muy común para los habitantes de las zonas tropicales. El mar comenzó a encrespase cada vez con mayor furia, hasta convertirse en fragorosa tempestad. Gruesas gotas de agua cayeron con violencia. Centelleó una luz vivísima en las nubes, y un rayo, seguido, de un poderoso trueno, dió comienzo al zarandeo violento de los elementos en lucha feroz.

Sobre las nubes locas, volaba veloz el "Centauro". En la cabina de mando, Ricardo, el valiente y simpático joven que conocimos en el capítulo primero de esta historia, accionaba las palancas y timones con mano segura. Para él era de gozo intenso sentirse en pugna con los enemigos opuestos a la marcha de su invento perfecto.

La tempestad era amenazadora. Las aves marinas, semejantes a fantasmagóricos espectros, se reflejaban en las olas enormes, impulsadas por el viento invencible.

—Henos aquí en tamaño aprieto—fueron las palabras del gigantesco oficial que conocimos con el nombre de Conrado Powell.

—Sí; mas demos suerte a que estamos en manos de un piloto como Ricardo—fué la contestación de Federico, el hermano de Elena, que hacía en aquel momento un detenido examen del mar desde las ventanillas especiales del avión.

—Muy bueno, en efecto—dijo Rodolfo, sentado ante una mesa, estudiando un mapa.

Y enmudecieron todos. A pesar de la seguridad con que se veían allí dentro, bien abrigados y mejor protegidos, la situación no era muy buena.

De pronto una exclamación de Federico dejóles en suspenso.

—¿Qué sucede?—preguntó Alfredo, levantándose y yendo a su lado, seguido de sus demás amigos, a excepción de Ricardo, al mando del avión.

—Venid a ver.

Una pequeña embarcación pesquera, con cuatro tripulantes, subía y bajaba las montañas de agua, sin gobierno ni poder que la detuviera al fin próximo que la amenazaba.

A lo lejos se divisaba algo que heló la sangre en las venas a los audaces jóvenes, espectadores en suspenso del drama. Una tromba marina colosal, uno de esos fenómenos extraños que forma el mar, se elevaba al impulso del viento desencadenado. Indudablemente, la goletita que se veía bajo el "Centauro" era arrastrada a ella por la fuerza de la corriente.

Lo mismo que un surtidor, pero de descomunales proporciones, la tromba lanzaba a las nubes el contenido del océano. Era soberbia. Se enroscaba cual boa prehistórica, se retorció, se achicaba, se agrandaba, y al llegar a su cenit, bajaba de nuevo en múltiples chorros que desbarataban las olas y calmaban la tempestad con su violencia irrefrenable.

—Tenemos que salvar a esos desgraciados—fué lo único que murmuraron los intrépidos viajeros al contemplar el espectáculo magnífico que se corría ante sus ojos.

—En eso pensaba—se oyó decir a Ricardo desde su sitio—. Tendría que poner a prueba mi "Centauro", mas creo que lo haré. No podemos ver perecer a cuatro desgraciados pudiendo remediarlo quizá.

—Sí, pero debes pensarlo bien. ¿Crees que el avión resistirá una prueba tan tremenda?

—No sé qué decir. Pero, ¡qué caramba! Alerta, amigos, que allá voy.

—¿Y qué es lo que intentas hacer?

—Tirarme contra la tromba y deshacerla, haciendo el mismo papel de una bala gigantesca.

—¿Estás loco?—le agredió Conrado—. Sólo tratábamos de insinuarte que descendieras y los tomáramos a bordo, pero no semejante locura.

—Precisamente. Ahí está la locura del caso. Si nos arriesgamos a descender, correremos el peligro de ser arrastrados por la corriente, mientras que, contando con la veloci-

dad del "Centauro", podemos atravesar la montaña de agua con toda seguridad, y quizá destruirla. Ahora veréis.

Todos callaron, y el avión giró hacia la derecha para dar la vuelta. Muy pronto, tras describir una circunferencia como de quinientos metros, se halló en su antigua ruta, precisamente en línea recta al coloso de los mares. Ricardo haló de varias palancas y todos los respiraderos se cerraron herméticamente, aumentando la velocidad de la máquina con extraordinaria ligereza. Y todo fué obra de instantes.

Un golpe, un leve chasquido, pesadas masas de aguas que se esparcieron locamente en el aire, para caer luego al océano, y la tromba descomunal se deshizo al formidable empuje del proyectil gigantesco. Ni una vibración, ni una caída, nada. El avión maravilloso giró nuevamente y contempló su obra sin darle importancia. Y todo sin el auxilio de una hélice ni de un ala. Sólo los conductos que ostentaba en su parte trasera indicaban, con sus detonaciones al unísono, la fuerza misteriosa que lo impulsaba.

—¡Eres un genio!—fué el unánime calificativo que salió de todos los labios.

—Salvemos ahora a los náufragos, que aunque no corren el peligro de la tromba, se hallan amenazados de un naufragio inevitable a merced de la tempestad que arrecia—fué la contestación del inventor de aquel prodigio hecho máquina.

Y el avión comenzó a revolotear cual águila intrépida alrededor de la indefensa embarcación. Sus tripulantes aguardaban el desenlace con impaciencia.

Como por encanto, a la acción de los mandos diversos, brotaron diferentes hélices a todos los lados del "Centauro", haciendo a éste maniobrar con maestría insospechada. Aquello era inverosímil casi. La plateada mole se inclinaba de costado, se dejaba mojar por las olas más altas, se elevaba, volvía a bajar, giraba a la derecha, en fin, seguía los movimientos de la goletita como si fuera su sombra.

Los náufragos, ahora, no se preocuparon del mar amenazador, sino en quedarse perplejos y sobrecogidos ante el extraño aparato.

Así que éste se halló casi pegado a ellos, vieron cómo se abría una puertecilla en uno de sus costados y les gritaban desde dentro:

—¡Rápido! ¡Pronto! ¡Entren!

Y obedecieron. No sabían adónde les llevaban ni a qué sitio, pero ¿qué remedio les quedaba?

Ya en el interior, fueron recibidos cordialmente.

—Cámbiense de ropa. Entren esos cuartitos del fondo, y después que estén completamente secos, hablaremos.

Así lo hicieron, desapareciendo los cuatro con prontitud.

—No me tienen cara de amigos—dijo Alfredo.

—Ni a mí—contestó Federico.

—¿No os extraña encontrar una embarcación tan pequeña a una distancia tan considerable de la costa?—preguntó Conrado pensativo.

—Pudieron ser arrastrados por una tormenta—arguyó Rodolfo.

—Pero creo que no lo han sido—se oyó decir a Ricardo—, y, por si acaso, los llevaré a Miami, donde los atenderán mejor.

—¿Tenemos tiempo?

—De sobra, y así daremos ocasión a que se disipe este disturbio tropical sobre el golfo.

—¿La tempestad?

—Sí, que parece algo violenta.

El avión se disipó en las nubes, y la embarcación abandonada se hundió bajo las olas: eventos de un drama.

\* \* \*

Ricardo había cerrado la puertecilla de comunicación entre la cabina de mando y el salón del avión, sin que el resto de sus amigos se preocupara por ello. Cuando los náufragos salieron, cambiados y arreglados, los jóvenes les dieron de comer e inquirieron de ellos la explicación a su tragedia.

Eran—según ellos—pescadores de Nueva Orleans, que, extraviados por un ciclón, habían ido a parar a casi la mitad del golfo. Contaron sus aventuras con toda clase de detalles, adquiriendo, en cambio, noticias referentes al "Centaurio", a su dueño y a los jóvenes. Federico, gran fisonomista, creyó percibir un gesto de desagrado cuando se citó al "Misterio del Golfo" como blanco de sus correrías, en los rostros de los pescadores.

En aquel momento, cuatro horas después de la aventura del rescate de las olas, se divisó Miami, moderna y bella,

asentada sobre la costa tropical del Continente americano, con sus edificios blancos y sus calles rectas.

Aterrizaron en el campo militar. Un grupo de autos se acercó al avión, y cuando se abrió su entrada, varios policías y su jefe subieron prestos a su interior. Cualquiera que hubiera visto al "Centauro" en aquel momento no le hubiera conocido. Le habían salido alas y hélice y no tenía los conductos para los cohetes.

El que comandaba a los representantes de la ley, tras saludar a los jóvenes, se dirigió a los naufragos:

—Dense presos.

—¿Cómo?

—Como lo oyen. Es inútil que traten ustedes de disculparse. Se sabe perfectamente bien que son ustedes los cuatro presidiarios escapados de la penitenciaría de esta ciudad hace cosa como de un mes.

Los cuatro hombres se miraron resignados. Luego, con odio reconcentrado, mirando a los jóvenes marinos y a Ricardo, exclamaron:

—No se apuren, canallas, que el "Misterio del Golfo" sabrá vengarnos.

—¿Conque el "Misterio del Golfo"? Lo veremos—contestó Ricardo.

Fueron esposados y conducidos en un coche blindado al presidio. El oficial de policía hablóles:

—¿No van a permanecer un rato entre nosotros?

—No, no podemos. Son las cinco de la tarde, y mañana por la mañana necesitamos estar en la Martinica.

—¿Y a qué van a Martinica ustedes?

—Bueno, aún no lo sabemos ciertamente, pero quizá sea para poder al regreso inspeccionar el Caribe con detención.

—Entonces, ¿se marchan?

—Sí, adiós.

Así dijo Ricardo, y el avión, listo ya, se perdió en la tarde que se iba.

## CAPITULO V

### Revelaciones sorprendentes

—¿Qué os parece todo esto?—preguntaba Ricardo momentos después a sus amigos enmudecidos.

—Verás—dijo Conrado tomando la palabra en nombre de los otros—: al ver la sensacional captura que acabas de hacer, nos hemos hecho varias preguntas y hemos pensado varias cosas.

—¿Cuáles son esas cosas?

—Primera, que eres un fenómeno, y segunda, que contigo nos atrevemos a ir a cualquier sitio sin miedo alguno por nuestras vidas.

—¡Ja, ja! ¿Y las preguntas, cómo son?

—Las preguntas son tantas, que te las haré por orden. He aquí la primera y de mayor importancia: ¿Cómo conociste que los cuatro tunos esos eran bandidos?

—Muy sencillo, querido. Vi la embarcación a merced de la tormenta, y enseguida pensé: "Es imposible que una lancha pescadora pueda haber llegado a estas latitudes sin un objeto determinado, y ¿quién si no los miembros del "Misterio del Golfo" se atreverían a ello?"

—Está muy bien, mas, ¿cómo sin tener seguridad, los llevaste a las autoridades?

—Tenía seguridad.

—¿Tú?

—Sí, chico. Cuando me encerré solo en la cabina de mando fué con ese objeto. Así, tan pronto ustedes me olvidaron, hablando con los supuestos naufragos, yo conecté mi aparatito, el "televisorio" de mi invención, hasta encontrar la estación transmisora de Miami Playa. Pedí inmediata comunicación con la oficina fotográfica del presidio y se me

dió. Ya al habla, y ante el jefe de investigación, hice que se me enseñaran las fotos de los últimos apresados. Con asombro, pude hallar prontamente a los cuatro individuos que salvamos, allí fotografiados por sospechosos ante las autoridades de ser cómplices del buque fantasma y por haberse fugado de la Penitenciaría como cosa de un mes ya.

—¡Estupendo! Hay que felicitarte, pero principalmente por tu invento colosal. El nos está prestando servicios insospechados. Ahora, Ricardo, capitán de esta expedición, ¿serías tan amable que nos dieras una explicación detallada del mecanismo de este avión?

—Bueno, no hay inconveniente. Venid aquí.

La promesa de saber lo que ignoraban y ansiaban surtió su efecto. En menos de medio minuto, todos los jóvenes habían rodeado al piloto intrépido. Cómodamente sentados, escucharon:

—Mi "Centauro" no es el resultado de una locura; es la materialización de un proyecto que concebí en mi infancia. Todos vosotros sabéis, porque os educasteis junto conmigo en la misma Academia militar y luego en la Naval, que me gustaron siempre la Mecánica, la Física y todo lo que a números se relacionase.

—En efecto, eras el mejor matemático del grupo.

—Bueno, pues mis aficiones sólo tenían un objeto: el de crear un avión completo, si no perfecto, seguro contra todas las eventualidades. En primer lugar, necesitaba un metal que no pudiera ser atravesado por las balas ni por el fuego. ¿Dónde hallarlo? Era una cuestión imposible de resolver con números, y creí fracasar. Algo inverosímil, que parece un suceso novelesco, vino a servirme de tabla de salvación. ¿Recordáis la importación hecha, hace cinco años, a San Francisco de California por un chino, de una piedra enorme, desconocida y de sonido metálico, que fué la sensación durante muchos meses en "magazines" y periódicos?

—Sí.

—¿Y recordáis que por aquel entonces yo fuí uno de los que con más interés la examinó?

—Desde luego, y también recordamos haberte visto alegre y sonriente, como si hubieras descubierto algo maravilloso. Luego desapareciste por seis meses.

—Eso es. Veo que no lo olvidáis. Pues sabed mi secreto: mi ausencia se debía a un viaje.

—¿A un viaje?

—Sí, a un viaje a China. No os asombréis. Sí, a China. Hice conocimiento con el importador de la piedra misteriosa, logrando averiguar el sitio donde la había encontrado. Me hice después de un barco mercante, lo alquilé con la ayuda de mi bondadoso padre, y ayudado por varios hombres, me dirigí a la tierra de los hombres comedores de arroz. Entré al país por una playita solitaria, y en la soledad del monte hice un descubrimiento portentoso, descubrimiento desconocido para el mundo entero, excepto para vosotros en este instante. Nada menos encontré un yacimiento enorme de una masa metálica gual completamente a la piedra traída a San Francisco. Loco de alegría, hice excavaciones y llené mi barco como con cien toneladas de negros pedruscos. Los subordinados a mis órdenes me creyeron loco, mas obedeciendo al dinero que les daba en abundancia, trabajaron sin chistar. Así que conseguí lo que fui a buscar, regresé, no comunicando a nadie en los Estados Unidos mi hallazgo. Luego trabajé asiduamente con el extraño y desconocido metal, encontrando lo que me había sospechado: era completamente diferente a todos los conocidos, de propiedades valiosísimas, e irrompible, incombustible e intraspasable hasta para los medios más violentos. Lo bauticé con el nombre de "strag". Ya tuve el material, y comencé mi obra, viendo, a l cabo de intensos esfuerzos y estudios, la realización de mi ensueño. Mas antes de seguir necesito aclarar algo muy importante. Como sabéis, los Estados Unidos, en la guerra sostenida con el Japón en el 1956, adquirió como deuda de la lucha la provincia enorme de la Corea. Y, por fortuna, los yacimientos del "strag" quedaron dentro del límite de la nueva posesión norteamericana. Me apresuré a comprar los terrenos a precios irrisorios, y hoy día son de mi propiedad. Como sospecho que son los únicos en el mundo, representan una fortuna. Y, como iba diciendo, llegué a ver hecho y acabado al "Centaurio", el avión que de tanto me iba a servir. Lo armé en la finca de papá en Missouri y lo sometía a pruebas violentísimas, en la soledad de los bosques, sacando los siguientes resultados, que os expondré brevemente. En primer lugar, su velocidad, que os parecerá inaudita, ha llegado al máximum de novecientas millas por hora.

—¿Novecientas millas?

—Exactamente. Comprendo que es algo imposible de creer, mas no es otra cosa que la realidad. Con mi "Centauro" no dudo que llegue a realizarse un viaje a la estratosfera con éxito. Por supuesto, me refiero a alturas no alcanzadas. Y, como iba diciendo, tras su velocidad vienen su diversos recursos. Corre en carretera, se sumerge a profundidades enormes en el mar, gracias a la resistencia del "strag", y vuela a velocidades que ya conocéis. Cuando corre por la tierra, usa cuatro ruedas grandes de caucho, exactamente iguales a las de un avión corriente, pero con propulsores para imprimirles movimiento, conectados a un engranaje en los motores aéreos. Esto significa que la misma fuerza que mueve las hélices en el aire mueve a las ruedas en el suelo. Me preguntaréis, sin duda, que dónde se hallan esas ruedas. Pues escondidas. Como de seguro serían un estorbo durante el vuelo, las oculto en compartimientos a los lados, herméticamente cerrados. Y así hago con casi todos los instrumentos diversos de mi avión. Por eso nada se puede apreciar a simple vista. Lo mismo que con las ruedas, he hecho con las alas plegadizas, necesarias sólo cuando la velocidad a que vaya sea muy pequeña; con los botecillos anfibios, utilizados para un amarizamiento; con las hélices a los cuatro lados del cuerpo central, destinadas a imprimirle al aparato movimientos descendentes, ascendentes y de lado, completamente en líneas rectas, y con los tubos lanzadores de explosivos, en la parte de atrás.

—¡Ah! Por eso, entonces, pudiste acercarte a la barca de los tunos esos.

—Sí; de otro modo, me hubiera sido imposible. Como puedo esconder las hélices y ruedas y tubos, no me importaba que las olas mojaran al avión.

—Eres un talento, Ricardo. No se puede negar.

—¡Bah! He hecho lo que quizá otro inventor hubiera realizado en menos tiempo. Pero oíd: el "Centauro" también está formidablemente armado. Tiene ametralladoras de mi invención, que brotan de un golpe; posee un lanzador de bombas, otro de granadas, un tubo, también de mi invención, que al expeler un humo negro, compuesto de varios gases, mata y destruye cuanto toca, menos al avión, que con su "strag" es invulnerable. Luego, mi sistema de mandos y palancas es tan raro y tan preciso, que podría dejar al avión

sin guía durante horas, con la seguridad de que no se desviaría de su rumbo.

—¿Ni un ápice?

—Ni una pulgada, amigos. Y, en fin, no quiero cansaros. Sabed que hay en mi avión muchos más secretos, que, a medida que pase el tiempo, iréis conociendo. Lo que sí os quiero dar a entender es lo siguiente: nunca dudéis de nada en referencia al "Centauro" ni os asombréis por nada; no importa lo inaudito e inverosímil que sea.

—Así esperamos, Ricardo. No creemos que, después de tus explicaciones haya duda entre nosotros respecto a tu talento.

En aquel momento un reloj metálico en la pared del aparador tiró sobre los presentes siete golpes. Conversando, los jóvenes no habíanse dado cuenta del tiempo.

—Hemos corrido algo; mas necesitamos aumentar la velocidad si queremos arribar a la Martinica mañana—dijo Ricardo.

—A propósito, ¿qué vamos a hacer en ese sitio, estando tan fuera de nuestro radio de acción?—preguntó Federico.

—Lo más probable es que nos sirva de base para hacer exploraciones sobre las Antillas Menores.

—Eso es otra cosa.

Callaron entonces y se dispusieron a cenar por unanimidad. Mientras ellos buscaban la fuente de la vida, el "Centauro", en las nubes, buscaba al causante de la muerte.

## CAPITULO VI

### Declaraciones

Como a las ocho de la noche, se sintieron golpecitos misteriosos en un cuadrado, semejante a una pantalla, de la cabina de mando.

—¿Alguna avería?

—No, algo más importante—había contestado Ricardo—. Venid.

Nuestro amigo pulsaba una ruedecita bajo el marco del cuadro. Poco a poco se fueron dibujando siluetas de seres humanos en la pared.

—¿Qué es esto?—fué la pregunta de todos.

—Se trata del televisorio de que os hablé, que nos va a dar noticias importantísimas.

Y, en efecto, muy pronto los jóvenes pudieron ver al jefe de policía de Miami y a varios agentes, que les sonreían. Al principio, les vieron hablar sin que los sonidos llegaran a ellos. Después las voces fuéronse intensificando hasta poder oírse claramente.

—¿Qué tal el viaje?

—Magnífico; ha desaparecido la tormenta, y volamos a una velocidad bastante regular.

—Pues volarán con más prisa cuando me oigáis. Los hombres traídos aquí han declarado extensamente.

—¿Extensamente?

—Sí; sus declaraciones son sensacionales. Naturalmente, nada será propagado, y lo que voy a comunicarles a ustedes nadie lo sabrá más adelante.

—Indudablemente; tenga esa seguridad.

—Pues escuchad: los cuatro hombres capturados por ustedes son, como habíamos sospechado, miembros del "Mis-

terio". Viajaban a su bordo, cuando lograron apresar una goleta pescadora en las cercanías de Campeche. Robada y saqueada la pequeña embarcación, el jefe del barco misterioso ordenó que se usara como cebo para atraer a los barcos. Así se hizo, y éstos cuatro hombres que tenemos aquí formaron su tripulación. Siguiendo el plan que se les había trazado, se alejaron mar adentro, cuando una tempestad los separó a centenares de kilómetros del "Misterio". Entonces fué cuando ustedes los salvaron de las olas.

—¿Qué dije?—interrumpió Conrado.

—Guardan rencor contra sus compañeros, por no haber intentado salvarles. Esa es la causa de que hayan declarado. Según han dicho, pensándolo bien, les conviene hablar para salvarse. Tienen razón, ya que, debido a las declaraciones que han dado, logren después su libertad. Luego han dicho que la base de las operaciones del buque misterioso se halla en una isla a cien millas de la Martinica.

—¿De la Martinica? interrumpió Federico—. Ya tenemos entonces objeto cierto para dirigirnos allá.

—Sí, de la Martinica. Se trata del Peñón Rojo, una tierra volcánica y que creíamos deshabitada. Ahora resulta que en ella se han guarecido los vandálicos corsarios del golfo. Han formado pueblos modernísimos y poseen medios extraordinarios de defensa. Su jefe supremo, al que llaman "El Misterio", vive en inexpugnable palacio, rigiendo como única autoridad sobre los diez mil individuos que componen la formidable asociación criminal.

—¿Diez mil?—preguntó Ricardo, preocupado.

—Sí; entre mujeres, hombres y niños, alcanzan ese número. Lo inexplicable es el modo de que se han servido para no ser descubiertos. Mas los prisioneros que tenemos nos han dicho que sus casas están muy bien situadas, al abrigo de todas las miradas, exceptuando las del poblado principal, que se divisan desde lejos. En ese sitio hay un servicio estrictísimo de vigilancia. Por eso, tan pronto aparece un barco en el horizonte se le hacen llamadas de auxilio. El infeliz acude, como es natural, apresándosele entonces. Luego, sus tripulantes han de seguir dos caminos: hacerse piratas y ser fieles a los mandamientos de la secta misteriosa o servir de criados en la casa de alguno de los piratas.

—Medidas muy bien tomadas. Indudablemente, el "Misterio" es un talento—habló Ricardo.

—Tiene que serlo, señores. Y, en fin, esto es todo. Espero que nuestras noticias sean importantes para ustedes.

—¿Importantes? Capitales, amigo mío. Sin ellas, nada casi hubiéramos podido hacer. Le quedamos hondamente agradecidos.

—Entonces adiós y buen viaje.

Se fué esfumando la visión hasta desaparecer. El televisorio acababa de prestar inmenso servicio.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntaron inmediatamente sus amigos a Ricardo.

—Ir al Peñón ese.

—¡Hurra! ¡Eso es hablar!—atronó Conrado con su voz estruendosa—. Ya estoy loco por ver volar a esos sinvergüenzas bajo el fuego de tus bombas.

—No seas tan bárbaro—le amonestó a carcajadas Rodolfo—. ¿Te crees que esos bandidos no son seres humanos?

—Lo son, pero sí merecen eso y mucho más, por sus crímenes.

—Bueno, dejaos de tontadas. Se nos acaban de dar noticias de interés, y debemos trazar un plan a seguir inmediato—declaró Ricardo.

—Pues hagámoslo.

Y todos rodearon la mesita de estudios, al lado del asiento de mandos. Conrado, que conocía su mecanismo, dió vuelta a un conector, iluminándose inmediatamente el interior del mueble, ya que era de cristal en su parte de arriba. Luego dió vuelta a una manigueta que hizo enrollar un cablecito. Desfilaron por la iluminada superficie varios mapas hasta aparecer el deseado. Era una clara y nítida producción de las Antillas Mayores y las islas de Barlovento. Con una barrita de cristal oscuro, Ricardo señaló el sitio de sus ambiciones. Al este de la posesión francesa, como a unas cien millas, se veía una isla larga, muy parecida a Puerto Rico. Debajo, en la carta-mapa, se veían estas letras, que todos leyeron con avidez:

“El Peñón Rojo.—Isla desierta e inhabitada. Muy fértil, pero nunca cultivada, gracias al miedo que siempre ha producido un volcán existente en ella, siempre en erupción intermitente. Brotó del fondo del océano en el 1935, durante un ciclón aterrador, que luego devastó a la Martinica y la Dominica. Tiene 152 kilómetros cuadrados. Se dan en ella el coco, la caña de azúcar, el plátano, el café, el cacao, y se

creo posee yacimientos riquísimos de diamantes. Posesión, por el último Congreso de la Liga de Naciones, de los Estados Unidos de América.”

—Sería, en verdad, un paraíso ese lugar, a no ser por el volcán que le amenaza—habló Alfredo.

—Sí. Mas pensemos ahora en el plan. No conocemos—dijo Ricardo consultando con sus amigos—la situación de ninguno de los puntos de vigilancia de los piratas. Por lo tanto, nada ganamos con tocar en Barbada y atacar por el sur.

—En efecto—aprobó Federico.

—Creo—continuó Ricardo—que lo mejor es parar en Martinica, prepararnos allí, y entonces internarnos en el Peñón por su lado oeste. ¿Qué os parece?

—Que lo que tú digas es aprobado por unanimidad en el Congreso.

—Gracias, magistrados. Entonces sea.

Y tomando a chacota todo aquello, los intrépidos jóvenes trazaron planes que los conducían a la lucha y a la muerte.

El “Centauro”, mientras tanto, bebía velocidades prodigiosas, maravillosas. Había salido de Miami a las cinco de la tarde, y ya a aquella hora (las nueve de la noche) se hallaba volando sobre el Canal del Viento, entre la Hispaniola y Cuba. Muy pronto quedaron atrás las luces de Puerto Príncipe y comenzaron las poblaciones de la República Dominicana a desfilar en la noche.

Ricardo tenía el mapa de la gran Antilla por delante, y así iba citando las ciudades, a medida que sus luces iban apareciendo. El viaje se hizo interesantísimo. Azúa, San Cristóbal, Santo Domingo, San Pedro de Macorís, La Romana fuéronse quedando en la lejanía. Después se elevó el “Centauro” para evitar las corrientes y los vacíos del Canal de la Mona.

—¿A qué velocidad vamos?—preguntó en cierta ocasión Federico.

—Más o menos, a unas ciento cincuenta o doscientas millas por hora—contestó Ricardo.

—¡Acabáramos! Entonces por eso hemos pasado tan pronto sobre estas dos Repúblicas.

—Amigos—intervino Conrado—. ¿No creéis que sería bueno dormir un rato?

—En efecto; mas ¿y el infeliz Ricardo?

—Bueno, propongo que aterricemos en algún campo, para que él también pueda descansar.

—¡Buena idea! Hazlo, muchacho.

Y, en consecuencia, bajó raudo el "Centauro" a una isleta en el canal: la Mona.

Un cuarto de hora más tarde, el avión, completamente a oscuras, había desaparecido entre la maleza. A merced de sus hélices autogiros, había logrado descender en línea recta, entre un claro del bosque.

\* \* \*

A las dos de la mañana, Ricardo, despertado por un reloj eléctrico de aviso, en su pequeña habitación, saltó del lecho. Se lavó y arregló en el lavabo metálico a la cabecera de su cama, y se dirigió al sitio de la pared donde una vez vimos comer al gigante Conrado. Tomó algunas conservas y un poco de leche condensada, después de calentarla, y acabando, se sentó en el sillón de dirección y accionó las palancas.

Sin un golpe, sin un chasquido o un tumbo, el "Centauro" se elevó majestuosamente en la madrugada. Mientras tanto, los otros jóvenes dormían.

Los tubos disparadores surgieron así que el aparato estuvo en la altura y las lenguas de fuego impulsaron a la máquina con velocidad soberbia.

Como una visión fugaz pasaron las luces de la ciudad borincana de Mayagüez bajo Ricardo.

Y lo mismo las de Aguada, Aguadilla, Camuy, Arecibo, Manatí y San Juan.

Sobre la capital portorriqueña, el "Centauro" se detuvo y revoloteó, buscando algo. Al cabo, divisando una luz roja, voló hacia ella. Aterrizó, y nuestro amigo descendió a tierra. Llevaba un papelito en la mano. Un hombre le salió al encuentro.

—¿El señor Ricardo Vimong?

—Sí.

—Puede entregarme el "parte". Soy el oficial de guardia en la Estación naval esta noche.

—Téngalo, y haga el favor de que salga inmediatamente.

Entregó el papel y volvió al avión. Cuando estuvo en el aire, pudo divisar muchas lucecitas. Por pura curiosidad,

planeó sobre ellas. Era un club festivo, el "Escambrón", que celebraba un baile.

Mientras tanto, el oficial llevaba el parte que se le había entregado a la residencia del gobernador. Cuando, a la mañana siguiente se despertó Mr. R..., encontró el papel junto a su cama.

Leyó:

"Sin novedad. El "Centaurus" sigue rumbo a Martinica."

Para sí, murmuró:

—¡Valientes muchachos!

Y luego hizo transmitir la nueva a todas las Estaciones navales de las Antillas. Ese mismo día salió el "parte" en los principales periódicos del Sur y Norteamérica.

\* \* \*

Retrocedamos. A las dos y media de la mañana, voló Ricardo sobre la isla La Culebra, al este de Puerto Rico. Luego, tras un intervalo de cinco minutos, sobre Santo Tomás. Y siguió:

A las tres se despertaron sus amigos, atronando el avión con sus exclamaciones.

—¿Dónde estamos?—fué la general pregunta.

—Sobre la Guadalupe, amigos míos. Divisad a Pointe a Pitre.

—En efecto. ¿Es acaso ese pueblo grande que se extiende al borde de la costa?

—El mismo. Ya sólo nos queda pasar sobre María Galante; luego, la Dominica, y estaremos al cabo en San Pedro, la principal población de Martinica.

—¿Entonces?...

—Entonces os digo que nuestro viaje sólo es cosa de una media hora de vuelo más.

—Pues vistámonos—aconsejó Federico.

Y se siguió la advertencia, desapareciendo los empujados en sus respectivas cabinas.

El paisaje, a pesar de lo temprano en la mañana, no era muy obscuro, cuando nuestro amigo en el comando divisó luces sobre el mar. Tomó profundidad y descendió. Estupefacto, pudo apreciar claramente la silueta de un crucero de alta borda y cortadísima proa, que surcaba las aguas con extraordinaria rapidez. Apretó un resorte a su lado, y un

potentísimo reflector, procedente de la parte delantera del "Centauro", bañó al buque guerrero de luz y claridad.

Luego Ricardo hizo las señales usuales entre los aviones y los buques de guerra norteamericanos. Para su asombro, cuando esperaba un saludo, vió un relámpago y sintió que un proyectil de gran calibre le había pasado cerca.

A la detonación, sus amigos salieron precipitadamente.

—¿Qué sucede?—preguntaron.

—El "Misterio del Golfo" que nos ataca—sonrió enigmático.

Y el "Centauro", invencible, de un golpe, se precipitó a las olas.

## CAPITULO VII

### En el antro de los piratas

Mientras tanto, volvamos a la cárcel de metal en la isla de los bandidos.

Como terminamos en el capítulo segundo, recordará el lector que los prisioneros de la extraña cárcel de metal permanecían en un estado de terrible incertidumbre.

Después de un largo día de estar encerrados, fueron sacados y llevados ante el jefe supremo de la secta, que, como hemos visto, es el mismo que atropelló al pequeño Juanito en la carretera.

Más de dos horas estuvieron en su presencia, sometidos a un interrogatorio por demás vergonzoso.

Se les hizo a todos la proposición acostumbrada de si querían ser miembros de la secta o servir de criados.

Elena contestó, con una valentía de que nadie la creía capaz, que ella prefería ser una sirvienta que no la esposa de un criminal como eran todos aquellos rufianes.

Sus amigas, al verla, siguieron su ejemplo, y todas fueron pasando a manos de los hombres que allí había, que, después de examinarlas, las pusieron en venta delante de un enorme grupo de bandidos.

Por último, quedaron en el salón Sara, Dorothy y Elena. Ya iban a ser puestas en las manos de un enorme gigantón, cuando apareció el segundo jefe del crucero.

—¡Eh, eh! ¿Dónde van esas tres mujeres?'

—Conmigo, que las he pagado a muy buen precio—contestó el gigantón.

—Maty—respondió Singer, sin hacer caso y empujando brutalmente a Elena hacia el jefe supremo—, ¿no te acuerdas que te dije que ésta la quería yo?

—¡Oh! Perdóname, no me había acordado. Puedes llevártela, que le daré una recompensa a Fredman.

—Recompensa, ¿verdad?

—Bueno, silencio y vayamos a los hombres. A ustedes les hago la misma pregunta que a las mujeres. ¿Qué desean ser de ahora en adelante?

—Preferiría ser un degradado ante el mundo que pertenecer a tu secta infame—dijo el capitán del yate.

—Bien. Conque ésas tenemos, ¿eh? Hasta insultos. Supongo que tus compañeros dirán lo mismo, ¿verdad?... Pues bien. Veréis cómo vais a estar todos en las minas de diamantes. ¡Eh, Mandell, lleva estos hombres a Kearns, y que los ponga a trabajar enseguida! Si no hay sitio donde dormir, que lo hagan a la intemperie, que ya se acostumbrarán.

El citado hizo salir a todos del salón, y en compañía de otros cinco individuos que había en la puerta, armados con revólveres de repetición, y que lucían un raro uniforme militar, los condujo por entre el poblado hasta salir de él.

Tomaron un sendero que subía serpenteando por una alta colina a la orilla del mar y que formaba la entrada a una preciosa bahía, tras de la cual estaba el pueblo.

Desde lo más alto de su cima se podía ver el canal por donde habían llegado. En lo alto de la colina y protegiéndolo casi todo, se veían varias fábricas muy parecidas a los lavaderos de diamantes en la India y el Africa inglesa.

Por el mismo sendero bajaron de nuevo hasta la mitad de la montaña en el lado opuesto y llegaron a un sitio donde un tren aéreo, pasando a doscientos pies de altura sobre el mar por un grosísimo cable de acero, iba a una torre que se veía en la isla opuesta.

El transportador llevó en su interior a todos nuestros amigos (1) al otro lado. ¡Pobres de ellos si el cable se hubiera roto en aquel instante!

Así que estuvieron en el otro lado, fueron montados en un pequeño ferrocarril minero, que a su vez los dejó delante de un enorme edificio en forma de fábrica de acero.

Mientras, Elena se despedía amorosamente de sus dos íntimas amigas y era llevada en un "auto" a una suntuosa mansión, muy cerca de la cárcel de metal, y que dominaba

(1) "...nuestros amigos", en la satisfacción de que los pasajeros del "Antuers" (los hombres) y los marineros del yate eran amigos de cautiverio de nuestras amigas, en especial de Elena, Sara y Dorothy.

el mar en muchas leguas de distancia. Aquel sitio no parecía el de un bandido, sino el de un millonario norteamericano, y lo perfecto de todo lo que veía le sirvió de entretenimiento durante varias horas.

La casa era de tres pisos, y una doncella la condujo a una lujosísima habitación en el último.

Tenía una terracita, de donde se podía, con unos gemelos, abarcar casi toda la isla, y allí se pasó casi todo el día, llorando su infortunio.

Era verdad que había tenido mucha más suerte que sus compañeras en ser elegida por Singer, quien podía tenerla muy bien en su mansión, debido a su alto grado entre los piratas; pero ¿qué intentaría aquel hombre contra ella y cuáles eran sus propósitos?

Dejemos por un momento a la joven, abismada en sus tristes cavilaciones, y prosigamos nuestra historia con Sara y Dorothy, ambas instaladas en la vivienda de su comprador, situada en las afueras del poblado que ya conocemos.

Ellas habían tenido peor suerte que su amiga Elena. El gigantón aquel, que respondía al nombre de Fredman, las había conducido por las calles sin proferir una palabra. Las diversas personas con que se cruzaron sonreían al verlas y daban palmaditas en los hombros del bandido, que hacían rabiar a las pobres muchachas, indecisas y aguardando ansiosas el desenlace de tantos desagradables sucesos.

Llegadas que fueron a la que en adelante sería su morada, aguardaron temerosas las órdenes del que ya era su dueño.

—Amiguitas—profirió con socarronería, tan pronto las vió en actitud expectante—, yo no os voy a hacer nada. Poneos a trabajar en la cocina y preparadme la comida con las provisiones que encontraréis en la refrigeradora. Luego, cuando nos sentemos a la mesa, os daré las instrucciones que habéis de cumplir para agradarme.

Dijo esto, y salió a la calle, seguramente a hacer algún trabajo, dejándolas solas. Confiaba muy bien en que no podían escapársele.

A las doce del día regresó. Ya las dos jóvenes tenían preparado un frugal refrigerio, que en un escaso cuarto de hora despachó el gigante. Luego, tomando un tono solemne, dijo:

—Queridas, no habéis probado bocado, y eso me demuestra que estáis tristes. No es eso lo que yo quiero. No os pienso hacer nada malo (admiración de ambas), puesto que

el segundo jefe de nuestra secta me ha pagado enterito vuestro importe.

—¿Y a qué se debe esto?—pudo musitar Sara, medio atemorizada, mas con cierta intrepidez en su semblante, que no tenía su amiga Dorothy.

—Mujer, eso no lo sé aún. Quizá se deba a que realmente Singer el conquistador se ha enamorado de vuestra compañera, la rubia aquella que compró y que sintió tanto el separarse de vosotras.

—¿Elena?

—No sé su nombre, pero ésa debe ser. Bueno, no hace al caso. Lo positivo es que continuaréis conmigo como criadas hasta que a él se le ocurra veniros a buscar. Mientras tanto, si observáis buena conducta, iréis a visitar a la rubia cuando a mí me plazca.

—Gracias...

—¡Cuernos, no gracias!

Y terminado su breve aviso, el formidable pirata se encogió de hombros con resignada actitud, masculló entre dientes una blasfemia contra Singer y tendióse a dormir en un gran sofá. Las muchachas, amortiguada su intensa pesadumbre y decaimiento por una noticia que providencialmente venía a salvar su honor, retiráronse a las habitaciones que Fredman les había señalado con anterioridad, para intentar un reposo que calmara sus nervios, en inmensa tensión.

Ahora demos al lector algunas noticias que se hacen necesarias para la perfecta comprensión de este enciclopédico relato.

\* \* \*

El Peñón Rojo, la isla pirata que ya conocemos bastante bien, poseía adelantos modernísimos y envidiables. Varios canales, profundos y cimentados, la cruzaban casi en sus cuatro direcciones. El principal, que denominaban el Central por atravesar el país por su mismo centro, es el que utilizó el "Misterio" para arribar al poblado. Luego, varios caminos embreados servían maravillosamente para unir a sus habitantes en caso de peligro. Autobuses modernos la recorrían diariamente, transportando pasajeros y cargas de un pueblo a otro. Dos transportadores bastante espaciosos servían también de factores comunicativos importantes. Nume-

rosas líneas eléctricas, telefónicas y acuáticas completaban el sistema, haciéndolo casi perfecto, sin tener que envidiar al de cualquier nación del globo.

Y un observatorio, enclavado en la cumbre de una montaña, la única en todo el país, hacía las veces de anunciador, de centinela y de protector. El sonido de su terrible sirena prevenía a los habitantes del peligro, de las fiestas, de todo. Esta sirena, si el lector tiene buena memoria, ya la oímos en vez anterior.

Por último, la secta que allí se había establecido, además de lo que seguramente había adquirido por el robo y el saqueo, poseía una inmensa fuente de riquezas: una mina de diamantes.

Elena, al subir a su nueva residencia, la divisó, y nosotros, al describir el sitio donde fueron llevados prisioneros los tripulantes del yate, la hicimos resaltar al lector como "edificios levantados en una isleta cercana al poblado principal".

De estos edificios, millones de millones de dólares habían tenido su origen. Para dar una idea de su colosal riqueza, sólo anotaremos la cantidad en piedras y su valor en dólares de la fortuna yacente en la caja de caudales del jefe supremo de la secta, cuando nuestras amigas llegaron a la isla. Nada menos que doscientos mil diamantes, de diferentes tamaños y calidad, documentos, barras de oro y otra porción de valiosos objetos valuaban aquel tesoro en cerca de los mil quinientos millones. Verdaderamente, la suma es más que fantástica, es inverosímil; pero, sin embargo, confiamos en que nadie dude de la verdad de nuestra afirmación. No es, amigo lector, con una plaga vulgar de malhechores con los que vamos a tratar, no: es una verdadera secta, completa y perfectamente organizada.

## CAPITULO VIII

### Descifrando el «Misterio»

Al final del capítulo sexto dejamos a nuestros amigos en crítica y culminante situación. Si el lector tiene buena memoria, recordará que Ricardo hizo las señales de saludo, y lo que recibió fué la descarga de un cañón antiaéreo de gran calibre. Y que luego el "Centauro" se precipitó al mar. Sigamos ahora la trama interrumpida.

El avión desapareció bajo el agua, ocultándose a la vista de los tripulantes en acecho del misterioso crucero.

En su interior, Ricardo habló:

—Amigos, he tenido que sumergirme, debido a la presencia del "Misterio del Golfo", que, por lo visto, no las gusta muy amables.

—¿Tienes la seguridad de que es él?—preguntó Rodolfo.

—Indudablemente. Que yo sepa, no hay ninguna guerra declarada por estas latitudes, y ningún crucero, por lo tanto, dispararía sobre un avión que no conoce, así, como quien dice, a boca de jarro.

—Tienes razón. ¿Y qué te propones hacer?

—Bueno, podría volarlo de una sola carga de mis explosivos, en este mismo instante; mas sólo me quiero burlar de él, para que conozca que ya hay alguien que le puede poner las peras a cuarto.

—¡Bien hecho!—interrumpió Conrado—. Pero me gustaría verlo saltar en pedazos.

—¡Asesino!—le gritó Alfredo.

Se callaron de pronto. Por una boca en el techo del "Centauro" comenzó a salir una tenue brisita.

—¿Qué es eso?

—Oxígeno; recordad que estamos en el fondo del mar,

—¡Canastos! ¡Pues es verdad! Déjame ver los peces—habló Conrado.

Luego se dirigió a una de las ventanillas. Enseguida volvió desilusionado.

—¡Pero si está más negro que la boca de una ballena!

—¡Claro, pelmazo! ¿No sabes que, en primer lugar, es de noche, y, en segundo lugar, a una profundidad superior a los veinte metros el mar no se deja atravesar por los rayos de la luz?—le explicó Federico.

—Gracias, “sabio”.

—¡Ya estáis discutiendo otra vez! Tontos. Mejor será que me ayudéis—dijo Ricardo desde su sitio.

—Enseguida, capitán. ¿Ordenáis algo?

—Sí. Tú, Federico, hala de esa argollita en el techo.

El aludido obedeció, descendiendo una parte bastante grande.

—¡Un periscopio!—exclamaron todos, asombrados.

—Sí, y que utilizaremos para descubrir si en efecto se trata del verdadero “Misterio”.

Quedaron en silencio durante unos instantes, mientras se sintió ascender al avión-submarino.

—Mira ahora—ordenó nuestro amigo.

—Sí..., ya veo... Estamos casi pegados al crucero.

—Bien, atiende. Voy a disparar una bomba-torpedo. Pasará a través del agua, saldrá al aire, y al salir explotará, causando la claridad suficiente para que tú puedas leer el nombre del buque. ¿Listo?

—Listo.

Se sintió como un pequeño golpe, y luego la sensación de que un pequeño compartimento se había llenado de agua.

Federico, alerta, leyó y fué hablando con rapidez:

—Ha explotado la bomba, se ha clareado la superficie del mar y el barco entero, como si fuera de día. En la proa ostenta las letras siguientes: “Iou kraz, I. C. No. 1”.

—¿Es todo?—prefuntó Ricardo, impaciente.

—Todo.

—Pues huyamos. Es suficiente.

El “Centauro” vibró levemente. De los jóvenes, ninguno habló palabra. Le dejaban hacer a Ricardo, confiando en su habilidad. Para ellos, nuestro joven amigo era un Dios, y lo consideraban con diez veces más talento que todos sus cerebros juntos.

Como un cuarto de hora después, Alfredo y Rodolfo, que se había acercado a las ventanillas, vieron que salían nuevamente a la superficie, elevándose luego a prodigiosa altura.

Eran como las cinco de la mañana. El paisaje comenzaba a clarear, mientras en la lejanía se auguraba el resplandor de la aurora.

Entonces Ricardo habló:

—Amigos míos, hemos hecho un descubrimiento, que, estoy seguro, ninguno de ustedes ha alcanzado en su valor. ¿Oísteis las palabras de Federico? Pues sabed que ese crucero es chino y que no puede ser otro que el robado varios años atrás en los astilleros de Pekín.

—Pero ¿no fueron dos los que desaparecieron?

—Exactamente, y ésa es la importancia de nuestro descubrimiento. He aquí el secreto que preocupaba al mundo, descubierto. He aquí la explicación de las extrañas apariciones del "Misterio" en sitios a enorme distancia en cortísimos lapsos de tiempo. Sabedlo: son dos los "Misterios del Golfo".

—¡Oh!

—¡Ah!

—¿Sí?

—¡Hola!

—Sí, ésa es la verdad. Tenemos la principal clave, y vamos por las otras.

Y el "Centauro", certero, desgarró las nubes al volar...

\* \* \*

Han pasado diez horas. Nos hallamos en San Pedro, la capital de Martinica. En el campo de aviación, el "Centauro" oscila ligeramente bajo el impulso de sus motores. Sus intrépidos tripulantes han dormido y comido bien. Recobrados y nuevos, se preparaban para la aventura decisiva.

Suena el reloj de a bordo y se da la señal. Se cierra la puertecilla del avión, y éste, listo ya, gira, se mueve, despegar y se eleva con majestuosidad.

Un momento después se lo bebe una nube.

Y hacia el Peñón Rojo pone su punta redondeada el avión maravilloso.

Lejos, el mundo aguardaba impaciente las nuevas del intento portentoso...

Cerca, numerosas personas lo habían visto desaparecer.

Allí, volaba él...

Allá, en lo desconocido, velaba la Muerte con su arma infernal en acecho.

**FIN DE LA PRIMERA PARTE**

# SEGUNDA PARTE

## CONQUISTA DE GIGANTES

### CAPITULO PRIMERO

#### Juanito

Han pasado cinco días. Un veloz y potente "ferri-boat" surca las aguas cristalinas del Canal Central. Estamos en el Peñón Rojo, en la isla desconocida y misteriosa, en la guarida de los intrépidos corsarios, en el sitio donde nuestras amigas se hallan sufriendo injusto cautiverio y adonde vimos dirigirs e a nuestros héroes por última vez.

En la proa del barco mercante, numerosas personas, pasajeros, de pie y con bultos de equipaje alrededor, observan las orillas, por hacer algo.

El buque en cuestión es el dedicado por los piratas para el transporte de mercancías y a ellos mismos a través y alrededor de la isla.

¿Quiénes son dos figuras que conversan apoyados en la barandilla? Sin asombrarnos, vamos a decir que son Federico y Juanito.

¿Juanito? Sí, el mismísimo pilluelo que vimos en el capítulo tercero de esta historia.

¿Y cómo se han juntado estos dos personajes? Veamos.

El "Centauro", cauteloso como un ser humano, había arribado a las misteriosas playas del Peñón, sin ser descubierto. Oculto entre la maleza de un bosquecillo de plátanos gigantes, habíase quedado allí, mientras sus tripulantes partían en peligrosas excursiones. Nuestros amigos habíanse reunido y tomado un solo acuerdo: todos, a excepción de Conrado, marcharían: Alfredo, en dirección norte; Rodolfo, hacia el oeste; Ricardo, al este, bordeando la costa, y Federico, por último, debía tomar hacia el noroeste, con objeto de explorar el canal y sus ramales.

La decisión, seguida inmediatamente, había dejado a Con-

rado con el "Centauro". El bonachón marino, tras cerrar la puertecilla del avión, habíase puesto a dormir. ¿Qué otra cosa podía hacer en aquella soledad irritante? Durante siete días, iba a permanecer sin compañía alguna, ya que ésas eran las reglas a seguir. Si al cabo de ese tiempo sus amigos no habían regresado, era porque algo les había sucedido. Entonces debía aguardar mayores acontecimientos, sin salir para nada del avión.

No seguiremos paso a paso las aventuras de los cuatro exploradores. No; nada sacaríamos con ello. Por ahora, sólo nos interesa el itinerario de Federico.

Nuestro amigo, portando en sus manos una hoja afiladísima de acero, algo semejante a un machete antillano, se abrió camino a través de la enmarañada red de plantas y árboles. Durante dos horas, la marcha se le hizo monótona y sin incidentes. Desesperaba ya de hollar un medio mejor para avanzar, cuando se halló de pronto al borde de un pequeño lago, cuyas orillas, perfectamente cimentadas, le parecieron una buena obra de ingeniería.

En suspenso, examinó el conjunto ante su vista. La superficie del agua, en completa calma, dejaba transparentar los secretos del fondo. Para su asombro, pudo ver que también era de cemento. Quedó perplejo y en acecho. Al final decidió continuar su camino.

Un ruido de árboles bruscamente separados le detuvo. Rápidamente se escondió tras el grueso tronco de un cedro.

—¿Será un animal o un pirata?—se preguntó a sí mismo.

Muy pronto le llegó la respuesta en la forma que ni llegó a soñar. Un niño, ágil y luciendo un trajecillo que en su tiempo fué lujoso, corría por la orilla opuesta del lago. Sin ver a Federico, comenzó a cantar y a saltar. A los oídos de nuestro amigo llegaron las palabras de esta disparatada sonata:

El viento muge y rebuzna, ¡qué gusto!  
La tarde se traga al viento, ¡recontra!  
Y la noche, por imbécil, viene a darme gran disgusto.

El bestia del gran jefe  
me consideró un borrico,  
mas yo, que soy un tragaldabas,  
¡pum!, le mandé un mordisco.

El viento silba y me besa, ¡qué lata!  
La tarde se va bien lejos, ¡canastos!  
Y, mientras tanto, Juanito  
hace lo que en gana le viene.

Federico estuvo a punto de lanzar una carcajada. Aquellos versos locos y sin ritmo alguno le parecieron preciosísimos en los labios del pilluelo. No considerándole de peligro, tomó una piedra y la lanzó al agua. Innumerables ondas, en circunferencias geométricas y progresivas, anormalizaron la calma de la líquida superficie. Al ruido del golpe, el niño cantor saltó rápidamente al tronco de un coco, alcanzando en menos de medio minuto su copa.

Nuestro amigo corrió al pie del árbol, a la vez que le gritaba al pilluelo:

—¡Baja, baja, que no te haré nada!

—¡A mí con ésas, sinvergüenza! ¡Como te acerques, te rompo la cabeza de un cocazo!

Federico se detuvo. La amenaza era alarmante. Sabía por referencias lo que significaba un golpe del duro fruto antillano. Luego echó mano a su revólver y amenazó con dureza al niño fugitivo:

—Bueno, veremos quién gana: tú con los cocos y yo con mis balas. A la una, a las dos, a las...

—No, no, no tires Esta vez ganaste—se apresuró a decir el que estaba arriba—. Mas antes de que baje, tienes que decirme si me van a pegar por haberme huído.

—¿Huído?—preguntó sorprendido el joven—. No sé nada de eso.

—¿Cómo que no sabes nada? Y entonces ¿para qué me quieres?

—Pues porque me agradaría ser tu amigo.

—A mí no me gusta tener amigotes. ¡Lárgate!

—Gracias. Sin embargo, me quedo. ¿Bajas o disparo?

—No, ya voy.

El niño descendió rápidamente. En unos momentos se halló al lado de Federico, con los brazos en alto.

—Bájalos; no hay necesidad. Dime, muchacho, ¿quién eres?

—¿Pero no me conoces? ¡Contra! Me huele mal esto. Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—No. ¿Y qué?

—Nada, que eso sólo nos basta para hacernos amigos. ¡Chócala!

El niño tendió su sucia mano, y Federico, perplejo, se la estrechó efusivamente.

—Soy Juanito, el vagabundo más vagabundo de todo el Peñón.

—¡Hola! Explicáte. ¿Cómo es eso?

—Verás. Mis padres se fueron al otro mundo sin preocuparse mucho de mí, y yo, que no gustaba de la compañía de la gente, me metí en el monte. Allí he vivido muy feliz hasta un día en que el Gran Jefe, en su "auto" me atropelló. Con dos piernas rotas me vi al despertar. ¡Suponte, compañero! Daba unos berridos que le ganaban a los del burro "Sinhueso".

—¿Y quién es ese "Sinhueso"?—le interrumpió Federico, interesado ya por aquella pintoresca narración.

—"Sinhueso" es un borrico, amigo íntimo mío, al que le llamo así porque, a pesar de los golpes con que le tundo, nunca se queja. Y, ¡claro!, como no dice ni pío, supongo que no tiene huesos. Mas no creas que no rebuzna, no; cuando está solo, larga unos dobles soberbios...

—¡Ja, ja, ja! Bueno, ¿y qué te sucedió cuando te viste con las piernas rotas?

—Pues que berreé por muchísimo tiempo. Mas de nada me sirvió. Estuve en cama unos veinticinco días. Al cabo, cuando anduve otra vez, vi con espanto que se me prohibía salir del palacio del jefe, en donde estaba. No dije nada, pero pensé en huir. Si no hubiera sido por mi "amiga", lo hubiera hecho antes.

—¿Tu amiga?

—Sí, mi amiga. Era una muchacha muy linda, rubia. La trajo el "Misterio" prisionera y se la dió a su segundo jefe. Ella, visitando un día la casa en donde yo estaba en la cama, me conoció y me trató muy bien. Venía a verme casi todos los días; me traía bombones y juguetes. Era la única persona que ha parecido quererme.

—¿No sabes cómo se llamaba?

—Sí, Elena.

—¿Elena dices?—preguntó emocionado Federico.

—¡Ejé! Pero ¿qué te pasa? Te has puesto rojo.

—Nada, nada, muchacho—dijo nuestro amigo con el rostro iluminado—; me vas a servir de mucho. Desde ahora somos camaradas. Y si me ayudas bien, te prometo llevarte conmigo a los Estados Unidos.

—¿A los Estados Unidos? ¡Eso sí que suena bien! Ahora soy capaz de llevarte adonde quieras, con tal que cumplas tu promesa.

—Sí, Juánito. Te lo aseguro; pero has de obedecerme y

guiarme por toda la isla. Has de saber—explicó Federico—que soy un explorador que ha venido al Peñón con unos amigos, en un avión, con el objeto de hacer algunas averiguaciones. Por lo tanto, necesito que tú me lleves a los pueblos y a todos los sitios interesantes, especialmente donde vive tu amiga.

—¡Claro! Eso es lo que mejor sé yo. Su casa estaba en una montañita, enfrente a la en que yo me hallaba.

—Y dime, camarada, ¿no te dijo ella nunca cómo la habían traído al Peñón?

—Sí, una vez en que se puso a llorar. Yo le pregunté por qué hacía eso, y me respondió que era a causa de que yo me parecía demasiado a su hermano cuando era pequeño, y que, como ella había estado internada en un colegio desde hacía tiempo, no lo había podido ver a su regreso a los Estados Unidos. Así, me explicó que había salido en su yate a una excursión con algunas amigas, y que se habían encontrado un crucero misterioso. No pudiendo huir, habían sido hechas prisioneras y traídas al Peñón. Luego me refirió todas las peripecias realizadas. Primero, al ser encerradas en una cárcel de metal; segundo, al ser puestas en venta como criadas, y por último, al tener que separarse y vivir con diferentes dueños, ellas que, por lo visto, parecían ser riquísimas.

—Y lo eran—arguyó en voz baja Federico.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Juanito.

—Ya lo verás con el tiempo. Ahora, amiguito, es preciso que partamos.

—Enseguida, jefe. Únicamente debemos seguir esta calzada para llegar al Canal Central.

—¿Por qué?

—Pues porque esto, que parece un lago, no es tal cosa, sino un depósito de desagüe. A este sitio viene a parar un canal secundario. Ahora lo verás.

Comenzaron juntos la marcha por la cimentada vía. Federico, vigilante y al acecho, observaba con detenimiento cuanto veía. Aún dudada de la sinceridad del muchacho, mas se guardaba de manifestárselo. Sus sospechas se desvanecieron muy pronto.

—Jefe—le dijo Juanito—, como me andan persiguiendo varios secuaces del "Misterio", es conveniente que me disfrace.

—¿Lo crees así?

—Sí; sería mejor, para evitar contratiempos.

—Pues manos a la obra.

El chiquillo, ayudado por nuestro amigo, se ensució la cara de barro, manchó su traje, se cambió la raya del peinado... Al cabo, fué otro.

—Lo has hecho a la maravilla—exclamó Federico, casi sin poder reconocer al muchacho.

—Estoy acostumbrado; me cuesta hacerlo a menudo, para que no me pesquen.

Y prosiguieron. Como había dicho Juanito, aquello no era un lago, sino un ensanchamiento de un canal. Al llegar a lo que el joven creía su fin, pudo ver que a un lado se prolongaba, perdiéndose a lo lejos. Satisfecho por el descubrimiento, sintió hacia su amiguito una sincera simpatía. Le pareció que aquel niño ya le estimaba. Mutuamente nació entre ellos cariñosa camaradería.

Caminaron un buen trecho sin encontrar un alma. Al final pudo ver Federico una embreada carretera, que por un puente de acero cruzaba el canal que ellos seguían. Por ella divisó un autobús blanco que retumbaba en la lejanía. Siguiéron, y casi al minuto, tras doblar un recodo, se encontraron a las orillas del canal principal. Allí donde estaban en aquel momento había un embarcadero señalado con el número 4. Un hombre uniformado, con un llavín en las manos, estaba sentado en un banco de madera.

Federico, más con el gesto que con la palabra, le preguntó al muchacho.

El explicó enseguida:

—Este muellecito es uno de los ocho que hay por el canal. Aquí se detiene el barco de pasajeros todos los días. Ese hombre que está ahí es el guardián y vendedor de billetes.

En aquel momento, el bandido se volvió y vió a nuestros amigos.

—¡Ohé!—exclamó—. ¿Van a tomar "El Mundo?"

—Sí, tira la pasarela—contestó Juanito sin vacilación.

El hombre desapareció en la casilla del muelle. Casi en el acto otro puentecito de acero, de compuerta, se tendió mecánicamente sobre el canal. Federico y Juanito pasaron. El joven le dió un dólar americano al niño, y éste, decidido, fué a comprar los pasajes.

Nuestro amigo, mientras tanto, lo observaba todo. El puentecito bajado y subido en un minuto, indudablemente por medios eléctricos, y todo lo que había visto en tan poco

tiempo, le iba asombrando más y más. No cabía duda: habían arribado a un sitio moderno y formidablemente protegido.

Sumido en sus cavilaciones, Federico no sintió que se le acercaban el guardián y el niño.

—Ya estamos listos—le interrumpió Juanito.

—¿En qué andan por aquí?—preguntó el hombre aquel.

Federico iba a hablar; pero Juanito, comprendiendo que iba a cometer algún disparate, habló rápidamente:

—Salimos a pasear y a cazar, mas no hemos encontrado nada.

—¡Mal tiempo, amigos! Ahora no encontrarán ni un ave.

Y se sentaron los tres. El silencio era absoluto. De vez en cuando, por la carretera cercana, vieron pasar uno que otro autobús y algún "auto" Por el canal cruzaron dos motoras. El guardián resultó ser un personaje simpático y expansivo. Contó algunos chistes y menudencias. Dijo que se aburría soberanamente en aquel sitio y que envidiaba su posición, al poder vivir en el poblado principal.

Pasó una hora. De pronto, rajó el espacio un aullido escalofriante, diabólico. Federico se estremeció, Juanito soltó una carcajada y el empleado del muelle se levantó pesaroso de su sitio.

—¡Ya está "El Mundo" ahí!—exclamó.

Y entró a su caseta, descolgando un teléfono que había en el interior.

Juanito, locuaz, le explicó a nuestro amigo:

—Eso que acabas de oír es la sirena de aviso. En el Peñón hay muchas, siendo la principal la del observatorio. Esa sólo se usa cuando llega el "Misterio". Las otras están cada una en los muelles del canal y sirven para irse avisando cuando viene un barco hacia acá. La que acabamos de oír es la del tres; ahora verás cómo contestan de aquí

En efecto, del techo de la caseta donde había entrado el guardián brotó un silbato enorme, que, tras oscilar, vibró rápidamente, lanzando al espacio un aullido, un pitido mejor, de tonos extraños e intimidantes. Federico lo oyó sin emocionarse ya, pero, sin embargo, aquello le hizo ver de singular modo que él y sus compañeros del "Centauro" se habían metido en la boca del lobo, como vulgarmente se dice.

Minutos después apareció sobre las aguas del canal un gran barco transportador. Atracó al muellecito, y nuestros

dos protagonistas embarcaron. Inmediatamente, el buque partió.

Ya tiene el lector la explicación del porqué Juanito y Federico están juntos al principio de este capítulo. Dejémosles que marchen hacia el poblado principal de la isla de los bandidos, y volvamos a nuestras amigas. Muy pronto nos encontraremos nuevamente a los simpáticos aventureros.

## CAPITULO II

### Un encuentro providencial

Han pasado varias semanas desde que dejamos a nuestras heroínas. Elena, amortiguado su sufrimiento, lleva una vida plácida y melancólica, sumida en los vastos y lujosos salones de la mansión de Singer. Ya no lloraba, porque no había más lágrimas en sus ojos; pero pensaba, que es peor. Sara y Dorothy la han visitado a menudo, y son éstas las únicas ocasiones de esparcimiento y solaz que ha tenido en su cautiverio. Pero, a causa de una travesura de sus amigas, hace una semana que no las ve. Describamos la escena en el momento en que encontramos nuevamente a nuestra bellísima heroína.

Recostada en un sofá de delicados muelles, envuelta en riquísimo kimono y mirando vagamente al techo de su lujosa alcoba, descansaba de su inmensa melancolía. Meditaba, y por la expresión de su rostro ensombrecido sacamos nosotros la negrura de sus pensamientos.

Entre sus delicadas manos, un papelillo doblado mil veces era recorrido por sus ojos enrojecidos.

Traslademos estrictamente a este libro las palabras que contenía la pequeña misiva:

"Elenita: Nos hemos valido de tu doncella para remitirte este papel. Estamos muy bien de todo y sólo sufrimos la presencia inaguantable de nuestro amo, el gigantón feroz que responde al nombre de Fredman, como quizá llegues a recordar.

... Nuestra buena conducta nos ha valido una recompensa, y esperando estamos el premio, que consistirá en que se nos permita ir a verte mañana por la tarde. Hasta esa dichosa hora, te envían besos tus inseparables

Dorothy y Sara."

—Algo es algo—musitó Elena, experimentando una ligera reacción.

Y dejando traslucir su repentina alegría, dejó pasar por su rostro de diosa una sonrisa divina.

Releía el papel, puede que por la centésima vez, cuando unos golpes precipitados en la puerta la sacaron de su abstracción.

Guardó la misiva precipitadamente en su seno, y tras taparse pudorosamente hasta el cuello su pecho semidescubierto exclamó un “adelante” tímido, pero firme.

Singer, el hombre que la había comprado, entró precipitadamente. La joven le miró fijamente; a pesar de su femenil apostura, notóse en sus pupilas un cierto temor hacia aquel personaje. Y no en balde: ¿qué podía esperar de un bandido, que adquiriéndola como una pieza u objeto de valor, la guardaba y mimaba como muñeca?

—Me marchó por algún tiempo, muchacha, y vengo a advertirte, para que no cometas locuras. Sé que eres buena y no tan loca como tus amigas, mas no está de más el que te prevenga de los peligros que correrías si intentaras escapar de mi casa.

—¿Y por qué he de hacer eso?

—¡Bah! La juventud siempre tiene ideas peligrosas, que son las que trato de evitar.

—Creo que con mi palabra le bastará. No escaparía a menos que no vinieran a rescatarme personas que me dieran la seguridad de salir de este país, lo que es imposible. Por lo tanto, aquí me encontrará cuando vuelva.

—¡Hum!—murmuró él—. Bueno, has de saber que quizá yo muera en esta expedición. Entonces, preciosa, heredarás todo lo mío y mandarás en mis riquezas como te dé la gana. ¿Sabes?

—Sí, señor—pudo exclamar Elena con asombro.

—Pero si vuelvo, ¿sabes?, te casarás conmigo.

Aquello último heló de espanto a la joven. Enmudeció y su rostro quedó pálido y convulso.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusto? ¡Ah! ¡Ya me decía yo! Debes tener tu galán romántico y apuesto en el Norte (1).

(1) Expresión muy usada por los latinos y suramericanos para designar a los Estados Unidos.

Pues, hijita, aquí se hace lo que a nosotros nos viene en gana, ¿sabes?

Elena optó por callar, y así vió salir al temido jefe como había llegado, dejándola en mayor pesimismo que antes. Verdaderamente, su porvenir no era muy halagüeño. ¡Pensar en que tenía que unir su vida para siempre con aquel hombre sin entrañas!...

Agobiada, triste y destrozado su espíritu por la nueva noticia, dejóse caer con abandono en su cama, para permanecer así horas enteras en continuos sollozos.

Dejémosla hasta nueva ocasión y describamos lo que sucedía en el puerto del poblado principal.

El poblado principal, además de los muelles en el canal, poseía otro grande y moderno, situado en la pequeña bahía que daba al mar. Cuando el novelista lleva al lector a este nuevo lugar, una intensa agitación reinaba. El crucero misterioso, que una vez descubriera Ricardo en su "Centauro", cargaba provisiones y embarcaba hombres. Indudablemente partía.

Singer, el hombre en cuya casa vivía Elena, como jefe de la expedición, atronaba el ambiente con sus órdenes violentas.

En los alrededores, una inmensa multitud presenciaba los preparativos. Nosotros nos fijaremos únicamente en un joven y en un niño, que, atentos y curiosos, lo observaban todo con ojos bien abiertos. De más está decir que se trataba de Federico y Juanito.

Nuestro amigo tomaba nota mentalmente de cuanto iba descubriendo.

Por la entrada a la bahía asomó una embarcación de motor. Todas las miradas se dirigieron a ella. Federico, siguiendo el curso de los presentes, anotó que venía remolcando algo, pues de su popa se desprendía un grueso cable. Y, en efecto, a poco apareció otro crucero idéntico al que estaba atracado al muelle.

La multitud prorrumpió en vivas y estruendosa algarabía. El joven no se asombró: acababa de ver realizadas las hipótesis de Ricardo.

Juanito, no conociendo sus pensamientos, le explicó, como para acabar de convencerle:

—Son dos los "Misterios", jefe.

—Sí, ya lo veo—le contestó.

Y enseguida ambos presenciaron una bonita maniobra. Terminadas las operaciones del que permanecía en la costa, despegó. El crucero que entraba disparó entonces un montante cañón, y el que salía le contestó rápidamente, a la vez que sus tripulantes cambiaban múltiples saludos con los del otro. Diez minutos después desapareció el barco de Singer por la salida del puerto, mientras el otro abordaba el embarcadero.

—Vámonos—dijo Juanito—. No ganamos nada con quedarnos aquí.

—Sea—le contestó Federico.

Ambos se alejaron, consiguiendo a dura fuerza cruzar el enorme gentío. De pronto Juanito vió que su "jefe" se detenía ante dos muchachas que le cerraban el paso.

—Dorothy, ¿no me conoce?—se le oyó decir al joven.

La interpelada se había vuelto bruscamente, y al verle, un intenso rubor había subido a sus mejillas. Mas Sara, no era otra la que completaba el dúo, les interrumpió en el acto:

—¡Federico! ¿Usted aquí? Pero, bueno, mejor es que nos vayamos. Aquí no se puede hablar bien.

—¿En dónde entonces?—había preguntado Federico.

—En casa. Nuestro amo se ha ido en ese barco, que supongo ustedes vieron marchar. Ahora estamos libres ambas.

—Pues marchemos; tengo mucho que contarles.

\* \* \*

Sentados los cuatro, unos momentos más tarde, en el comedor de la casona que habitaban las muchachas, vinieron las explicaciones.

—Pero ¿cómo han llegado hasta aquí?—preguntó Sara, que no se podía contener.

—En el invento de Ricardo Vimong, mi mejor amigo.

—¡Ajá! Le conozco. Pero di, Federico, ¿deben haber pasado muchas aventuras?

—Por supuesto, mas al haberlas encontrado a ustedes nos damos por satisfechos. ¿Y mi hermana?

—Ella no está aquí; vive en un palacio, al lado de la bahía, en una de las montañitas que la cierran.

—Sí, ya conozco el lugar, porque me lo ha enseñado este amiguito.

Janito, en su sitio, se contoneó de orgullo. Las jóvenes sonrieron y le miraron con cariño.

—¿Y qué haremos ahora?

—Bueno, antes de todo, tenemos que traer a Elena a esta casa. Luego esperaremos a que Ricardo haga el resto.

—El traer a Elena es peligroso; mas con inteligencia lo lograremos; en cuanto a lo otro, no te entiendo—dijo Sara, que se había hecho cargo de todo.

—Amigas, me acabo de formar un plan. Oídme: este niño, Juanito, será el principal factor de la aventura. Como yo estoy en seguridad aquí, me quedaré escondido en esta casa, no sólo para protegeros, sino para algo más. En primer lugar, necesitamos raptar a Elena. Conozco el sitio donde se halla, pero nada más.

—Pues yo puedo hacer algo—le interrumpió Sara.

—Expílicate.

—Mañana por la tarde hemos quedado en ir a visitar a su palacio. Si tú quieres, le decimos todo y la dejamos preparada, cosa que luego nos servirá de mucho.

—En efecto, es la tuya una idea magnífica. Vosotras le diréis que esté lista para pasado mañana al atardecer. Nosotros iremos entonces por los alrededores de su casa y nos la traeremos. Luego que ella esté aquí, la esconderemos muy bien, y esperaremos el resultado de la actuación de Juanito.

—¿Cómo así?—preguntó Dorothy.

—Porque este niño va a partir ahora mismo hacia el sitio donde está escondido el avión de Ricardo. Les dirá a los compañeros dónde estamos, y ellos vendrán en nuestra busca.

—Crees que se puede venir en avión a un poblado como éste sin ser visto?—preguntó con incredulidad Sara.

—Sí, en el de Ricardo. Y prosiguiendo, luego que nos tomen a bordo, os llevaremos a la Martinica, donde quedaréis bien protegidas, en el acorazado insignia de la flota, que ha zarpado hacia estas aguas, con el objeto de conquistar esta isla.

—¡Eso sí que suena a gloria!—exclamó con júbilo la revoltosa Sara.

—Bueno, muchachas, entonces no hay tiempo que perder. Tú, Juanito, ¿recuerdas el lugar dónde me encontraste, en el canal?

—Sí, jefe.

—Pues partirás inmediatamente hacia allá. Luego, supongo que conocerás los alrededores, ¿eh?

—Como la palma de mi mano.

—Busca entonces una bahía que hay cerca, hasta que halles un avión escondido entre la maleza. Al hombrón que encuentres le darás un papelito que yo voy a hacer, y nada te hará. Después le explicas todo cuanto nos ha y nos está pasando. ¿Estamos?

—Sí, jefe. Listo y al día.

Federico sacó una pluma-fuente y un papelito. Escribió unas líneas y se lo entregó a Juanito.

—Que no te capturen ni te descubran por nada del mundo—le aconsejó.

—Despreocúpate, jefe.

Y el valiente rapaz se marchó. De él dependían en aquel momento las suertes de nuestros amigos atribulados.

### CAPITULO III

#### Lucha en el bosque

La calma era absoluta.

Ni un solo ruido se oía. Un sol terriblemente abrasador hacía brillar enormemente las hojas de los árboles, que permanecían inmóviles, sin que la menor brisa soplase sobre ellas.

Conrado, tirado cuan largo era en su litera, roncaba a mandíbula batiente (perdónese la expresión), sin preocuparse del resto del mundo.

El "Centauro" permanecía escondido, y nadie lo hubiera podido ver a cinco metros de distancia: tal era lo enmarañado de la maleza en aquel lugar.

De repente, una cabeza de repugnante aspecto asomó entre los árboles cercanos.

Otra, otra y otra fueron apareciendo por orden a su lado, formando un cuarteto de rostros horribles y altamente odiosos.

—¡Demonios!—exclamó uno de ellos al divisar una de las ruedas del "Centauro"—. ¿Qué es esto?

—Tened cuidado—advirtió un segundo—, y vamos a ver qué aparato es éste que se ha metido en la isla.

—Mirad, mirad; hay una puerta abierta.

—¿Y quién sabe si es una jugarreta la que nos quieren hacer con ella?

—¡Bah! Seamos valientes, y entremos.

Entonces el que había hablado, apartando las ramas de los árboles, se acercó cautelosamente en dirección de la puertecilla principal del "Centauro", que Conrado había dejado abierta para tener una buena temperatura.

—No hay nadie dentro—dijo en voz baja y después de ha-

ber introducido la cabeza, aunque ni siquiera se fijó en Conrado, que dormía profundamente.

—¿Subimos?—preguntó.

—¡Claro! Pero tened cuidado, no os vaya a pasar algo.

—¡Lo que es si descubrimos lo que aquí pasa, nos premian de seguro!

Conrado, mientras tanto, permanecía completamente en brazos de Morfeo (1), sin que despertase, a pesar del pequeño ruido que habían causado los bandidos al acercarse.

Pero entonces el ingenio de Ricardo al construir su aparato le salvó.

Al lado de la puerta había dos intersticios pequeños, en los que el que entraba se podía ayudar para subir. Los bandidos, que ignoraban su secreto, metieron los dedos en el de la izquierda, que comunicaba con un timbre eléctrico, y éste resonó estruendosamente, haciendo dar un salto en el lecho a Conrado.

—¿Quién anda ahí?—preguntó con voz gruesa y de cólera, por haberse despertado—. ¡Rediablos, requetediablos y archidiablos! ¿Es que acaso uno no puede descansar aquí?

Los bandidos habíanse quedado petrificados de espanto al oír su voz, y permanecían inmóviles en la entrada, creyendo que millares de hombres los amenazaban por todos lados.

Nuestro gigante se levantó, y con paso grave se dirigió hacia los bandidos, ya repuestos en algo, al ver que sólo él acudía al ruido del avisador.

—¿Qué quieren ustedes aquí?—preguntó el joven, comprendiendo que su situación era seria si aquellos hombres no querían ayudarle y le acusaban.

—Eso mismo le queremos preguntar nosotros—exclamaron los cuatro, ya envalentonados al ver sólo a un rival.

—Vamos con calma, y nada de bravuconadas—exclamó contoneándose el gigantesco marino, que comenzaba a adquirir su calma aterradora.

—Pues, sencillamente—dijo uno de los bandidos—, usted no tiene ningún derecho para estar aquí con este enorme aparato, y tiene que irse prisionero con nosotros cuatro, que para eso hemos venido.

—Ustedes no han venido a eso—respondió—. Lo que pasa

(1) El dios del sueño.

es que me han visto, y porque estoy solo quieren llevarme, ¿verdad? Pues bien, son cuatro y yo uno nada más. Así, pues, para llevarme hay que lograrlo.

—¡Háganlo si pueden!

Dijo esto, y se abalanzó sin pensar sobre los desalmados. Estos, que no esperaban tan de improviso aquel valiente ataque, cayeron al suelo ante el empuje irresistible del coloso, que los arrolló tras sí en un enorme salto.

Pero pronto se rehicieron, y los cuatro a un tiempo carcaron contra él.

La lucha desigual, aunque no por eso digna de interés, dió comienzo y con encono terrible por ambos lados.

Conrado movía los brazos en todos movimientos, semejando a un molino en forma humana, cuyos golpes hubieran sido mortales para cualquier hombre que hubiera sido alcanzado por ellos.

Los piratas se tiraban a sus enormes piernas, con la intención de echarle al suelo; pero nuestro amigo mantenía una guardia tan estricta, que pobre del brazo que se atreviese a tocarlo, pues hubiera sido partido como una astilla.

Uno de los cuatro asaltantes, en un acto de valentía inaudita, pues ya sus tres compañeros estaban algo asustados ante el enorme combatiente, se adelantó con un brazo en alto y se tiró a los pies de Conrado.

¡Pobre de él! Nuestro amigo se inclinó, lo agarró con una sola mano y por un sitio estratégico, y con fuerza increíble le lanzó como una piedra a muchos metros de distancia. El desgraciado chocó entonces con el tronco durísimo de una palma y su cráneo se dividió horriblemente: había muerto...

El joven contempló unos segundos a su víctima, y de su boca salió esta pequeña exclamación, que daba a entender lo mucho que lo sentía:

—Lo has querido. No tengo la culpa... Mis brazos son así... no sé por qué...

La lucha continuó nuevamente, y ahora con más ardor por parte de Conrado, aunque con menos por la de los tres restantes bandidos, que habían visto con terror el trágico fin de su compañero.

Los puñetazos se sucedían sin interrupción, como una tormenta. Los tres combatientes comenzaban a desalentarse, y no vieron otro remedio que la traición.

Uno de ellos se retiró unos pasos y sacó un cuchillo afiladísimo.

Entonces se dirigió hacia nuestro amigo, que con el rabillo del ojo lo había visto todo.

El bandido se situó a unos metros de distancia, y tras un árbol grosísimo. Cogió el arma por la hoja y se preparó a lanzarla.

De repente, un silbido y pasó rozando los pelos del gigante. ¿Pero para qué fué esto? Conrado se irguió cual un coloso, hinchó el pecho, se le nublaron los ojos de cólera y se arremangó la camisa rápidamente, como para obrar mejor.

Cerráronse sus puños, y entonces sucedió algo increíble. En una enorme zancada, que más parecía la de un avestruz que la de un ser humano, se puso al lado del que había tirado el arma.

Este permanecía sin poder moverse al verle venir, y ni siquiera intentó huir.

Sin embargo, cuando vió lo que se proponía nuestro amigo, le saltó encima como una pantera, logrando arañarle la cara.

Esto exasperó por completo a Conrado.

De un golpe arrollador e irresistible hundió la cabeza del bandido, como una mesa de fina madera.

Los otros dos permanecían petrificados; pero al ver que el joven tomaba rumbo a ellos, parece que se dijeron con el pensamiento: "Pies, ¿para qué os quiero?", pues espezaron a saltar como monos por entre los árboles.

—Deteneos, canallas, cobardes.

Sin embargo, no fueron muy lejos. Irían a unos veinte metros del lugar de la lucha, cuando un niño salió como por encanto de entre la maleza, haciendo tropezar a uno de los perseguidos, que cayó al suelo cuan largo era.

El otro, más vivo en movimientos, logró saltar por encima del pequeño personaje que había aparecido tan oportunamente, y se internó en el bosque, desapareciendo en unos segundos.

Conrado, que había llegado ya al lado del caído, lo agarró por el cuello y le levantó como una pluma hasta sus ojos, a la vez que le decía:

—Conque huías, ¿eh? Pues bien se ve que no sabes lo que soy yo. Ahora te quedarás aquí conmigo, y veremos lo que hago contigo, mamarracho.

—¿Y quién eres tú, pequeño?—dijo volviendo la cabeza hacia el niño, que permanecía mudo de admiración ante la fuerza del coloso que levantaba de aquella manera a un hombre.

—Usted es el señor Conrado, ¿verdad?—respondió, como si no hubiera oído.

—¿Qué? ¿Acaso me conoces?

—Sí; le traigo una carta de Federico.

—¿Una carta? Dámela—exclamó, soltando al bandido, que cayó al suelo aterrorizado y sin poder moverse.

—Aquí está—contestó el niño, sacando un papel y entregándolo.

—De Federico—exclamó el gigante—. Le conozco por la letra. ¡Ah! Me dice que ha descubierto muchas cosas sensacionales. ¡Hola! Ha encontrado a Sara y a Dorothy. Y que van a rescatar a Elena. Que los vayamos a buscar tan pronto vengan los compañeros. ¡Magnífico! Todo se hará cuando ellos lleguen. ¡Suerte que mañana es el día de regreso!

Conrado hablaba en voz alta. Al terminar se dió cuenta, y queriendo enmendar su falta, exclamó:

—Mira, muchacho, no creas nada de lo que he dicho.

Juanito, ante el asombro de nuestro amigo, lanzó una carcajada y le contestó enfáticamente:

—Pero ¿qué se cree usted? ¿Que soy un infeliz? ¡Si lo sé todo, hombre de Dios! ¡Y por eso he venido aquí! Sepa usted que tengo órdenes de quedarme aquí y conducirlos a ustedes al poblado.

—¡Ah! ¡Luego tú eres ya de los nuestros!

—Sí, ¡pues claro!

—¡Magnífico, muchacho! Entonces ven, que me has de ayudar a enterrar a estos dos desgraciados y a soltarle la lengua a este sinvergüenza.

El bandido, hecho un ovillo en el suelo, tembló. Conrado le volvió a levantar con una mano y le condujo al interior del "Centaurio". Allí le encerró en uno de los cuartitos-dormitorios. Luego él y Juanito (no era otro aquel niño) se dedicaron a ocultar piadosamente los cadáveres de los infelices bandidos.

Conrado tenía el rostro sombrío. No le pesaba haber aniquilado a aquellos dos miserables, mas sí sentía algo el haber tenido que llegar hasta aquel extremo. A lo último, a su mente vino un pensamiento que le ensombreció más aún.

“Ese hombre que logró escapar—se dijo—representa un peligro inmenso para todos nosotros.”

Y dejemos ahora a estos dos amigos en tan peligrosa situación, para retroceder seis días, al momento en que Ricardo, el principal personaje de esta historia, partió también en exploración con rumbo hacia el este.

Nuestro amigo había bordeado la bahía en la que estaba escondido el “Centauro” y traspasado un pequeño cabo.

A medio kilómetro de allí, se encontró de pronto en un sitio cultivado, y en el que a distancia se podía ver un pequeño poblado.

Ricardo se internó valientemente en él y se dirigió a una taberna donde se vendían bebidas alcohólicas.

Aunque no bebía, lo hizo por observar las costumbres de los piratas y ver si podía averiguar algo de la secta.

Sentóse en una mesa, y a una orden se le sirvió una botella de cerveza fuerte y seguramente europea.

En un reloj colocado en la puerta se podían ver las manecillas señalando las tres de la tarde.

Sin embargo, muchos hombres comían en aquel momento; casi todos, unas conservas que traían en latas.

Ricardo pudo ver que todas tenían o eran estampadas a la norteamericana: luego eran robadas.

Los diferentes grupos de piratas sentados en las mesas no fijaron su atención en él, pues antes de partir Conrado lo había transfigurado completamente, semejando un verdadero bandido.

A su lado, y con sendos jarros de fortísimo aguardiente, dos hombres, algo mejor vestidos que sus compañeros, hablaban animadamente y, al parecer, de un grave asunto.

Ricardo aguzó el oído, y pudo entender la siguiente conversación:

—Hudkins, como verás, es necesario comunicar al jefe que no podemos encontrar al endiablado muchacho ése.

—Pero él dijo que era necesario hallarle.

—Sí. ¿Acaso tenemos nosotros la culpa de no poder cogerle?

—Es que...

—¡Es que, nada!—interrumpió encolerizado el otro.

—Ya que así lo quieres, así se hará; pero no hay que responder de lo que nos diga al ver la inutilidad de nuestros esfuerzos.

—¡Bah! ¡Qué nos importa! Que haga lo que le dé la gana.

—Y a otra cosa. ¿Marcha bien el funcionamiento de la turbina conductora de agua al volcán?

—Sí—respondió Hudkins—. Me parece que, por ahora, la válvula que tuvimos que reparar el año pasado sigue en perfecto estado.

—Te lo pregunto—dijo de nuevo el otro—porque sería una catástrofe terrible si llega a quedarse sin agua el cráter.

—Pues, como te digo, la examiné últimamente, y continúa en bonísimo estado.

—Hace rato que estamos aquí, así es que debemos marcharnos.

—¡Qué casualidad!—exclamó con regocijo Hudkins—. Mira. La "Veloz", que es el autobús que da la vuelta a la isla, parte ahora. ¿La detengo?

—Sí, iremos más cómodos que en barco.

Rápidamente una idea feliz iluminó la mente de nuestro amigo, que lo había oído todo con interés.

Arrojó una moneda sobre la mesa y siguió a los dos piratas, que subían en aquel momento a un enorme "auto" con capacidad para treinta personas, que estaba detenido junto a la puerta del cafetín.

Subió también, y, después de acomodarse en un asiento, pagó al conductor, que le había ido detrás, el importe anticipado del viaje, que ascendía a 30 centavos americanos. Retumbó el motor y el vehículo partió.

Salieron del poblado y tomaron una carretera, amplia y asfaltada, con árboles uniformes y recortados a sus lados.

Una recta de unos tres kilómetros se presentó a la vista de Ricardo, pudiendo observar a lo lejos un puente.

Al final, al lado de un muelle de madera, a la orilla de un canal, el autobús se detuvo y tomó otros tres viajeros.

Entonces, en vez de atravesar el puente, tomó hacia la derecha por una carretera más ancha que la que habían seguido hasta allí, y a una distancia de 100 metros de la vía acuática, continuó corriendo, ahora por un terreno en el que se veían de vez en cuando casitas blancas de techo rojo, seguramente pertenecientes a obreros.

Dos kilómetros más de marcha, y el "auto" se encontró con otro de color amarillo y con un número 10, indicando pertenecer a una Compañía.

En efecto, medio minuto más tarde pasaron ante otro igual, pero con un número 4.

A ambos lados del camino iban apareciendo cada vez más casas, hasta que al fin se convirtió en una verdadera calle poblada materialmente a ambos lados.

Los dos bandidos no habían cambiado una sola palabra.

En aquel momento el autobús subió una pequeña colina, y Ricardo pudo ver un lindo panorama.

A un kilómetro sentaba sus plantas una población bastante grande. A su lado, y como guardándola, dos grandes montañas, en cuyas cimas había una mansión rica y suntuosa en una, y en otra una rara fortaleza, que ya conocemos, al lado de una casita de metal (la cárcel, que también sabemos lo que es), extendían sus bases a ambos lados de una preciosa bahía, resguardada por una isleta, en la que se podían ver varios edificios mineros.

Al lado contrario, el canal se ensanchaba en un lugar completamente llena de muelles, y torciendo de rumbo subía hacia el norte, terminando a unos 15 kilómetros más arriba en un pequeño lago.

La isla se perdía a lo lejos, mirando hacia el oeste, lo que denotaba que aquél era el lago, y se podía ver su fin hacia el norte y hacia el sur.

Sus orillas eran algo abruptas y llenas de accidentes geográficos.

El "auto" bajó de nuevo la colina y se internó entre un sinnúmero de calles, estrechas, aunque extremadamente limpias.

Al cabo de otros minutos, cruzó una larga y ancha avenida por entre muelles al lado del canal, y tomando una calle con alumbrado eléctrico y adoquinada, en la cual había cafés y un pequeño cine, se detuvo por fin ante un edificio, en cuya fachada se podía leer en letras blancas: "Agencia de viajes".

Todos los viajeros se apearon, y Ricardo, como quien no quiere la cosa, siguió detrás de los dos bandidos.

Estos, sin hacer caso a un grupo de muchachos que se esforzaban por guiarlos a un pequeño hotel cercano, doblaron la primera esquina, y decididamente subieron una calle empinada, en dirección a la colina, donde asentaba sus cimientos la fortaleza al lado de la cárcel de metal.

Ricardo, que pudo ver varios "autos" y hombres en lo alto

de la montaña, sin pensarlo un momento, subió también, y cinco minutos más tarde, ya en la cumbre, pudo ver a los dos hombres entrar por la puerta principal del raro edificio.

Nuestro amigo, que no sabía qué hacer en aquel momento, se sentó en un banco de madera, al lado de la acera, y contempló con asombro la isla entera desde aquel lugar.

Allá a lo lejos, en la punta nordeste, se podía ver un enorme faro de metal, lo mismo que en la noroeste y sureste.

Cuatro canales la cruzaban en todos lados.

Una isleta bastante grande había a unos nueve kilómetros de ella, en dirección sur, y otra, en dirección este.

La vegetación era exuberante y magnífica. Hacia el norte había unos tres kilómetros, al lado de la costa, cultivados y sembrados de tabaco y caña.

Cerca del lago donde empezaba el canal Central había un pequeño ingenio.

En total, se podían ver cinco pueblos. Uno de ellos, a dos o tres kilómetros del lado citado, sentaba sus viviendas en la base de una alta montaña de cerca de 600 metros de altura, y en cuya cima se podía observar un minúsculo observatorio semioculto por la maleza, hecho a propósito para evitar que hubiera sido divisado por algún barco que pasase cerca de la isla, y del que hemos hablado antes para nombrar la potente sirena que tanto miedo infundía y que allí estaba.

Pasó una hora, que al joven le pareció segundos, por lo mucho que pudo comprobar de su examen, y al fin, vió salir de nuevo a los dos bandidos y tomar un "auto", en el que partieron.

Ricardo le siguió con la vista y pudo verlo correr en dirección hacia un sitio de donde partía el tren aéreo, que ya conocemos, y que iba a prodigiosa altura hasta el islote donde se explotaban las minas de diamantes.

Un cuarto de hora después los vió apearse del vehículo funicular e internarse en una de las fábricas más grandes de las limpiadoras de las piedras preciosas.

Entonces decidió dar un paseo por aquellos alrededores, y después de reflexionarlo un rato, se dirigió hacia un lado de la montaña donde estaba la fortaleza, y en la que se veía un gigantesco tubo de unos cinco metros de ancho y que se internaba en la tierra en una especie de abertura con las orillas cimentadas.

Así que hubo llegado a aquel lugar, pudo comprobar, mirando al interior del hoyo, que era nada menos que el cráter de un volcán apagado.

Pero ¿para qué era aquel tubo? Entonces recordó la conversación de los bandidos en la taberna y todo lo vió claro. Indudablemente, por allí subía el agua del mar para precipitarse en el cráter.

Y así, era subida por una gigantesca dínamo hasta allí, y precipitada por el cráter a las profundidades terrestres con un caudal cúbico seguramente enorme, aquello semejaba verdaderamente un infierno.

El sordo y profundo ruido semejante al estallido de un trueno, allá a cientos de pies bajo tierra, tenía un cierto parecido a la descripción hecha por Dante en su obra inmortal.

Aquello tenía un grado tan grande de audacia, que maravilló al joven Ricardo.

Sin embargo, una idea terrible acudió en aquellos momentos a su cabeza, que le hizo sonreír.

—He aquí—se dijo para sí—la perdición de la isla. Sólo con una pequeña granada de mi "Centauro" podría destruir el conducto del agua y hacer que el volcán reviviese en unas semanas.

En aquel momento, la voz de un hombre le sacó de su abstracción, diciéndole ásperamente:

—Oye, ¿no sabes que ahí no se puede estar más de un minuto? ¡Vamos, fuera ahora mismo y vuelve otra vez si quieres!

Ricardo obedeció; pero para sí se prometió utilizar aquello en un caso supremo. Era indudable que la isla no había explotado debido a que el volcán estaba contenido. Aquel era, pues, el secreto de los bandidos.

Además, aquella isla tenía una muy rara historia, historia que el lector conoce.

Bajó de la montaña y se internó en el pueblo, tomando un cuarto en un pequeño hotel.

A la mañana siguiente, y durante cinco días seguidos, sólo se dedicó a averiguar lo más posible de los bandidos.

Por fin, acercándose la hora de juntarse otra vez a sus amigos, emprendió el regreso en el mismo autobús que lo había traído hasta el pueblo de la bahía, y desde allí, a pie por entre el bosque, llegó hasta donde permanecía escondido nuestro gigante con Juanito.

## CAPITULO IV

### Al fin, frente a «él»

Mientras tanto, la noticia había circulado por los ámbitos del mundo.

El "Centauro" había desaparecido.

He aquí el enigma. ¿Había perecido o había logrado averiguar la verdadera causa del misterio?

Algo debía de haber sucedido, pues hacía cosa de dos semanas que ningún accidente se había llevado a cabo.

La tranquilidad volvía a reinar sobre los barcos mercantes.

El mundo se preparaba de antemano a felicitar al héroe, que, sin embargo, no estaba ni en la mitad de su obra justiciera.

La escuadrilla del almirante Redwood había llegado a Campeche, y al cabo de unos cinco días de preparativos, ahora en compañía de otras veinte unidades, se había lanzado a la busca del temido pirata del golfo y el Caribe.

La declaración de los detenidos por Ricardo y llevados a Miami había servido de mucho al almirante americano, pues le había dado a conocer que sus enemigos eran verdaderamente formidables.

En la flota, varios buques iban casi vacíos; se esperaba un cuantioso botín de la isla pirata.

\* \* \*

Y ahora, estimado lector, permíteme que te moleste con una pequeña explicación

Esta narración, no sólo es larga, sino complicada. La es-

cuadra grandiosa, que se dirige a conquistar el Peñón Rojo, va a tener un encuentro de gran trascendencia; pero ese encuentro no va a suceder en la fecha actual por que corre nuestra historia, sino dentro de algún tiempo. Así, me voy a adelantar y voy a referir el suceso en cuestión, suceso que, en realidad, debía haber sido puesto en el capítulo VII, y no en el presente.

Reframos lo acaecido el 15 de julio de 1960, un día antes de arribar la flota a la Martinica, donde se dirigía para preparar el plan de ataque.

El mar se había turbado repentinamente...

Nubecillas pardas y cargadas habían obscurecido el cielo.

Los barcos empezaron a moverse, y las órdenes de resguardo dieron a entender a las tripulaciones que se avecinaba una tormenta.

En aquellos momentos, la sirena del acorazado almirante anunció la presencia de un barco en el horizonte.

Pasaron veinte minutos, y la estupefacción más grande invadió a todos al poder observar que era un crucero rarísimo el divisado.

Así que la escuadra estuvo a una media milla de él, y cuando éste se hubo dado cuenta de que eran barcos de guerra los que tenía delante, se le vió girar en redondo y huir.

El almirante mejicano y el jefe de las unidades americanas últimas en llegar se hallaban en la cubierta del gigantesco barco-jefe.

—¿Qué significa eso?—preguntó Tim-Mac-Coy, el de Méjico—. ¿Acaso es ése un barco espía?

—Así lo parece—dijo Redwood—, y ahora mismo me voy a convencer. Artilleros de proa—en alta voz—: cinco balas calibre cuatro a su estela.

Casi instantáneamente se oyó el golpe de un gigantesco gatillo, y el barco entero retembló, oyéndose una detonación enorme.

Cinco rayos de fuego fueron a rebotar como delfines, casi bajo las hélices del crucero fugitivo.

En su popa, un hombre alto y fornido, vestido de capitán, dejó exclamar la siguiente frase al ver la llegada de las mensajeras de muerte:

—¡Maldición! Nos han visto y quieren cogernos. Ahora, amigos míos—dijo dirigiéndose a toda la tripulación, que se

hallaba alrededor de los cañones—, es necesario demostrar lo que somos, ya que ha sonado nuestra hora.

Un viva estruendoso acogió sus palabras, y aquella turba tosca y repugnante comenzó a prepararse para la huida y la lucha.

—Confiemos, no obstante—gritó el jefe—, en la velocidad de nuestro buque.

—Maquinista—rugió con voz de trueno por el tubo de mando—, a toda máquina. Timonel, vira a estribor.

Giró el timón, y el rápido crucero, presentando todo su frente, cruzó velozmente ante la escuadra, dejándola a una milla atrás en menos de un cuarto de hora.

Entonces sonaron sus cañones, y una lluvia de metralla descuartizó el armamento de un pequeño destructor que avanzaba a la delantera.

—Bien, bien—exclamó Redwood—. ¿Conque eso es lo que quieren, verdad? Pues lo van a tener.

Sonó el pito de la chimenea central, y sólo dos barcos de la escuadra siguieron navegando.

El destroyer y el acorazado almirante eran precisamente los designados.

—Son valientes—pensó para sí el jefe del crucero misterioso, que, como supondrá el lector, no es otro que Singer—. No aceptan lucha desigual. Pero, después de todo..., ¿qué me importa? Mejor. Así podré vencerles más fácilmente.

En lo más alto del palo mesana del pequeño destroyer, un marino habló por medio de las banderas, comunicando que no querían lucha y sólo la rendición del "Misterio"; pero éste contestó matando criminalmente al marinero de una descarga mortífera.

—¡Canallas!—exclamó Tim-Mac-Coy—. ¡Vamos, mis valientes! ¡Arriba y rindámosles!

La batalla comenzó, magnífica y espléndida.

Un barco perseguido, disparando todo lo que podía, y un gigante de los mares, como era el acorazado, descargando sobre él el poder terrible de sus cañones, presentaba un cuadro de proporciones atterradoramente soberbias.

La batalla se encarnizaba más y más por ambas partes. Los proyectiles se cruzaban, yendo a destrozar las arboladuras de ambos contrincantes, sin que de ningún lado se decidiese la victoria.

La escuadra entera, retirada del lugar del encuentro, lo presenciaba todo con manifiesta atención.

Así transcurrió una hora. Por fin, el pirata pareció huir, no viendo otro remedio a la situación.

Visto su movimiento de retroceso, el acorazado se lanzó sobre él como el león sobre su presa, descargándole todo el poder de sus armas de combate.

Mientras tanto, el destroyer, comprendiendo que, por su tamaño, no representaba allí ningún papel, se había detenido y había dejado el sitio al barco-jefe.

Mas ya el resultado del encuentro se podía asegurar. A pesar de la potencia y velocidad del barco pirata, la superioridad de su rival le hacía considerarse irremisiblemente perdido.

En efecto. Una andanada de metralla barrió de golpe sus dos palos, y otra lo hirió de muerte al incendiar el polvorín, que se hallaba en el centro mismo de él.

Tocado, hablando claramente, en su mismo corazón, el buque comenzó a hundirse lentamente.

Los piratas, enloquecidos de rabia, amenazaban a la escuadra con los puños en alto, a la vez que proferían horribles maldiciones. Indudablemente, preparaban algo sensacional para mucho antes de su muerte.

Y en efecto, así sucedió. Al comenzar el lento hundimiento del barco pirata, pudo notarse un movimiento apresurado de su tripulación hacia la popa, donde hallábase situada una extraña lanzadora de bombas.

Medio minuto más tarde se pudo escuchar un golpe seco y profundo.

Mientras tanto, el buque habíase hundido casi totalmente y sólo parte de su popa permanecía sobre el agua.

Varias unidades de la escuadra marchaban a toda máquina para salvar a los supervivientes, que aun en aquel supremo instante se mofaban y maldecían de sus perseguidores.

A la cabeza de ellas avanzaba rápidamente un lanzatorpedos, dejando tras sí un inmenso penacho de negro humo.

Se hallaría aproximadamente a unos mil metros del barco naufrago cuando aconteció un suceso increíble: cual si le hubiera tocado una mina submarina, reventó, semejándose a un castillo de naipes que se desmorona por el golpe de un niño.

Tras una detonación tremenda, seguida por otras muchas de menor intensidad, se precipitó al fondo del mar en menos de tres minutos, sin que un solo miembro de su tripulación se salvara.

La escuadra entera lo presencié todo estupefacta, y al volver sus ojos al barco pirata, causante de aquella nueva catástrofe con alguna bomba de profundidad, pudo ver que también habíase sumergido para siempre en las profundidades del mar con todos sus hombres.

—Mal empezamos—exclamó Redwood—. Perdemos cincuenta hombres de un golpe y uno de los mejores torpederos de nuestra escuadra.

—Pero, al parecer—objetó Tim-Mac-Coy—, hemos destruído al “Misterio del Golfo” en nuestra primera salida.

—Tan audaz ha sido ese barco, que mucho dudo que hayamos acabado con él y no con otro.

—Puede ser; pero, sin embargo, creo que no haya otro barco en el mundo que se aleje de nosotros al vernos más que él.

—¡Hay contrabandistas!

—Sí... Pero... ¡Bah!... En fin, no seamos pesimistas y creamos a pie juntillas haber destruído al león. Sigamos ahora nuestra caza. Nos quedan los cachorros, menos temibles, pero en mayor número y protegidos en su misma guarida.

## CAPITULO V

### Wilde

Prosigamos ahora nuestra narración con Ricardo.

Al llegar al sitio donde se había quedado el "Centauro" encontró a todos los miembros de la expedición, a excepción de Federico.

Preguntó por él, y Juanito le entregó la carta del joven.

Ricardo comenzó a leerla, y a medida que avanzaba en su lectura, se iluminaba su rostro de inmensa alegría.

—¡Hurra!—exclamó—. Me indica el sitio donde los encontraremos a todos. Pero... ¡canastos!... ¡Habrás visto!.. El muy bobo se cree que sabemos y conocemos todos los rincones de esta isla, ya que me indica la calle 37, Norte, del poblado número 1. ¿Y cómo nos arreglaremos?—preguntó en alta voz, pero a sí mismo, sin que se notase el desaliento que le producía aquella contrariedad.

—Aquí estoy yo para eso—dijo Conrado orgullosamente, saliendo del "Centauro", donde se había metido momentos antes y trayendo por el cuello al bandido que había capturado en la forma que hemos visto antes.

—¿Cómo?—inquirieron todos estupefactos—. ¿Qué significa esto?

—Muy sencillo—contestó el gigante, y refirió a sus amigos, que le escucharon llenos de estupor, toda la pelea y acontecimientos desde su partida.

—Muy bien—dijo Ricardo así que hubo terminado—; lo has hecho magnífico. Tu misión ha sido realizada. En cuanto a vosotros, Alfredo y Rodolfo, espero que vuestros conocimientos adquiridos en las exploraciones que habéis realizado nos servirán cuando los necesitemos. Ahora—prosiguió—hemos de prepararnos para partir esta noche, a las

doce, en la dirección que nos indique este individuo o este niño, que seguramente ha de conocer el pueblo número 1.

—Claro que lo conozco—exclamó Juanito sin afectación—, como que me he pasado unos días prisionero en la casa del jefe, situada allá.

—Ajá... Ajá... ¿Cómo fué eso?

—Así... Y entonces comenzó una narración descabellada, hecha por el niño, que ya se sentía seguro entre aquellos valientes, pero que en el fondo contenía, en síntesis, los mismos hechos que había referido a Federico anteriormente, y que ya conocemos.

No la referiremos y seguiremos nuestro relato en el momento que la partida del "Centauro" hacia el primer pueblo de la isla comenzó.

Bajo la dirección de Ricardo, el avión se elevó perpendicularmente en el espacio, sin provocar otro ruido que el tenue roce de su superficie con las verdes hojas de los árboles más altos.

Juanito se hallaba al lado del joven, maravillado de todo lo que presenciaban sus ojos, y a una pregunta que se le dirigió respecto a la dirección que era necesario tomar, indicó con el índice aquella que ya había recorrido Ricardo.

El aparato comenzó entonces a ascender cada vez a mayor altura y en dirección este.

Al cabo de unos minutos, y hallándose aproximadamente a una altura de tres mil metros, se pudo divisar un poblado pequeño, pero bastante iluminado.

—¿Es ése?—preguntó Conrado a Juanito.

—No—contestó—; pero el próximo en esta dirección es el que buscamos.

—Entonces ya sé cuál es, porque estuve en él—respondió Ricardo desde su asiento.

Y mientras guiaba el aparato, le dijo a Alfredo:

—Tráeme a ese hombre que aprisionó Conrado, que deseo tenerle a mi lado para el aterrizaje.

Momentos después se sentaba a su lado el prisionero, que permanecía con las manos esposadas.

—¿Cómo se llama?—preguntóle.

—Joe Wilde.

—¿Qué hacía usted en el bosque?

—Buscaba a este niño—y señaló a Juanito.

—¿Por qué?

—Por haberse huído de la casa del jefe. Pero..

—¿Pero qué...?

—Señor, responderé a todas las preguntas que usted me haga, mas no sé si esto me será bueno, ya que si llegan a enterarse mis compañeros de que les estoy delatando me matarán.

—En nuestras manos, no, puesto que si se porta bien y nos ayuda, nada le pasará.

—Bueno; entonces puede seguir preguntándome.

—Quiero, señor Wilde, que nos indique el mejor sitio para aterrizar cerca del poblado.

—Pero, señor, es imposible que ni siquiera lleguemos cerca del lugar sin que el ruido del motor no nos descubra.

—Mi aparato no provocará absolutamente ningún sonido.

—¿Absolutamente ninguno?—preguntó incrédulamente.

—Absolutamente...

—Entonces le indicaré un sitio magnífico donde nadie nos verá bajar.

—¿Cerca del pueblo?

—En él mismo.

—¿Cómo es eso? Explíquese bien.

—En mi casa. Poseo una propiedad en las afueras del poblado, en la calle 37, Norte, que tiene un gran patio, donde se celebran juegos atléticos por su tamaño, y en el que supongo podrá usted aterrizar sin peligro.

—Perfectamente. Se hará. Pero... dígame: ¿dice usted que su casa está en la calle...?

—Treinta y siete. Sí, señor.

—¿Entonces habrá visto usted a dos jóvenes norteamericanas que fueron capturadas por el "Misterio" hará cosa de mes y medio, y que, según creo, viven en esa calle?

—¡Cómo no! ¡Y claro que las he visto! Viven en casa de un tal Fredman, exactamente frente a mi vivienda.

—Magnífico, señor Wilde; si continúa usted ayudándonos como hasta ahora lo ha hecho, será usted puesto en libertad y conducido a los Estados Unidos con toda clase de honores.

—Entonces no dude, señor Ricardo; desde este momento pertenezco a ustedes en cuerpo y alma. Pregúnteme lo que quiera. De lo que sea y como sea.

—Así me gusta—interrumpió Conrado—; ya veo que eres un buen muchacho. Quizá algún día llegue a tomarte cari-

ño—y dijo esto último en voz baja a Juanito, que se hallaba a su lado—a ti y a ese pobre bandido, al que tan gran susto le proporcioné el otro día.

—Pues condúzcame entonces por el sitio que le parezca mejor para llegar a su casa sin ser visto—dijo Ricardo.

—Tome a la izquierda y elévese lo más que pueda—contestó Joe.

El “Centauro” experimentó una pequeña conmoción y comenzó a remontarse casi perpendicularmente hasta hallarse en unos momentos a la altura prodigiosa de 12.000 metros.

Wilde, maravillado de haber visto cómo las luces de los poblados de la isla habían desaparecido de su vista, exclamó:

—¡Pero, señor Ricardo, ahora no podré ver por dónde vamos para guiarle! No pensé que pudiéramos elevarnos tanto.

—¡Ja, ja!—rió—. Bien veo que no sabe usted todo lo que podemos hacer.

—Bajemos, pues.

Diciendo y haciendo, el “Centauro” descendió nuevamente a espantosa velocidad, deteniéndose casi a una altura de 400 metros.

Por lo que habían torcido en su ruta, se hallaban entonces sobre el canal Central, aproximadamente por el muelle número 5.

Bajo las indicaciones del pirata cautivado, Ricardo condujo al “Centauro” por encima del canal, haciendo todas las maniobras sin causar el más leve chasquido, gracias a los silenciadores de su invención.

Por fin, se pudieron ver los muelles y el pueblo entero. Atravesaron el espacio sobre ellos, pudiendo observar que la población entera permanecía en silencio.

Se deslizaron sobre las casas circundantes al canal y los embarcaderos, y por fin, casi en el límite del poblado, pudieron ver un espacio claro y cuadrado, semejante a un campo de fútbol.

—Allí—indicó Joe. Y el aparato, describiendo un gracioso círculo, fué a posarse como un halcón nocturno en el mismo centro del terreno indicado.

Así que hubieron estado en tierra, y habiéndose dado cuenta de que nadie los había visto, bajaron todos del avión.

A indicación de Joe, Ricardo condujo el aparato junto a

la casa, dejándole en un sitio semioculto por grandes mangos.

Luego se dirigieron a la vivienda del pirata, a la que entraron por la puerta trasera.

Ya en su interior, cerraron de nuevo y sentáronse alrededor de una mesa.

Ricardo habló, y Conrado, Alfredo, Rodolfo, Juanito y Joe Wilde le escucharon con suma atención.

—Amigos míos—dijo con voz dulce, pero enérgica—, nos hallamos en una situación peligrosísima. En un sitio extraño, enemigo. Hemos venido a él a escondidas. Por lo tanto, si somos vistos, moriremos. Tenemos a nuestro lado y de nuestra parte a este niño y a este hombre, que creo nos serán fieles.

—No lo dude—interrumpió Juanito.

—Hemos venido con un objetivo, y parte de éste se ha cumplido; hagamos el resto. Con vuestra ayuda todo se hará; sin ella, nada.

—Habla—dijo Rodolfo—y a todo te obedeceremos.

—Enfrente a esta casa se hallan, según nos dijo este hombre—y señaló a Wilde—, dos de las más íntimas amigas de la hermana de Federico. Nos hallamos aquí para averiguar lo más que podamos de esta isla, de sus habitantes y fuerzas. Esto ya se ha hecho, porque con ese objeto os hice hacer las exploraciones. Pero la captura de Elena con sus amigas nos impone una nueva obligación por cumplir, y con ese objeto os ha hecho venir a este lugar y a esta hora.

—Wilde, ¿con quién viven las dos jóvenes de enfrente?

—Son las dos criadas de uno de nuestros jefes, apellidado Fredman.

—¡Canalla!—se oyó murmurar a Alfredo y Conrado desde sus sitios y casi simultáneamente—. Lo pagará.

—¿Dónde se halla actualmente ese individuo?

—En alta mar, quizá muy lejos de aquí, en un barco de los nuestros, haciendo una larga expedición.

—¿Nadie más vive con ellas?

—Nadie...

—Entonces, amigos, oídme: Conrado y Alfredo, con Juanito, se quedarán guardando al "Centauro" y el patio de posibles e inoportunos testigos; Rodolfo custodiará la puerta de la calle, y Wilde y yo marcharemos a la casa de enfrente en busca de las muchachas y de Federico.

—Pero correrás demasiado peligro para arriesgarte solo...

—arguyó Conrado, mirando de soslayo al bandido capturado, que ya, sin esposas en las muñecas, fumaba un cigarrillo.

—De eso me encargo yo—contestóle el joven, comprendiendo la indirecta—. Así, pues, manos a la obra. Cada uno a su sitio y espero acabarlo todo antes del amanecer. En caso de alarma, que toque Conrado un silbato; pero, entiéndelo bien, que sea algo realmente necesario, ya que no quiero echarlo todo a perder por una simpleza. Nos hallamos cerca del triunfo, y sería una pena el fracaso después de tanto batallar.

—Cada uno a su sitio; usted, Wilde, condúzcame.

Se levantaron todos, y Ricardo partió tras el bandido.

Al salir, Conrado le dió un codazo advirtiéndole, y el joven pronunció un "gracias" imperceptible.

Joe abrió la puerta y ambos salieron a la calle, alumbrada débilmente por un farol eléctrico de poquísima intensidad.

La cruzaron y se internaron por un estrecho pasaje al lado de una fea vivienda amarilla, con dos ventanas y una puerta, que la asemejaban a la cara de un ser humano.

Llegaron a un patio cuadrado y sembrado de flores. Una sola puerta se veía, y a ella se dirigió Wilde.

Tocó de una manera particular, y Ricardo, instintivamente, se llevó la mano al revólver. Nadie respondió. El bandido tocó nuevamente. Nada.

—No hay nadie—dijo el joven a su lado.

—Sí hay; lo que pasa es que todo el mundo duerme en la casa.

—Intentemos nuevamente.

Joe repitió los golpes, ahora más fuertes, y al fin se oyó ruido en el piso de arriba.

Se abrió una ventana. Una forma humana se asomó y una voz dulce de mujer dijo:

—¿Quién es?

—Amigos—respondió nuestro joven con cierta emoción.

—¿Qué quieren?

—Salvarlas.

—¿Cómo? ¿Es acaso Ricardo el que habla?

—Sí—afirmó.

—¡Ah, Dios mío! ¡Qué alegría! Ahora mismo bajo.

Se cerró la ventana y la figura desapareció.

Cinco minutos más tarde se oyó a alguien bajar la escalera y la puerta fué entornándose con cuidado.

—Entren, entren—dijo una voz.

Entraron ambos, y ya dentro, pudieron ver a una hermosa joven, que no era otra que Sara, que los miraba con asombro.

—Señorita—dijo Ricardo—, venimos a libertarla, y aunque la hora es inoportuna, necesitamos que se vistan inmediatamente y vengan con nosotros.

—Voy a vestirme—exclamó la joven alegremente—y a avisar a los demás.

—¿Cómo a “los demás”?

—Sí, señor. Arriba se hallan escondidos Elena, Dorothy y Federico, que, sin dormir un momento, deliberan sobre lo que han de hacer para marchar huyendo hacia el sitio donde se haya el “Centauro”. Tardé tanto en bajar para darles tiempo a que se escondieran mejor, pues lo primero que se nos ocurrió fué pensar que eran sus perseguidores.

—¿Sus perseguidores?

—Sí, señor, sus perseguidores. Federico y Dorothy rescataron a Elena de su cautiverio; pero no lograron el pasar desapercibidos a los guardianes del palacio, que seguramente, a esta hora, estarán buscándoles.

—¡Ah! Pues entonces corremos mayor peligro del que había pensado—exclamó el joven con ímpetu—. Pronto, señorita, pronto. Avíseles que tenemos que huir inmediatamente. No hay tiempo que perder.

Sara corrió al piso superior, desapareciendo por la escalera. Ricardo, desesperado por la impaciencia, no había guardado atención en lo que había hecho Wilde durante la conversación con la joven, y mucho menos se había fijado en la habitación donde se hallaba. Esta era una gran sala, adornada con armas de innumerables clases y mil adornos.

El bandido capturado, mientras ambos jóvenes hablaban precipitadamente, había tomado de la pared un Winchester de diez tiros, completamente cargado, seguramente por su dueño, hombre previsor en demasía, y habíalo guardado en el bolsillo.

Al cabo de dos minutos se oyó un ruido y bajaron por la escalera cuatro sombras, envueltas por la obscuridad impenetrable en que habían quedado ambos al marchar Sara con la lámpara que trajo en la mano al abrir la puerta.

—¡Ricardo!—se oyó decir a una voz que hizo estremecer al joven de alegría.

—¡Federico!—exclamó nuestro amigo.

Y ambos se estrecharon las manos con efusión, al mismo tiempo que Sara encendía su lámpara, iluminando la habitación.

Precediendo a Federico se hallaba Sara, y tras ella, Dorothy y Elena, radiantes ambas de hermosura, sin afeites ni adornos postizos con que aumentar sus encantos.

Ricardo miró primero a Dorothy, a la vez que inclinaba su cabeza en señal de respeto. Federico presentósele, y ambos cambiaron un saludo efusivo.

Mas cuando nuestro amigo pudo ver a Elena cerca de sí, por primera vez en su vida, sintióse confuso, sin saber qué hacer. Aquellos ojos claros, serenos y hermosos, aquella voz dulce y melodiosa con que oyóla hablar unas palabras a Dorothy, le dejaron extasiado.

—Mi hermana—dijo Federico, que lo había visto todo.

La joven tendióle una mano, blanca como el marfil, nacrada y bella, que nuestro amigo apretó entre las suyas con una efusión que, por más que quiso, no pudo por más tiempo disimular.

Sara, como buena observadora, exclamó en voz baja al oído de su otra amiga:

—¡Qué pronto! No hace más que verla y ya se enamora.

—¿Qué hacemos?—preguntó Federico, sacando al joven de su arrobamiento.

—Salgamos enseguida—contestóle Ricardo, al mismo tiempo que recobraba su habitual aplomo—. No podemos perder ni un momento. Wilde—exclamó, presentándole al grupo—. Usted, el primero; las jóvenes, detrás, siguiéndole. Mi amigo y yo protegeremos la retirada.

Salieron de la casa y cerraron la puerta.

Comenzaron a caminar como lo había ordenado Ricardo: todo el mundo en silencio y no exentos de profunda emoción. En aquel momento, la obscuridad del patio desapareció bajo los lechosos rayos lunares.

Nuestro satélite salió de golpe tras una nube, iluminando la faz de la tierra como gigantesca bujía.

—¡Cuidado!—se oyó decir a Wilde en la delantera—. Oigo ruidos lejanos en la calle.

—Vayamos con tiento—dijo Ricardo—, y al cruzar al otro lado, mirad a ver lo que es.

Llegó la partida al final del pasaje, y Wilde, con las tres mujeres, cruzó.

Los dos amigos salieron entonces con suma precaución y pronto pasaron al otro lado.

Mas al pasar, ambos divisaron a lo lejos, y en la semipenumbra, varias sombras que se acercaban.

## CAPITULO VI

### Donde comienza el interés de las lectoras

Muy pronto llegaron donde estaba el aparato escondido y donde ya se encontraban reunidos Juanito, Alfredo, Conrado y Rodolfo.

—¡Pronto, pronto; al avión o estamos perdidos!

Subieron las muchachas y el niño. Ya se hallaban arriba todos, menos Ricardo y Wilde, cuando aconteció lo que el joven temía.

Como por encanto, brotaron sombras de todos lados del campo, y muy pronto, un grupo amenazador avanzó hacia el "Centauro".

—Suban—se oyó decir a Federico, queriendo tender un brazo a los que se hallaban en tierra.

Era tarde. Sonaron varias detonaciones y algunas balas rebotaron en la coraza del avión.

Ricardo sacó rápidamente sus pistolas, y ayudado favorablemente por la luz de la luna, abatió a dos de los delanteros.

Federico había sacado la suya, y desde la puertecilla del "Centauro" disparó con certera puntería, derribando a una figura que avanzaba enarbolando una espada.

Nuestro héroe (ese nombre merece) seguía disparando. De repente acordóse de que a su lado se hallaba Wilde, y volvióse con la intención de decirle que subiera al aparato mientras él defendía su retirada.

Esto le salvó. El bandido levantaba en aquel momento el brazo, en el que empuñaba la pistola hurtada en la otra casa y se preparaba a romper el cráneo del valiente joven.

Ricardo, rápidamente, sujetóle por la muñeca del miembro con que intentaba herirle y se la retorció fuertemente hasta hacerle proferir un ay de dolor.

—¡Miserable—exclamó—; mereces la muerte! Toma esa arma y retírate con los tuyos, si no quieres que te mate.

El traidor recogió la pistola y se retiró como a veinte pasos, mas para volverse y disparar sobre el joven.

La bala, a tan corta distancia, le atravesó el brazo. Mas nuestro amigo, contrayendo el rostro en una mueca de dolor, pasó su revólver a la otra mano, y con ella taladró la sien de quien tan villanamente le había traicionado.

El bandido cayó profiriendo una maldición, haciendo detener por un instante a la turba que se acercaba, furibunda, por las bajas que causaba en ellas el joven.

Instante fué ese que aprovechó Ricardo para subir al "Centauro". Así que estuvo dentro, cerró la puerta de entrada y dijo a todos los que allí se hallaban:

—Al fin, estamos seguros.

Sara, emocionada en sumo grado como sus compañeras, no dijo nada; mas en su interior pensó que era imposible levantar el vuelo en un lugar como aquél.

Pero muy poco sabía ella de lo que era el "Centauro". Nuestro héroe haló de una palanca y el avión se elevó en línea recta, haciendo proferir sinnúmero de maldiciones a la turba de bandidos que había acudido al lugar de la pelea.

Pasando a escasa altura sobre el poblado, tomó rumbo al oeste.

Estarían en las afueras del pueblo número 1 cuando se oyó algo que heló de espanto a todos los que en el aparato iban.

La sirena terrible emitió su lúgubre tañido, que repercutió largamente en el espacio con escalofriantes tonos.

Al instante, los ocupantes del avión pudieron ver cómo se encendía el observatorio de la montaña y potentísimos reflectores apuntaban sus luces sobre el fugitivo.

Y lo más inaudito aún: hacia noroeste brotó una llamarada. Se oyó una tremenda detonación y una bala gigantesca cruzó el espacio como a cinco metros del aparato.

Ricardó lo vió todo y comprendió que su situación era terrible. De todos lados brotaron luces y más luces. Detonaciones, balas que cruzaban en todas direcciones, las sirenas anunciando la huída por todos lados, hicieron al joven accionar diferentes botones y palancas. Un humo negro, espeso y asfixiante brotó de la parte trasera del avión, hacién-

dole dejar tras sí una inmensa nube, que le protegía contra la puntería de los artilleros.

Dos detonaciones hicieron vibrar la máquina, y el "Centauro", en todo el brío de su maquinaria colosal, emprendió una fuga inaudita, semejante a un meteoro celeste, a la velocidad soberbia de 700 kilómetros por hora.

Se encendió el cuadrante de velocidad, y muy pronto las jóvenes libertadas, que temblaban, presenciándolo todo desde una ventanilla, vieron, asombradas, cómo casi llegaban a perder el poder de la vista divisando la isla.

Los canales, pueblos, montes y valles del país pirata desaparecieron en menos de veinte minutos, y por fin, volaron sobre la inmensidad del mar.

—¡Salvados!—exclamó Conrado.

Con la precipitación y emociones de la huída, nadie se había fijado en Ricardo, a excepción de Elena, que desde un principio se había sentido atraída hacia aquel valiente joven, y que habíale estado observando desde su entrada al avión, más pendiente de lo que él hacía que de su propia seguridad.

En aquel momento, la joven profirió un grito y señaló el suelo alrededor del sillón donde se hallaba nuestro amigo conduciendo la máquina.

Un charco de roja sangre lo circundaba.

—¡Qué horror!—dijo Sara.

—¡Ricardo!—exclamaron al mismo tiempo Federico, Alfredo, Rodolfo y Conrado—. ¿Qué te sucede?

Corrieron todos al lado del joven, que en aquel momento disminuía la velocidad del "Centauro".

Sin fuerzas ya para levantar el brazo herido, por la pérdida de sangre, dirigía la maniobra con la otra mano.

Al mismo tiempo que Rodolfo se lo cogía con cuidado para ver la herida, nuestro joven hacía bajar al avión y amarizaba.

Un instante después se hallaban inmóviles sobre el mar, gracias a la soltadura del anclita, que ya conocemos, y a la movilidad de los botecillos.

Ricardo, levantándose, se dirigió hacia el lavabo, donde, después de desgarrar la manga de su vestido, se dispuso a curar la herida, ayudado por Rodolfo.

En aquel momento, Elena se dirigió hacia él, y con un

tono de voz al que el joven nunca hubiera podido negarse, preguntó:

—¿Me permitirá curarle?

—¡Cómo no!—fué lo único que pudo articular aquel bravo, que no sintiendo miedo ante los peligros que había corrido, se sentía, sin embargo, cohibido ante aquella encantadora doncella.

Ella, todavía sin comprender la verdadera causa de su turbación y un tanto turbada por la mirada triste y compasiva que hacia ella dirigía nuestro amigo, se dispuso a la cura.

A una indicación de Federico, abrió un armarito, encima del lavabo, de donde extrajo gasas, unas pinzas y yodo.

Con inefable dulzura y delicadeza, limpió los bordes de la herida, que era profunda y había interesado varias venas importantes. Luego, con un poco de algodón y agua oxigenada, limpióla toda ella sin que el joven emitiese una sola exclamación de dolor. Tomó entonces una pincitas finas y en forma de tenacillas, con las que extrajo cuidadosamente el proyectil.

Vertió yodo en la incisión, y después de protegerla con abundante algodón y gasa, cubrióla bien con una tira ancha y grande, que le ponía fuera del peligro de una infección.

Aquello había sido una verdadera operación quirúrgica, y todos los allí presentes lo comprendieron muy bien al ver la habilidad con que la joven había extraído la bala y contenido la hemorragia, uniendo las arterias una a una.

Ricardo se había portado doblemente valiente, y al acabar la curación llovieron sobre él las felicitaciones y las muestras de cariño.

Juanito, especialmente, no se cansaba de decirle:

—¡Así es como se portan los hombres!

Mas él sólo decía que si alguien había digno de alabanza era Elena, por lo bien que lo había curado.

La joven sonrió halagada, y aquello le pareció a Ricardo como una compensación de todo lo que había sufrido.

Así que todo hubo estado de nuevo en orden, y de que por orden de nuestro amigo se limpió el piso de sangre con una sorbedera eléctrica, comenzaron las explicaciones y los cuentos.

Sentóse todo el mundo alrededor de la mesa del avión, y Federico comenzó la narración del rescate de Elena.

Nosotros, querido lector, los dejaremos y retrocederemos al punto de nuestra narración en que las escuadras mejicana y norteamericana destruyeron a uno de los "Misterios del Golfo".

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

## CAPITULO VII

### Aclarando

Como recordará el que esto lea, en un capítulo de la primera parte, Ricardo, al ver a un extraño crucero, pensó en la posible existencia de dos cruceros iguales con los que los bandidos lograban realizar hazañas tan inauditas de velocidad.

Luego lo vimos todo ciertamente al hallar a Juanito y Federico en los muelles del poblado número 1 en el momento que se encontraban los dos cruceros. Uno salía y otro entraba.

Como también sabemos, en el que partía, iban Singer, el que había comprado a Elena y segundo jefe de la secta como comandante, y Fredman, el amo de Sara y Dorothy, como teniente del navío.

Su ausencia, como hemos podido comprender, ayudó grandemente a la fuga de las muchachas, ya que con aquellos hombres en sus casas el rescate hubiera sido mucho más difícil.

Mas antes de esto, pudimos ver cómo el crucero fué hundido por la escuadra de Redwood y Tim-Mac-Coy.

Pero faltó decir en esta historia que antes de hundirse el "Misterio", su telegrafista logró enviar un radiograma a la isla de los bandidos, comunicando su destrucción y hundimiento.

Aquella noticia cayó como una bomba entre la poderosa secta. Uno de sus factores más importantes había sido destruído, y por lo tanto, aquello demostraba la presencia de una poderosa escuadra en aguas del Caribe.

Efectivamente, aquel mismo día llegó a la isla un submarino pirata procedente de los Estados Unidos, que acabó por aclararlo todo. Un espía mostró los periódicos en que

se había anunciado la partida secreta de la escuadra en busca del "Misterio". Otro, empleado en la penitenciaría de Miami, dijo haber visto a varios de los pescadores usados por la secta como espías en alta mar, presos y declarando en contra de ellos por salvar la vida de la silla eléctrica. (Estos fueron los capturados espectacularmente por Ricardo en su "Centauro", como ya vimos.)

Tantas y tantas pruebas hicieron al jefe supremo y a su Consejo de quince secretarios pensar que la isla debía prepararse para la defensa, porque el secreto guardado por tantos años había sido descubierto, gracias a la intrepidez y valentía de Ricardo y sus amigos.

Los bandidos se pertrecharon de balas y municiones, se engrasaron los cañones y se adiestraron los artilleros. Se tendieron y colocaron millares de bombas submarinas alrededor de la isla en un radio de cinco kilómetros. Se limpiaron los reflectores. Se guarecieron las mujeres y niños en grandes garajes de acero, hechos a prueba de toda clase de explosivos. Se aumentó la vigilancia de guardafaros en los diferentes puntos de la isla. Se ordenó la salida de cinco submarinos piratas y tres "destroyers" en expedición de vigilancia. En fin, la secta se puso en "estado de guerra".

Como observamos por las palabras de Sara, la fuga de Elena se había descubierto por sus guardianes, y la nueva de que algunos extraños se hallaban entre ellos, exaltó el ánimo de los habitantes de la isla. Y el colmo vino a ser la llegada de un hombre, maltrecho y roto, huyendo un día entero, que, conducido ante el jefe supremo, refirió cómo se había encontrado con un extraño avión en el bosque, cuando buscaba al niño huído de la casa del jefe y la manera cómo un gigante había matado a tres de sus compañeros y que él había logrado escapar.

La noche de la fuga, en que Ricardo fué herido por Wilde, una partida de vigilancia los había sorprendido, y por eso se explica la rapidez con que llovieron innumerables proyectiles sobre el aparato, a la vez que un sinnúmero de reflectores lo hacían blanco de sus luces.

El aparato escapó, y esto exasperó a Malvy Baldwin, jefe supremo, presidente, o como lo queramos llamar, de la poderosa secta.

Maldijo, insultó, castigó e hizo barbaridades al enterarse de la impotencia de sus hombres y sus fuerzas, que no pu-

dieron impedir la huida de un simple aeroplano, como él creía.

Así se hallaba la situación, cuando el "Centauro", conseguido su objeto, huyó, llevando a su bordo a las tres jóvenes, a Juanito y a los cinco amigos.

Mientras tanto, cortaban las aguas velozmente las unidades de guerra que ya conocemos, en dirección a la Martinica, de donde se formaría el plan de ataque.

Cuarenta y cinco barcos en total, o sea una de las escuadras más poderosas jamás en aguas del mar Caribe, avanzaba hacia la conquista del Peñón Rojo.

Y cerca de 12.700 hombres formaban las tripulaciones.

El día 16 de julio de 1960 llegó la escuadra ante la capital de la Martinica, donde se esperaba.

Formando una gran circunferencia de cerca de 15 millas de diámetro, las 45 unidades fondearon frente al puerto.

Y dejémoslas allí, fraguando sus jefes un gigantesco plan de ataque para volver durante unos instantes al mundo, al mundo del Norte, a los Estados Unidos y Europa, donde tan sensacional asunto había cautivado la admiración de las masas.

## CAPITULO VIII

### «Si el lector no se aburre...»

El "Misterio del Golfo". Este era el título que a diario aparecía en los principales periódicos del universo, en la primera plana y con los caracteres tipográficos más grandes que en las imprentas hallarse pudieran.

Nueva York, París, Berlín, Londres, Roma, Madrid, Chicago, Detroit, San Petersburgo y Moscú culminaban en interés apasionado por cuanto se hablase acerca de algo tan magno, tan grandioso, como la aparición de una isla de procedencia misteriosa, donde una secta, poderosa y grande, se había multiplicado y procreado en un peñón solitario.

La China, intrigada también, había puesto su interés en aquello, sospechando que, al fin, había encontrado el enigma de la desaparición de sus dos cruceros más poderosos.

El Japón, comprendiendo que sólo allí podían estar los cinco submarinos que sensacionalmente se le habían robado dos años hacía, tomó parte también con vigor en el caso, y, en fin, todas las potencias, viendo claramente que aquélla era la solución a los sensacionales y misteriosos robos que habían venido sufriendo desde hacía algunos años, pusieron sus poderosos ojos sobre el intrigante asunto.

Ricardo Vimong era el hombre de actualidad, el joven de mayor popularidad en el mundo entero.

Los planos de su invento habían sido sacados de la casa de sus padres y guardados por el Gobierno hasta su regreso. Ya las mayores casas constructoras de aeroplanos habíanle hecho ofertas a su padre, Mickey Vimong, por cantidades tan grandes como veinte millones de dólares.

Una verdadera flota de barcos mercantes había zarpado de Europa, transportando a miles de turistas, ansiosos de

acercarse, aunque sólo fuera a unos cientos de millas del lugar donde iba a desarrollarse un suceso tan memorable.

Y así..., volvamos al "Centauro", antes de terminar la segunda parte de esta larga historia.

\* \* \*

No pondremos el relato de la fuga de Elena en boca de Federico. Resultaría pesado, por cuanto que en ella no podría hacerse resaltar la audacia del mismo que estuviera refiriéndolo, ya que el lector le tacharía de orgulloso.

Tomaremos, pues, un poco de lo que él refirió a sus amigos, y condimentándolo con otro tanto de lo que de nuestra mollera salga, haremos una ensalada, que espero no desagrade al lector. Procuraré ser breve y me lanzaré pronto en la tercera parte, que, si interesantes han sido la primera y segunda, mucho mayor ha de ser la próxima.

\* \* \*

Dejamos a Federico en capítulos anteriores descansando en la humilde, pero aseada, cama de una fonda, cercana a los muelles del canal que atravesaba parte del poblado noroeste, que ya conocemos.

Al día siguiente, como ya sabemos que iba disfrazado, no le costó trabajo atravesar el poblado y dirigirse a casa de Sara y Dorothy.

Ya allí, fraguaron un plan de rescate, más digno de un general que dispone de mil soldados que de tres personas a merced de una secta de miles de individuos.

Aquella misma mañana, con la ayuda de la doncella de Elena, le enviaron una esquelita redactada por Sara, que decía así:

"Querida: Tu hermano Federico se halla entre nosotros, dispuesto a salvarte. Prepárate para esta noche, que él y Dorothy te aguardarán bajo la ventana de tu aposento. Procura formarte una cuerda con las sábanas de tu cama y baja de esta manera, que el resto lo haremos nosotros. Recuerda la hora: a las 11,30 de la noche. Sara."

Elena la recibió y leyó estupefacta, mas el deseo imperioso de ver a su adorado hermano la hizo preparar la fuga, y efectivamente, aquella noche todo se realizó según la esquelita; mas, para su mala suerte, al salir del palacio de Singer, un vigilante los divisó y ocasionó la alarma por todo el poblado.

Un sinnúmero de patrullas salió en su busca, y a no ser por la llegada de Ricardo y sus amigos, hubieran sido hechos presos. Los bultos que vieron nuestros amigos en la semi-penumbra de la calle se dirigían expresamente a casa de Fredman, porque ya se había sospechado que de allí eran los que habían fraguado la fuga.

\* \* \*

Al morir Singer en el hundimiento del crucero por la escuadra, el jefe supremo de la secta quedaba como único poder.

Por lo tanto, sus órdenes eran como las de un dios.

El segundo jefe había sido siempre el encargado de la vigilancia de la gigantesca turbina de agua que subía, como pudo observar Ricardo, desde el mar hasta la boca del volcán apagado.

Al morir, pues, los hombres bajo su dirección, creyendo su trabajo de poca importancia en una situación de guerra como aquélla en que estaban, abandonaron sus tareas, y muy pronto las turbinas y regeneradores de electricidad quedaron completamente abandonados.

Una semana después de la fuga del "Centauro", en la soledad de la planta eléctrica se sintió un golpe seco hacia el lugar de la caldera. Un tornillo, que ajustaba una de las ruedas hidráulicas, se aflojó, dió vueltas por la fuerza del agua y cayó en ella, desapareciendo.

La rueda sin ajuste se salió de su eje, y en unos instantes fué destrozada por las aspas de sus compañeras.

Mas éstas también sufrieron al golpearla, y tan grave desperfecto hizo que mucho más de la mitad del agua subida al volcán antes de la rotura, quedase abajo.

Con los días fué subiendo menos líquido, hasta llegar a ser un simple chorro de unas pulgadas de diámetro lo que caía al fondo del volcán.

\* \* \*

Mientras tanto, acabadas las explicaciones e historias que ya nosotros conocemos, de todos los personajes que a bordo del "Centauro" iban, Ricardo logró comunicarse por televisión con la escuadra de Redwood, que estaba en la Martinica, donde todavía no había llegado.

Y por orden del almirante, que experimentó una gran alegría al verle, después de tantos días sin comunicación con él, se dirigió con su aparato hacia la Antilla francesa, donde llegó después de dos horas de vuelo.

Serían las diez de la mañana del día 16 de julio, cuando el maravilloso hidros submarino acuatizó a unos metros de distancia del acorazado almirante.

Su llegada, presenciada por la escuadra entera, fué acogida por innumerables sirenas, pitos, voceríos y vivas.

Las tres muchachas, llenas de cierto regocijo como premio a sus sufrimientos, se alegraban infinitamente del triunfo completo de aquellos cinco valientes que a tanto habían llegado por salvarlas a ellas y prepararles el campo de batalla a las unidades de guerra.

Elena gozaba más que ninguna, ya que hasta aquel momento Ricardo había demostrado cierta predilección por ella, y la joven—¿por qué negarlo?—había comenzado a tomarle cariño a aquel valiente aviador y marino.

La amistad, que ya es algo, se había ido convirtiendo entre ambos, en las pocas horas que pasaron juntos, en algo más grande: en un cariño inmenso, que ya ninguno de los dos disimulaba, aunque la joven, como mujer al fin y recelosa como todas las de su sexo, se retraía aún un poco, comprendiendo que Ricardo hubiera podido sentir por ella una pasión repentina, que desapareciera al volver al mundo civilizado, donde quizás los honores que le aguardaban le subieran el orgullo a la cabeza.

El hidro se acercó al buque, y todos sus tripulantes fueron izados a bordo por medio de un ascensor portátil de cuerdas.

Ricardo fué el único que permaneció en él. Así que se halló solo, hizo elevar el "Centauro" a gran velocidad, para luego, haciendo un rápido cambio en sus botes, que se transformaron en ruedas, aterrizar en la cubierta del acorazado, entre los aplausos de su tripulación, que no esperaba aquello.

Bajó el joven por fin. Cerró la puertecilla y se dirigió adonde se hallaba la oficialidad del buque, agasajando a sus amigos y amigas. Llevaba un pliego en la mano derecha. El brazo izquierdo estaba vendado todo él y semientablillado con algunas varillas de hierro que Elena había encontrado en una de las cabinas del avión. Su rostro denotaba debilidad, y algo pálido por los esfuerzos realizados, sonrió a los marineros, que le contemplaban como a un ser sobrenatural, por lo que de él habían oído decir.

—Aquí llega el verdadero héroe—dijo Conrado, señalándole al comandante.

—¡Verdaderamente, es un valiente!—exclamó para sí el viejo marino, con admiración no fingida, que aumentó al ver el brazo herido.

Ambos se estrecharon efusivamente las manos (1), y después vinieron las presentaciones y cumplidos de la oficialidad.

Una hora más tarde, y a instancias del almirante, y después de habersele hecho una delicada cura a Ricardo por el médico de a bordo, todos los recién llegados dormían un sueño reparador en camarotes especiales, sólo usados en casos solemnes y cuando personajes de gran importancia usaban el buque para viajar.

\* \* \*

Dos semanas transcurrieron sin que la escuadra se moviese de la Martinica, haciéndose planes de ataque y contraataque.

En este tiempo, Ricardo llegó a restablecerse completamente bajo los cuidados casi maternos de Elena.

Ambos jóvenes se sentían cada vez más atraídos el uno al otro, llegando a vérselos casi siempre juntos a bordo del acorazado, cuando las ocupaciones del joven con el almirante le dejaban un rato de descanso.

(1) Las izquierdas.

—Elena—le decía él a menudo—, ¿no cree usted que nuestra amistad llegue a convertirse algún día en algo más espiritual y grande? Yo la estimo—afirmaba mirándola apasionadamente—tanto, que no sabría cómo dejarla. Ha sido usted para mí como una madre cariñosa y amante, pero tan bella como una diosa. Siempre sonriente, ocupándose de mí más que de nadie.

Y otro día, estando juntos en la cubierta del buque, hacia las seis de la tarde, díjole:

—Elena, ¿por qué nos tratamos de usted? ¿Por qué no me ha de permitir que la tutee, en vez de guardar tan rigurosa como amarga etiqueta?

Ella entonces díjole con bondadoso tono:

—Hágalo, Ricardo. Me salvó la vida, y por lo tanto, está en el derecho de llamarme como le plazca.

—¡Ah, no! Yo no deseo que lo haga por agradecimiento. Dígame, querida amiga: ¿verdad que no hace eso sino por mí?

—Pero, Ricardo, eso es algo que me compromete.

—¡Por favor!—imploró.

—Bien, sí... Es por ti...

Aquello fué el principio de un... Mas permóneme el lector si no sigo. Le prometí acabar con esta parte, y todavía estoy dándole que hacer con ella.

\* \* \*

Mientras tanto, la turbina del volcán del Peñón Rojo, continuando ella misma su obra de destrucción, había acabado por no subir ni una gota de agua.

Y un día, el primero del mes de agosto del 1960, un ruido sordo, profundo, como el del agua hirviente que borbotea en las cavidades de un barranco, se oyó, apagado al principio, fuerte después, que surgió de lo profundo del cráter...

Mas para el pueblo pirata aquella "insignificancia" pasó inadvertida, teniendo en mente la preocupación de un posible ataque a la isla. Y así, el ruido continuó, creciendo más y más...

FIN DE LA PARTE SEGUNDA

# TERCERA PARTE

## EL CATACLISMO

### CAPITULO PRIMERO

#### Preliminares

El día 2 de agosto zarpó de nuevo la escuadra, ahora dividida en tres secciones.

Diez unidades tomaron rumbo al norte del Peñón, con el objeto de atacar la isla por ese mismo punto.

Quince hacia el noroeste, para entrar por el Canal Central y dividir en dos las fuerzas piratas.

Y las otras veinte se dirigieron hacia el poblado número 1, punto principal de las fuerzas del Peñón Rojo.

Ricardo, como vimos en la segunda parte, trajo en la mano un pliego. Este papel era un mapa que él mismo trazó con ayuda de los conocimientos adquiridos por Rodolfo, Alfredo y Federico, así como él mismo.

Guiándose por él, se hizo el plan de batalla.

En el barco insignia iban nuestros cinco amigos y nuestras tres amigas. Federico y Ricardo habían sido encargados de salir en el "Centauro", con objeto de realizar una exploración; mas, a instancias del último, se les concedió permiso para internarse de nuevo en la isla y volver al cabo de dos días con todo lo que quidieran haber visto, como noticias de interés y de campaña.

El 3 de agosto, como a las seis de la mañana, comenzaron a hacerse preparativos para la exploración. En la cubierta del buque insignia, el "Centauro" se hallaba listo para emprender el vuelo.

La tripulación entera se hallaba a su alrededor esperando la llegada de los dos tripulantes.

Mientras tanto, en el camarote de Ricardo se hallaban reunidos todos sus amigos, Juanito y las muchachas.

Elena y nuestro héroe, retirados del grupo general, que se despedía de Federico, hablaban en voz baja.

—Elena, voy a partir, y quizás llegue a perecer en esta expedición; mas antes quiero decirte algo que no puedo por más tiempo acallar.

La joven comprendió el significado de aquella frase, y un intenso rubor enrojeció su bello rostro.

—Yo te amo—pronunció casi imperceptiblemente el joven aviador—, te adoro como a una diosa, y no podré vivir sin ti.

Ella permaneció muda, y él, algo repuesto de su turbación, dijo:

—Contéstame, por favor; de ello, de tu respuesta, depende mi éxito o mi derrota.

—Ricardo—arguyó Elena con frases entrecortadas—, yo he llegado a estimarle mucho, mas no aguardaba tan pronto que usted llegase a amarme.

Y recobrando de pronto el valor perdido y sintiendo en el fondo un afecto profundo hacia aquel valiente, a la vez que acongojada por el triste rostro que había puesto el joven al oír su último raciocinio, exclamó con un ton afectuoso:

—No se desanime, que, aunque necesito pensar la respuesta, he de contestarle tan pronto como nos veamos de nuevo.

Aquello, dicho con una dulzura ilimitada, le supo a gloria al por un momento atribulado joven. Apretó dulcemente las manos nacaradas de la muchacha, y mirándola fijamente, le dijo:

—Elena, se lo ruego, no me desprecie. He llegado a adorarla. Vine a estos lugares con fines simplemente militares, y ahora ha despertado usted en mí algo demasiado profundo y que ha arraigado en mi alma con tan gran fuerza, que me es imposible arrancar.

—¿Me querrá?—preguntó de nuevo.

—Probablemente—dijo ella.

Mas aquella palabra fué lo suficiente para que el ensombrecido rostro del héroe recobrará su habitual alegría, y aún más, rió jovialmente.

—Antes de marchar ¿me otorgará un favor?

—Sea—respondió ella—. Veamos cuál es.

Entonces él, ya con su aplomo acostumbrado y envalentonado por la dulzura de aquella encantadora doncella, y

teniendo entre las suyas su blanca mano derecha, subiéndola hasta sus labios y la besó ardientemente.

Ella, que no esperaba aquello, protestó; mas no siendo partidaria de expresar lo que no sentía y viendo que, a pesar de todo, aquella prueba convincente de afecto la halagaba, optó por permanecer muda, aunque intensamente sonrojada.

Pero aquel beso fué sorprendido y visto por todos los allí presentes, que supieron disimular y aparentar que aquel idilio no había sido percibido.

Ricardo y Elena levantáronse en aquel momento, y después de repetirle él su frase de despedida y amor y ella su "probablemente", que tanto ánimo infundía al marino, reuniéronse ambos al grupo de los otros, y momentos después se hallaban todos en cubierta.

Cambiáronse saludos efusivos, y tras de abrazar Federico a su hermana, quizás por última vez, se dirigió Ricardo a ella, y en una voz que todos los allí presentes pudieron oír, exclamó, algo emocionado, a su amada:

—Elena, me llevo a su hermano en una exploración que no carece de peligros infinitos. Ambos lucharemos por el triunfo, mas Dios sabe lo que nos aguarda. Confíe que toda la responsabilidad de este asunto cae sobre mí. Si perecemos, maldígame, y si no, esperaré con confianza su afecto.

—¡Calle, calle!—exclamó ella con congoja y mirándole enternecida—. Rogaré a Dios por que regresen sanos y salvos.

Cambiaron ambos un efusivo apretón de manos, durante el cual Ricardo no pudo apartar su vista de la de la joven.

Y subió al "Centauro" tras haberlo hecho Federico.

Cerróse la puertecilla de entrada, y el aparato comenzó a oscilar en ligeras convulsiones.

Se despejó la cubierta, y el avión gigante se elevó majestuosamente...

Minutos después se perdía en las nubes.

Entonces fué cuando Elena sintió en su pecho algo desconocido y extraño. Una sensación de tristeza y pena, como de que algo muy querido había partido de su lado.

Y comprendió, al fin, que amaba a Ricardo con locura. Y sin poder impedirlo, ruborizóse.

\* \* \*

Las veinte unidades de Redwood, o sea las encargadas de atacar el poblado número 1, amortiguaron completamente su velocidad hasta sólo avanzar unos dieciocho nudos diarios.

Mientras tanto, las diez encargadas de hacerlo por el norte la aumentaron hasta alcanzar once nudos por hora.

Y, por último, las quince destinadas a atacar y conquistar el Canal Central emprendieron su ruta a toda marcha, logrando como promedio la rapidez extraordinaria de diecinueve nudos y medio por cada hora.

De este modo lograrían llegar a vista de los piratas todos al mismo tiempo, y sin darles ocasión a prevenirse, por los tres lados.

\* \* \*

La isla de los piratas ardía en expectación. El observatorio de la montaña había anunciado a sus habitantes la proximidad de una poderosísima escuadra, y todos habíanse prevenido para el ataque.

El "estado de guerra" se hallaba en su apogeo.

La gente permanecía escondida. Las casas, cerradas, y los poblados, desiertos. Sólo de vez en cuando se veían cruzar por ellos patrullas de vigilantes y motocicletas, que transmitían órdenes y repartían víveres a los niños y mujeres refugiados en los garajes de acero.

\* \* \*

Toda persona que se veía vagando por los muelles, y que, por lo tanto, se consideraba sospechosa, era conducida inmediatamente a la cárcel de metal.

La fortaleza-residencia del jefe supremo era una especie de cuartel general, donde concurrían diariamente los principales directores de la secta.

Pero, a pesar de todas esas prevenciones y cuidados, un punto había donde todo había continuado igual y donde el número de vigilantes había sido reducido para dar mayor fuerza a los de la isla.

Eran las minas de diamantes. Tan cerca estaban del po-

blado principal, y tan imposible se creía la fuga de un prisionero de allí, que casi toda la vigilancia había sido quitada.

Y los cautivos, sin ser obligados al trabajo por nadie, vagaban por las fábricas y talleres, y hasta, de vez en cuando, se bañaban en una playita que había al sureste, muy cerca de un faro de señales, guardado por ellos mismos.

\* \* \*

Y algo aún más grande, de más importancia y trascendencia, había sido también olvidado: el volcán.

Careciendo de agua, los ruidos intensos subían de lo profundo del cráter cada vez más fuertes y amenazadores.

## CAPITULO II

### Un encuentro inesperado

Serían las diez de la noche. En la playita que ya hemos mencionado dormían plácidamente, a la luz de la luna, dos hombres de rostros dulces, aunque prematuramente envejecidos, de trajes desgarrados y maltrechos.

Las olas, mansas y tranquilas, lamían la orilla suavemente, causando un ruido hueco y largo.

Los cocoteros cercanos al mar e impulsados por la brisa nocturna asemejábanse a gigantescos abanicos movidos por fantasmas.

Todo era calma, cuando un bulto extraño surgió del mar y avanzó hacia el faro, que permanecía apagado. Muy pronto otro igual le siguió. Eran dos hombres vestidos de buzos. Mas lo extraño eran sus vestimentas: unos trajes ajustados, de goma negra, y unas pequeñas escafandras componían todo su ajuar.

Ambos llevaban en la mano derecha unas pistolas rarísimas de cristal, por cuyos cañones salía una luz blanca e intensa, que ambos graduaban con sólo apretar el gatillo hacia el lado conveniente.

Avanzaron por la orilla, y muy pronto llegaron cerca de las paredes de la casa del guardafaro.

—¡Cuidado ahora!—dijo uno de ellos en voz casi imperceptible—. Veamos quién hay dentro.

Sigilosamente, el que había hablado empujó la puerta, que se hallaba entornada, y sirviéndose de la pistola como arma de defensa, entró.

Allí sólo había una habitación con una cama, que permanecía hecha e intacta, pero ni un ser humano.

—Han debido de abandonar este lugar por peligroso—ex-

clamó con el mismo tono de voz, dirigiéndose a su compañero.

—O por el calor—arguyó el otro.

—¿Qué hacemos entonces, Ricardo?

—Creo que, como no hay tiempo que perder, debemos partir inmediatamente, antes de que nos pesquen "in fraganti".

Mas en aquel momento se sintió ruido en el exterior de la caseta. Los dos hombres que dormían en la playa se habían despertado, y, al parecer, temerosos de que alguien pudiera haber invadido su vivienda, se habían dirigido hacia el faro.

Ricardo y Federico, ya que no otros eran los misteriosos hombres surgidos del mar, se aprestaron instintivamente para la defensa.

—Son dos los que vienen—murmuró Federico, que observaba a los recién llegados por una rendija de la puerta de entrada.

—Mejor; así acabaremos pronto.

A una indicación de Ricardo, ambos se pusieron tras la puerta y esperaron.

Los dos hombres de la playa venían conversando, y muy pronto llegaron a la caseta. Vieron la puerta entornada, y entraron sin ninguna cautela.

Como por arte de encantamiento, brotaron dos sombras de ambos lados y cayeron sobre ellos, inutilizándoles.

Mas no hicieron resistencia alguna. Al parecer, estaban satisfechos de haber sido capturados.

—¿Qué hacen ustedes aquí?—inquirió Ricardo con desconfianza.

—¡Hombre! Vinimos a dormir tranquilamente, y resulta que en nuestra misma casa se nos maltrata y detiene.

—Cuando lo hemos hecho, es porque estamos en nuestro derecho—respondió Federico.

—No es el caso ahora de ver si están presos o no. Creo que ustedes serán personas decentes y querrán irse con nosotros de este endiablado lugar—dijo Ricardo.

—Exactamente; eso es lo que deseamos mi amigo y yo. La situación en la isla se pone cada vez más fea, y no deseamos otra cosa que largarnos de aquí—dijo el que hasta entonces había permanecido mudo.

—Pero, un momento; desearía conocerlos. ¿Por qué no encendéis la luz?

Ya iba Federico a apretar el resorte eléctrico, cuando Ricardo dijo:

—No hagas tal cosa. Puede ser una estratagema para perdersenos.

—Vaya, vaya; aún desconfían ustedes de nosotros. ¿No comprenden que sólo queremos salvarlos? ¿Cómo intentaremos capturarlos a ustedes? ¿Eh? ¡Para quedarnos en esta isleta, donde la más grande anarquía reina entre todos sus habitantes! ¡Canastos! ¡Que se necesita ser muy estúpido para no querer huir!

Aquello convenció, al parecer, a nuestro amigo, y dejó que Federico diera luz. Se encendió una bombilla que colgaba del techo, y entonces se pudo ver el siguiente cuadro:

Ricardo sujetaba fuertemente a uno de los bandidos en el suelo; el otro permanecía atado de manos en la cama, y ambos jóvenes, aún con las escafandras puestas.

—¡Recórchiles! ¡Por los cuernos de cien mil bisontes!— exclamó estupefacto uno de los cautivos, que, al parecer, gustaba de las frases estrambóticas—. ¿De dónde vienen ustedes? ¿Acaso son enviados del Dios del Mar?

Ricardo rió, comprendiendo que nada tenía que temer de aquellos guasones, y lo mismo hizo Federico, que se animó con la sonrisa de su amigo.

El joven se levantó, dejando en libertad al bandido que tenía sujeto, que se puso en pie, mirándole con agradecimiento, y tras de quitarle la encafandra, cortó con una cuchilla que había sacado las ligaduras que sujetaban al otro prisionero.

—Ya ven que les tenemos confianza; pero así como nos hemos portado bien con ustedes y así como prometemos sacarles de este lugar para siempre, queremos que nos ayuden en la realización de nuestros planes—exclamó nuestro héroe.

—Veámoslo. Pero, en primer lugar, no sabemos quiénes son ustedes.

—Somos marinos de la escuadra de los Estados Unidos de América. Los mismos que nos llevamos a tres jóvenes cautivas de los miembros de vuestra secta. El nombre de este joven es Federico Wells, cuya hermana rescatamos, y el mío es Ricardo Vimong.

—¡Ajajá! Así me gusta tratar a las gentes—dijo el de las frases raras—. Hombres como ustedes hay pocos. Cuando yo

me enteré de la hazaña que ustedes realizaron, la aplaudí en mi interior por la audacia que ella encerraba. Mi nombre, amigos, es el de John Mandell, y actualmente soy el secretario del director de nuestra mina de diamantes, que viene a ser nuestra principal fuente de riquezas. ¡Ah! Y perdonen que me presente primero; pero es que los grandes personajes han de ir siempre los últimos, y como yo soy el secretario, tengo que presentarles después de mí al señor presidente de la famosa mina, aquí presente, Mr. Dunny Kearns como se le llama comúnmente.

—¿Cómo?—interrumpió Ricardo, que lo oía todo cada vez con más interés—. ¿Usted es el presidente de las minas que tantas riquezas deben contener?

—Exactamente, joven; y si estuviera seguro de que... Pero, en fin...

—¿Qué dice usted? ¿Por qué se calla?—preguntó desesperadamente nuestro amigo, comprendiendo que el citado Kearns guardaba algo muy importante por decir.

—Digo que si estuviera seguro de que ustedes van a sacarnos de aquí, podría hacerlos ricos para siempre.

—¡Oh! Esté usted seguro que muy pronto partiremos. Explíquese, por favor...

Como hemos visto, en los instantes que llevaban nuestros amigos de haber encontrado a aquellos dos hombres, una mutua corriente de simpatía se había establecido entre los cuatro. Tanto Ricardo como Federico habían comprendido que aquellos dos personajes no eran tipos vulgares, y al conocer los cargos que ambos desempeñaban, vieron claramente lo que representaba para ellos aquel "encuentro inesperado".

Y Kearns, a instancias de Ricardo, hizo la siguiente historia:

—Las minas de diamantes de las que soy director han funcionado perfectamente hasta que la llegada de ustedes en su avión trastornó a la isla entera. Por orden de Maty Baldwin, nuestro jefe supremo, la vigilancia más estricta se ha organizado en todo el territorio del Peñón Rojo. Mas al necesitarse un mayor número de vigilantes para la isla grande, se han quitado todos los de las minas. Naturalmente, los cientos de prisioneros que trabajan en la busca de diamantes han dejado de trabajar, y vagan actualmente por toda esta isleta. Al quedar solos mi ayudante y yo en el edificio

de la Dirección, un grupo de mineros intentó matarnos para obtener los diamantes que guardo en mi caja de caudales. Afortunadamente, aquel día no tenía sino cinco o seis, y de inferior calidad. Al quedar defraudados en sus intenciones, no nos hicieron nada, perdonándonos la vida; mas nosotros decidimos escapar hacia esta playa solitaria, donde nadie sabría nos hallásemos y de donde quizás podríamos huir fácilmente, si fuera verdad que una escuadra poderosa se prepara a atacar al Peñón Rojo. Mas éste no es mi secreto. Al decir que puedo haceros ricos no mentí.

Entonces Mr. Dunny metió la mano en su amplio bolsillo y sacó una cajita de caoba, como de diez pulgadas de largo por tres de ancho y tres de grosor.

—Ved esta caja—dijo—; siempre la guardo en mi pecho en un bolsillo especial que he mandado hacer en todos mis trajes.

Y abrióla. Estupefactos, hipnotizados y no creyendo lo que sus ojos veían, se acercaron los dos jóvenes marinos y Mandell a la cajita maravillosa. Jamás habían presenciado cosa igual. Los cinco diamantes más bellos, más grandes y de más hermosos reflejos se hallaban colocados en ella.

Y en medio, aquello que había causado su admiración: una piedra preciosa enorme, como de tres pulgadas cúbicas, que despedía destellos de múltiples y variados tonos.

—¿Qué es eso?—preguntó Mandell.

—Un diamante, el más grande y bello que jamás mortal alguno haya visto.

—¡Cuernos! ¡Por los pelos de un millón de focas, que no había visto cosa igual. ¿Cuánto valdrá?

—Cerca de quince millones de dólares—respondió con satisfacción el director de las minas.

—¡Recórcholis! ¿Y de dónde sacó semejante joya?

—De la mina, amigos; estas cinco piedras que aquí veis son de las mejores del mundo, y esta gama maravillosa es única en su clase y tamaño.

—Pues bien, señor Ricardo—dijo aquel noble hombre dirigiéndose hacia el joven, que permanecía mudo de estupor—, yo se la regalo. Tenga esta grande, para usted es; estas otras cuatro, que, juntas todas, están valuadas en diez millones, son para su amigo. Yo ya soy un viejo y no tengo nadie que pueda heredarme. Además—exclamó con amargo acento—, he hecho mucho mal en este mundo, y ahora de-

seo hacer algo bueno, algo digno de un hombre. Sólo quiero partir de este lugar desgraciado, donde mi mala suerte me trajo años atrás y me hizo un perdido, para poder dedicar en cualquier nación del mundo mis últimos días a la práctica de una caridad que ya casi he olvidado.

Aquella salida dió a conocer a nuestros amigos una nueva historia. Vieron en aquel hombre, de noble y simpático rostro, a un desgraciado, obligado por la necesidad a hacerse un miembro de la secta funesta.

Por obligación, nuestros amigos rehusaron el valiosísimo presente; mas a la fuerza hubieron de aceptarlo, obligados por las continuas súplicas de Dunny.



Y tras esto vinieron las historias y los planes. Aquella noche trascurrió entera para los cuatro hombres, sin que se dieran cuenta de nada, embebidos en sus mutuas narraciones.

Tanto Kearns como Mandell eran ciudadanos norteamericanos. Muchos años atrás, cuando la secta comenzó a extenderse, ambos habían sido reclutados a la fuerza en el puerto de Nueva Orleans por un grupo de desalmados que viajaba en un viejo buque bajo el mando del entonces insignificante Maty Baldwin, jefe de una cuadrilla de piratas sin nombre.

Apremiados por la necesidad de "hacer algo" por la vida, siguieron el ejemplo de Maty, y aunque le odiaban, muy pronto llegaron a ocupar importantes puestos en la secta que él dirigía.

Ambos conocían la isla al dedillo, y como jefes, tenían autoridad para poder ir por donde les viniera en gana, a pesar del estado de guerra; mas no habían podido ir al Peñón Rojo por haberse destruído el ferrocarril aéreo.

Aquello se había hecho por orden del jefe supremo, que temía una peligrosa insurrección de los cautivos en las minas al atacar la cercana escuadra.

Kearns manifestó saber dónde se hallaba la caja de caudales de Maty Baldwin, en la que guardaba un número inmenso de piedras preciosas, valoradas en cerca de 1.500 mi-

llones de dólares. (Ya el lector conoce esto, por haberse citado en el capítulo VII de la parte primera.) Refirió también cómo había muerto Joe Wilde del balazo que Ricardo le había disparado en pago de su traición. (Al oír aquello permaneció el rostro de nuestro amigo ensombrecido durante unos instantes.) Y por último, dijo haber observado en su última visita al Peñón Rojo cómo el volcán, contenido por las turbinas de agua, rugía sordamente.

Aquella última noticia fué la que hizo saltar a Ricardo, como si una víbora le hubiera picado.

—¿Cómo?—inquirió—. ¿Dice usted que el volcán ruge sordamente?

—Exactamente.

—¡Ah!, míster Kearns, no sabe usted el bien inmenso que va a hacerle a la Humanidad con lo que acaba de decirme. ¿Recuerda usted cómo surgió esta isla en el año 1935?

—Sí. Recuerdo perfectamente el día del gran fenómeno que asoló a la Martinica, y de cómo apareció esta nueva tierra del fondo del océano.

—Pues bien, ese volcán que usted me ha nombrado, al caer de agua, estallará en una erupción, que hará época en la historia por sus proporciones gigantescas. Y fíjese: estamos acercándonos a la fecha en que los ciclones mayores del mundo han asolado al mar Caribe y sus islas. ¿Por qué, pues, no hemos de prevenir al mundo de una cercana catástrofe? Mi plan, amigos míos, se reduce desde este momento a lo esencial. Según se me ha dicho, una verdadera flota de barcos turistas se halla actualmente en San Juan de Puerto Rico, con intención de venir a este lugar a presenciar el rescate de los prisioneros del Peñón. Esto hay que evitarlo. La flota permanecerá en San Juan, donde no corre peligro ninguno. Haciendo esto, salvaremos a millares de personas de un peligro inminente.

—Muy bien hecho—dijo Mandell—; hay que impedir que corran peligro sin necesidad.

—Además, hay otra cosa en la que ya me había fijado. En el año 1930, un ciclón de enormes proporciones, y considerado como el más grande en esa época, destruyó la ciudad primada de Santo Domingo.

—En el 1945, quince años más tarde, otro terrible huracán asoló la isla de Cuba. ¿Por qué, pues, no ha de venir otro este año, cuando hace justamente quince que acaeció el

último? Amigos míos, necesitamos marchar inmediatamente.

Impresionados todos por las últimas palabras del joven y comprendiendo la verdad espantosa de sus afirmaciones, le siguieron hacia la playa sin proferir una palabra.

Serían entonces las seis de la mañana. Ya el sol lucía bien alto sus ardientes rayos.

Federico y Ricardo llevaban las escafandras en la mano.

—¿Nos sumergiremos?—inquirió el segundo.

—No—contestó nuestro amigo—; sacaré al “Centauro” a la playa y podremos marchar mejor.

Entonces, con el asombro de Mr. Kearns y de Mandell, el joven se puso la escafandra y rápidamente desapareció bajo las aguas.

Aguardaron los otros impacientemente durante unos minutos.

—¿Qué se propone hacer?—preguntó el director de las minas a Federico.

—Va en busca de nuestro avión hidro-submarino.

—¡Recontra!—exclamó Mandell—. ¿Cómo es eso? Avión hidro-submarino. ¡Pues sí que estamos bien! Con un aparato así se salva hasta el diablo.

—Ya me dirán cuando lo vean—dijo el joven sentenciosamente.

En aquel momento surgió un bulto plateado sobre el mar, como a cien metros de la orilla. Aquello no era otra cosa que la parte delantera del “Centauro”, que salía del océano, donde lo había dejado Ricardo, más seguro que en cualquier otro sitio.

En menos de un minuto avanzó hacia la playa, volando silenciosamente como a dos pies del agua, y aterrizó, valiéndose de sus ruedas “automóviles”, a unos pasos de los tres personajes que lo esperaban.

Los dos ex bandidos miraban a la extraña máquina con asombro infinito. La armadura de “strag” les parecía semejante a algo no humano y sí obra de manos infernales.

Se abrió al cabo la puertecilla, que ya conocemos, y desde el interior se pudo oír la voz de Ricardo, que ordenó:

—Entren, entren. Pronto. He percibido algo extraño entre los palmares que circundan el faro.

Mandell subió, y tras él lo hicieron Mr. Kearns y Federico. Cerróse la entrada, surgieron las hélices aéreas y el “Centauro” giró en redondo. Mas no bien lo hubo hecho,

cuando un grupo de hombres surgió de entre los árboles y se precipitó hacia él.

—Mirad el peligro que corrimos—dijo Ricardo—. Dad gracias a que estamos a salvo.

Se oyó entonces el choque de la proa con el agua, al mismo tiempo que se sumergieron en el mar.

Los repentinos e inesperados perseguidores quedaron en la playa, gesticulando desesperadamente y amenazando con los puños.

Mas ya nuestros amigos se hallaban lejos.

Pulsando nerviosamente la palanca de dirección submarina, Ricardo dirigía al "Centauro" por entre una numerosa red de minas, que, como ya hemos visto, habían sido tendidas por los piratas para proteger a la isla.

Al fin, y después de una larga media hora de marcha, llegaron a sitios donde el océano alcanzaba mayores profundidades y nuestro amigo salió a la superficie, tomando la forma de un hidrógeno hasta aquel momento submarino.

Mirando por las ventanillas, no divisaron nada. La isla había quedado en el horizonte, semejante a una banda nebulosa sobre el mar.

—Creo—dijo Ricardo—que hemos salido con bien de esta aventura, mas aún son de temer los anteojos poderosos del observatorio, que quizá nos observen en estos momentos.

—Y algo más—gritó con terror Mandell, interrumpiendo y señalando hacia un sitio del mar—que no esperábamos.

En efecto, el ex bandido no erraba. Como a cuatrocientos metros del "Centauro" habían surgido cinco amenazadores submarinos.

—Son piratas—exclamó Mr. Kearns—. Los encargados de la vigilancia y protección del Peñón. Estamos perdidos.

—No, amigo mío—dijo Ricardo desde su sitio—. Lucharemos primero y saldremos triunfantes.

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

CAPITULO III

**Hostilidades... Lucha...**

Desaparecieron las hélices del "Centauro", y todo objeto que de él sobresalía presentando blanco a las balas enemigas. Sólo los botecillos que lo mantenían sobre el agua quedaron fuera, haciendo semejarle a una bala plateada con dos soportes sobre el mar.

Las cinco unidades guerreras, que tan de improviso habían surgido de las olas, habíanse detenido, alarmadas quizá del cambio operado en el hidro de Ricardo.

De tres de ellas salieron hombres, que comenzaron a recorrer sus cubiertas preparándose a la lucha.

Claramente se veía que, por todos los medios, los piratas deseaban capturar al "Centauro".

Mas poco sabían con quién trataban.

En los brazos de varios tripulantes de un submarino se vieron ametralladoras; pero Ricardo no se intimidó.

Mandell titubeaba; pero Mr. Kearns decía:

—No hay que preocuparse; el señor Ricardo nos sacará bien. Después de lo que hizo en la playa, le creo capaz de todo.

Sonó una descarga cerrada, y en la inmensidad del mar sólo se escuchó el tableteo incesante de las ametralladoras.

Mas las balas rebotaban en el "strag" como si fueran de corcho.

Ricardo sonreía. Indudablemente esperaba... su ocasión.

De otro barco se oyó una detonación algo más fuerte, y una llamarada semejante a un relámpago dió a entender a nuestro amigo que proyectiles procedentes de armas mayores le eran enviados.

En efecto, una bala de regular calibre cruzó como un rayo por entre los botes del hidro.

Los submarinos comenzaron de nuevo el avance. Ya muchos de sus hombres se hallaban en las cubiertas, provistos de armas sin cuento.

El "Centauro" se agitó entonces y les presentó el frente.

Y todo fué como por arte de encantamiento. Se oyó un golpe seco, se abrió una pequeña compuerta y un tubito largo salió como un rayo, cayendo sobre el más cercano de los atacantes.

Sus efectos fueron terribles. Como si hubiera contenido el Averno mismo dentro de él, el barco tocado reventó con una detonación enorme, yendo sus pedazos a caer entre sus compañeros.

Había sido una explosión fantástica.

—¿Qué clase de proyectil usaste?—preguntó Federico, atónito aún.

—Un torpedo aéreo—contestó Ricardo; y luego explicó—: Llevo cerca de veinte en un pequeño depósito. Ppesan tan poco, que son fácilmente transportados. Y al ser lanzados a tan gran velocidad como lo hace mi cañoncito neumático, no necesitan mis proyectiles de lo que llevan los torpedos corrientes, que les hacen ser tan pesados. El tubito que ha realizado tan enorme efecto no pesa más de una libra.

Los piratas se miraban asombrados y con rabia. Sin saber cómo, sin poder protegerse siquiera, habían perdido uno de sus submarinos, quizá el más grande de los cinco.

Entonces, la lucha se hizo más enconada y terrible. Los cadáveres de los bandidos muertos en la explosión, que flotaban destrozados en las aguas, enardecían a los atacantes, dirigiendo sus ametralladoras hacia el "Centauro" con más fuerza y puntería que nunca. Mas sus esfuerzos eran inútiles.

Nada podían contra el poderoso avión, y Ricardo, viendo que demasiado había hecho con aquel sacrificio, comprendió que lo mejor era huir.

El cañón que había disparado en un principio seguía amenazándole con sus continuos proyectiles.

En aquel momento, un bulto que avanzaba hacia el avión velozmente le hizo emprender rápidamente la fuga. Era un torpedo, certeramente dirigido, que, no hallando el bulto al cual iba, siguió rumbo hacia la isla, donde reventaría más tarde.

El "Centauro" se movió con rapidez, y semejante a un meteoro, emprendió la huida, valiéndose de los impulsado-

res-cohetes. Sin hélice alguna, sin alas y con nada que de él sobresaliera, se asemejaba a una bala gigantesca.

Los piratas, sobrecogidos de espanto, retrocedieron; mas repuestos de su asombro, disparaban sobre él.

Era ya muy tarde. Minutos más tarde se perdía el avión en la lejanía, mientras los tripulantes de los submarinos maldecían una y mil veces al causante de todo aquello.

\* \* \*

Desde la isla todo había sido presenciado por el jefe supremo y sus secuaces. Las explosiones, los disparos y el hundimiento, la fuga, etc.

Y al fin, comprendieron los habitantes del Peñón que el "Centauro" era un enemigo invencible extraordinario.

Tres horas más tarde entraban los cuatro restantes submarinos al puerto del poblado número 1, comunicando a su llegada la noticia, que ya todo el mundo sabía.

Maty Baldwin pataleó, se exasperó, maldijo e hizo barbaridades, viendo y enterándose de aquel nuevo desatino de sus "súbditos".

Y todo siguió igual.

Las "hostilidades" habían sido rotas; aquello significaba próxima "lucha".

\* \* \*

Y mientras tanto, el "Centauro" volaba maravillosamente. A las cincuenta millas de distancia del Peñón Rojo encontró a las unidades de Redwood, que avanzaban lentamente.

El silbido de una sirena avisadora lo recibió, y como por encanto, cientos de marinos brotaron en las cubiertas de los veinte barcos de guerra.

El hidro giró en redondo hacia el buque insignia, donde aterrizó minutos más tarde, entre los vivas de su tripulación.

Al cabo, salieron Ricardo y sus compañeros, dirigiéndose hacia la cabina del almirante. Por entre los cientos de marineros, el joven buscaba ansiosamente a su adorada, pero todo fué en vano.

Mandell y Mr. Kearns, un poco intimidados, miraban



de reojo a los marinos, que a su vez los contemplaban con malignos ojos.

El jefe de la escuadra los recibió cordialmente, extrañándose al principio de la presencia de los dos ex bandidos.

Mas luego todo se arregló a satisfacción.

\* \* \*

De la larga conversación que sostuvieron los cuatro recién llegados con el almirante y sus oficiales, no daremos detalles, pero sí los acuerdos que de ella se tomaron.

Cablegramas partieron hacia todas las partes del globo, interrogando a los observatorios. De su respuesta dependería todo.

En efecto, el día 4 de agosto, o sea el siguiente al regreso de Ricardo, llegó la contestación urgente del Observatorio de Miami Beach (playa de Miami). Decía así:

..“Contestando pregunta comandante Redwood, comunicamos se acerca terrible ciclón. Actualmente se forma en zona del mar Caribe, no definida aún; mas sus efectos no serán sentidos, por lo menos, dentro de un mes.—Miami Observatorio.”

Ya se sabía a qué atenerse.

Y la noticia circuló como la pólvora. El acontecimiento mayor del globo iba a culminar con un tifón terrible. Y las masas se estremecieron instintivamente, previendo algo tremendo.

La flota turista, por orden de la escuadra atacante, permaneció en San Juan de Puerto Rico, y los miles de turistas que se preparaban a venir a aquellos lugares desde diferentes partes del mundo, optaron por aguardar los acontecimientos desde sus hogares, tranquilos y seguros.

Y los pueblos de la tierra aclamaron una vez más, frenéticamente, a aquel que de nuevo los salvaba: Ricardo Vimong.

Y mientras tanto, la escuadra avanzaba hacia el Peñón. A la vez que las unidades de Redwood se acercaban al poblado número 1, las otras enviadas por el Nortey Noroeste también avanzaban.

Y llegó el día 6 de agosto, y por fin, los tres grupos de

barcos atacantes se dejaron ver casi al mismo tiempo a una distancia de 15 millas de la isla, cada grupo por un punto diferente y designado ya.

Mas los dos días transcurridos del 4 al 6, o desde el retorno de Ricardo, Federico y los ex bandidos, otro suceso, aunque pequeño y sin importancia en comparación del grandioso acontecimiento que al mundo tenía revolucionado, se desarrolló a bordo del buque insignia.

Este suceso guarda gran interés para nosotros, cuanto que envuelve en él a nuestro principal personaje. Por lo tanto, sería falta si siguiéramos sin referirlo.

## CAPITULO IV

### **Amor..., dios del ensueño...**

Ricardo, a pesar de las preocupaciones y deberes que tenía, no había olvidado ni un instante la pasión que Elena había despertado en él. Lo que al principio había brotado como admiración y gran cariño habíase transformado en ferviente adoración, en amor profundo y sin límites.

No olvidando la promesa que la joven le había hecho antes de su partida, aguardaba impacientemente el momento en que había de verla de nuevo.

Mas ella, que durante su ausencia había reflexionado muy bien y que sabía a ciencia cierta la contestación que daría, se escondía a su pesar, como teniendo cierto temor a encontrarse con el joven marino.

Elena también amaba a Ricardo. ¿Por qué negarlo? Se sentía atraída hacia él como hacia ningún hombre lo había estado antes. Sentía ganas de encontrarlo, de hablarle, de decirle que no sufriera más, que ella también lo quería. Mas su instinto femenino le hacía huir de su presencia, esperando que un encuentra casual la obligara a revelárselo todo, a no hacerle experimentar más aquella horrible incertidumbre.

Sus sufrimientos habían sido amargos. Durante la ausencia del joven en compañía de su amado hermano. Elena comprendió cuánta falta le hacía. ¡Cómo recordaba los momentos preciosos, que transcurrieron rápidos y fugaces, durante su convalecencia de la herida del brazo! ¡Cómo deseaba de nuevo aquellos momentos en que él se quedaba mirándola fijamente, absorto, mudo de admiración! ¡Cómo gozaba entonces! ¡Mas ahora se hallaba lejos, luchando y quizá muerto! Y la joven se desesperaba, no experimentando ganas de

hacer nada. Y aun a su pesar, se confesó ella misma que a conciencia lo amaba, lo adoraba...

Muy pronto las bocinas le hicieron ver que de nuevo regresaba su amado. Y se escondió. ¿Por qué? Ella misma no lo sabía; mas su instinto le decía que debía dejar que él la buscara. No ella a él.

Y Ricardo, terminados sus deberes y cumplimientos, la buscó. Indagó, preguntó, desesperándose cuando todo el mundo a bordo le decía:

—No sé; en su camarote debe estar.

A él fué, mas no estaba. Elena se escondía de él. ¿Qué significaba aquello? Acaso no quería decirle el "no" a boca de jarro. Y sufrió más que nunca.

Sus amigos lo comprendían todo, pero callaban. Muy bien se habían dado cuenta de que Elena le correspondía, aunque su timidez la hiciera desaparecer, temiendo el desenlace.

Y en esta incertidumbre transcurrió el día 4. Entre la atareada tripulación del gigantesco acorazado se vió vagar al inconsolable héroe. Por la tarde se dedicó a limpiar y revisar al "Centauro".

Mandell y Mr. Kearns, que muy pronto se habían granjeado la simpatía de todo el mundo en el buque, le ayudaron. Y al primero se le escapó esta frase, que hirió al corazón del joven, como si con fuego hubiera sido hecha la herida.

—¿Qué le pasa, amigo? ¿Algún desengaño amoroso?

Movió el joven la cabeza negativamente, mas el ex bandido comprendió su torpeza, viendo claramente que sólo el amor podía ser la preocupación de quien no tenía miedo a los peligros y luchas.

Y la noche de ese mismo día todo estaba en calma. El mar, semejante a una llanura de plata bajo los rayos de la luna, hacía resaltar las figuras prosaicas de los temibles acorazados, siguiendo la estela del buque insignia. Y en la parte más lejana de su gigantesca popa, una figura inmóvil, romántica y melancólica, contemplábalo todo con ojos visionarios.

Sentado en un banco de acero, fumaba un cigarrillo.

Era Ricardo. Tan inmóvil estaba, que nadie hubiera podido distinguirlo. En el interior del barco, en el saloncito del almirante, sus amigos y amigas, en compañía de los oficiales, charlaban en franca camaradería, a la vez que las piezas musicales de una radiola alegraba la reunión. Mas

él, deseando hallarse solo y no viendo a Elena por ninguna parte, optó por alejarse con objeto de hallarse solo.

Y mientras tanto, la joven, sabiendo lo de la fiestecita y creyendo que él se hallaba en ella, impulsada por los mismos sentimientos de Ricardo, se dirigió a la cubierta, deseosa también de la soledad.

Siempre, en el transcurso de los siglos, aquellos que han amado y que aman, desean hallarse solos con sus pensamientos visionarios e ilusorios.

La joven, vestida de blanco y con la rubia cabellera suelta al viento, semejábase a un hado que visitase el buque en la noche.

Paseaba cuando ocurriósele ir a sentarse en el banco de la popa, donde a menudo gustaba ir para observar la marcha de los otros barcos. Y hacia allí se dirigió.

Ricardo, abstraído por completo en sus pensamientos amorosos, no advirtió su presencia, y ella, que no lo había visto, fué a asomarse a la barandilla, frente al mismo banquillo. El joven, al verla pasar, despertó de su abstracción, iluminándose su rostro por primera vez en todo el día, de franco regocijo. En el paso la había conocido. Se levantó, y con voz entrecortada, exclamó:

—¡Elena!

La joven volvióse rápidamente y encontróse con la mirada apasionada y melancólica del amado en quien pensaba.

El, entonces, tomóla de las manos, pronunciando palabras que no lograron salir de sus labios.

Ella intentó la huída, mas él retúvola amorosamente.

La joven comprendió que el momento decisivo había llegado.

Ambos sentáronse en el banco, mirándola él fijamente a los ojos.

—¡Cuánto he sufrido!—dijo—. Todo el día la he buscado, sin encontrarla. ¡Ah! Mi adorada Elena; no sabía lo que era sufrir hasta el día de hoy.

Ricardo la miraba extasiado, y no sin razón.

La joven estaba más bella que nunca. Reflejando la luna sobre su nacarado rostro, ondeando sus cabellos a merced de la suave brisa nocturna y teniendo su perfil en la semi-penumbra, rasgos de celestiales, al joven le pareció hallarse al lado de una verdadera diosa. Y mudo, no sabiendo hacer la pregunta que ansiaba, cambió:

—He traído a su hermano salvo y sano. ¿Estará contenta?

—Sí que lo estoy, Ricardo; eso lo esperaba de "tu" valor y audacia.

Aquella alabanza enorgulleció más al valiente aviador que todos los rótulos gigantes de los periódicos.

Y renaciendo la calma en su corazón, tras un momento de mutua contemplación, en el que permaneció con las manos de ella entre las suyas, pudo exclamar con frases entrecortadas:

—Amada mía, aguardaba este momento con impaciencia... Deseaba encontrarte para que hicieras, por fin, mi felicidad o mi desdicha. Dime, Elena de mi alma, ¿me quieres?

Instintivamente, sin darse cuenta, Ricardo habíase arrojado ante la joven, reteniendo sus manos, que apretaba con fervor.

Ella le miraba amorosamente, comprendiendo que le amaba más que nunca, y sin poderse contener, aunque con cierto rubor y embarazo, pudo decir:

—Sí..., Ricardo, yo también te amo.

Si una lluvia de oro hubiera caído del cielo en aquel momento, el joven no hubiera hecho caso. Aquellas últimas palabras de su adorada le habían hecho el efecto más grande y más bienhechor que pudiera experimentar quien tanto había luchado como él.

Besó las manos de ella con apasionamiento, y levantándose, sentóse a su lado.

Elena, algo más repuesta de su emoción, permanecía muda.

—Nos casaremos tan pronto regresemos a los Estados Unidos—dijo él.

Y ella asintió bajando la cabeza.

El tomóla entonces entre sus brazos y la besó ardientemente... "Cupido había acertado otra flecha".

Planes para el futuro, de todo se pensó, y ambos jóvenes, felices al fin, añoraban la felicidad cercana.

Aquella noche, tras haberse manifestado el uno al otro el amor intenso que se profesaban, un ósculo puro, sin sensualidad ninguna, selló para siempre el afecto de aquellas dos almas amantes.

Y desde aquel momento, ambos fueron el uno para el otro.

En los dos días siguientes no se les vió un momento separados. Se sentían los dos intensamente felices.

Sus corazones, profesándose una mutua adoración, convergían iguales y simétricos hasta en la reconditez de sus más íntimos pensamientos.

Federico vió enseguida el amor que su hermana sentía hacia su amigo, y en el fondo no encontró motivo para un reproche.

¿Quién mejor que Ricardo, su más íntimo camarada, podía aspirar a la mano de Elena?

Y dejóles que se amasen, regocijado en el corazón.

## CAPITULO V

### E l a t a q u e

Y llegó el día 6 de agosto, día en que las 45 unidades atacantes divisaron el Peñón.

Las siete de la mañana. El mar centelleaba bajo los rayos de un sol semiardiente, tropical.

La brisa matinal, fresca y suave, movía los cocoteros y palmeras con dulces y acompasados movimientos.

El buque insignia detúvose. Los restantes imitaronle. Y casi a la misma hora, con intervalos de minutos solamente, hacían lo mismo los otros dos grupos atacantes por el norte y noroeste.

En el barco del almirante, y en su cubierta, se hallaban reunidos la oficialidad y nuestros cinco amigos, en compañía de los dos bandidos, que iban a representar un papel importantísimo en todo aquello.

Se deliberaba a la vez que se preparaban las tripulaciones para el ataque. Como hemos dicho, el tiempo era magnífico y ni una nubecilla enturbiaba el cielo.

Mas cuando la mayor agitación reinaba en los buques, se oyó algo que heló la sangre en las venas de los marineros, que jamás la habían oído.

La sirena del observatorio sonó, estridente, chillona, aullando con sonidos de muerte y desolación, modulando sus tonos, más largos que nunca, hasta hacerlos semejar a verdaderos quejidos de lenta agonía.

Era la alarma. Con la distancia, aquellos que no poseían anteojos ni gemelos, no pudieron verlo; mas los vigías de los buques observaron la agitación despertada en la isla por la llamada de la sirena terrible.

Y un relámpago, tan brillante como el sol, brotó desde lo

más alto del observatorio. Una detonación estruendosa lo siguió. Y una montaña de agua y espuma se levantó en el mar a unos mil metros de las embarcaciones ancladas.

—Corremos el peligro—dijo Ricardo—de ser alcanzados por los proyectiles de esos cañones antiaéreos.

—Sí—murmuró el comandante de un destroyer—; sería preciso destruirlos para estar seguros.

—Exactamente—dijo el almirante—; ¿pero quién lo haría? Es más que una hazaña: es lanzarse a la muerte.

—Tenemos aviones—se oyó decir a un oficial.

—Bien, bien; a vosotros, los aviadores, os hago esta pregunta—dijo el jefe de las escuadras—: ¿Quién se atreve a hacerlo?

Todo el mundo calló, y como amenazándoles, un nuevo relámpago seguido de un segundo proyectil vino a caer a unos cuatrocientos pies del acorazado, levantando el agua a su alrededor.

Entonces Ricardo se adelantó y exclamó:

—Yo lo haré, señores, en mi "Centauro".

Los que lo rodeaban bajaron la vista. Habían comprendido que aquel hombre era algo más que temerario y valiente.

El almirante asintió, aunque con disgusto. No quería arriesgar más a aquel héroe; pero tampoco podía negarle lo que solicitaba como un favor.

El "Centauro" fué sacado de su hangar y conducido a cubierta por medio de ascensores y grúas.

Mientras tanto, de la isla venían nuevos proyectiles, cada vez más cercanos.

Ya iba nuestro amigo a abrir la puerta de entrada, cuando se oyó un grito en el interior del buque y se vió salir a Elena, que, corriendo, fué a precipitarse en sus brazos.

Desde su camarote lo había visto todo. Había experimentado un pensamiento, y sin poderse contener, habíase lanzado a cubierta con objeto de impedir la partida de su amado.

—No te vayas—imploró—; sé que no has de volver.

Y lo apretaba contra sí.

Ricardo miróla con amor, y sin poderlo evitar, se sintió titubear.

El almirante comprendiólo todo, y con paso grave se acercó al grupo.

—Joven—la dijo—, su novio va a hacer una expedición

peligrosísima, mas lo hace en cumplimiento de su deber. Sé que le será penoso separarse de él, mas sólo es por un corto espacio de tiempo. Le aseguro que dentro de una hora estará de vuelta.

Mas Elena no parecía comprender, y dos lágrimas habían asomado a sus ojos.

Ricardo vió lo apurado del trance en que se hallaba, y haciendo una seña a Federico de que se acercara, se dispuso a hacer todo lo que su alcance pudiera.

El amigo se acercó, y nuestro héroe, dulcemente, fué poniendo a la joven en los brazos de su hermano.

Elena, en el paroxismo de su congoja, casi no lo notó, y en cuanto Federico húbola aprisionado contra su pecho, Ricardo saltó al avión. Se cerró la puertecilla, y el "Centau-ro" partió como un rayo, casi rozando las olas con sus botecillos.

Entonces fué cuando el almirante sintió de verdad el haber dejado marchar al valiente Ricardo.

Elena vió partir al hidro, y comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, se desprendió suavemente de los brazos de su hermano. Secóse el rostro con un pañolito y marchó hacia su cabina. Mas la mirada dulce, melancólica y triste, que dirigió al jefe de la escuadra, tenía un significado tal, que hasta el fondo del corazón llególe al marino.

La joven internóse por los pasillos centrales del buque con los ojos velados por el llanto.

Abrió la puerta de su camarote, y tras de entrar, cerróla con llave. Luego, hallándose sin ningún testigo, abandonóse al mayor desconsuelo. Tiróse al lecho y allí sollozó amargamente... Sufría. Sufría mucho... Parecíale que el mundo se le venía encima sin su amado y el presentimiento funesto de que Ricardo no volvería hacíala más desgraciada, creyéndose en el mayor infortunio...

¡Ah, Amor, cuántos daños causas en los corazones amantes!

\* \* \*

Ricardo, al mando del avión, luchaba denodadamente con sus pensamientos. Corría hacia el peligro y la muerte, abandonando a lo que más quería en el mundo. Se consideraba

un monstruo con lo que acababa de hacer, creyéndose el hombre más sin corazón del universo.

Siempre los héroes sienten con más agudez que nosotros, los vulgares profanos del deber y la existencia.

Nuestro amigo, que había luchado arduamente por el triunfo, que había pasado años enteros en sus laboratorios de Nueva York, hasta lograr la portentosa máquina que ahora guiaba, no se había sentido tan bajo, vil y rastrero hasta aquel momento, en que una pura doncella había despertado el primer amor de su vida.

Y con rabia impulsó las palancas del avión, dispuesto a vengar mortíferamente las consecuencias de su partida.

La escuadra se había quedado atrás, pudiéndose ver a las diferentes tripulaciones cómo observaban y estudiaban sus movimientos.

Agarró convulsamente el elevador y el "Centauro" comenzó a subir.

Desapareció, al fin, para la vista de aquellos que lo miraban. Al llegar a los 13.000 metros de altitud, el joven se sintió dichoso y dispuesto a cometer barbaridades.

El avión hacía sonar sus motores con extraños sonidos a tan gran altura, y Ricardo sonreía..., sonreía...

De repente, creyó oportuno bajar. Como una verdadera bala (pues a eso se asemejaba sin hélices), volaba hacia abajo.

A los 9.000 metros se divisó la isla entera. Y nuestro héroe pudo hacer las siguientes observaciones:

Las unidades que atacaban por el norte exploraban en aquel momento la isla, sin decidirse a hacer nada sin órdenes precisas. Las del noroeste avanzaban hacia la boca del Canal Central. En el Peñón se notaba intensa agitación, y varios puntos negros que corrían a gran velocidad por sus carreteras le demostraron que las motocicletas de los bandidos transportaban armas y pertrechos a los guardianes de los faros.

A los 5.000 metros pudo divisarlo todo algo más claramente; y con asombro vió lo que no esperaba. Del poblado cercano al observatorio salía, en correcta formación, una verdadera compañía de hombres armados con dirección hacia el punto donde las unidades del norte atacarían. Al mismo tiempo, por el Canal Central avanzaban, en embarcaciones de distintas clases, cientos de hombres, muy bien per-

trechados seguramente, y con dirección hacia su desembocadura, o por donde atacarían las unidades mejicanas o del noroeste.

Siguió descendiendo hasta llegar a los 2.000 metros. Allí se detuvo completamente.

Realmente, aquello era maravilloso, estupendo. El "Centauro", en mitad del espacio, y dentro, Ricardo se preparaba al ataque, disponiendo las bombas y los torpedos aéreos.

Los habitantes del Peñón lo habían visto aparecer, bajando de lo alto del firmamento, y permanecían aterrorizados, pues conocían los efectos del diabólico avión.

Sonaron detonaciones por todos lados, e innumerables proyectiles amenazaron seriamente a la poderosa máquina.

Mas nuestro héroe decidió jugarse el todo por el todo. Tomó rumbo hacia el observatorio, a la vez que imprimía al "Centauro" un movimiento en zig-zag, con objeto de evitar las poderosas balas de los cañones de gran calibre.

En efecto, muy pronto los relámpagos, tras los cuales eran lanzados los proyectiles a la escuadra, dejaron verse, pero en dirección a la máquina voladora.

El humo negro e intenso de olor acre, que ya vimos usar una vez, comenzó a brotar muy pronto, y el avión quedó envuelto en él. Mas el observatorio continuó disparando al azar.

Ricardo se hallaría entonces sobre el muelle número 5 del Canal Central, cuando, apretando un resorte, hizo bajar cuatro bombas. Cayeron rápidamente..., oyéndose una explosión tremenda. El muellecillo había volado en pedazos, con guardas y todo.

Y al cabo de unos minutos se halló encima del punto ansiado: la montaña de observación. Los disparos de los cañones se sentía abajo, creyendo los artilleros que el joven se hallaba aún en el punto donde primeramente había sido divisado.

Nuestro amigo pudo observar a su gusto el sitio tan temido y que tan segura hacía la defensa de la isla de los bandidos.

Se componía de una casita metálica, semejante a la de un observatorio astronómico, y de otra pequeña, algo elevada, imitando una torrecilla.

Ricardo sonrió, y con mano trémula haló de una palanquita que se elevaba a su derecha en el piso del "Centauro".

Una pequeña compuerta se abrió bajo sus pies, en el exterior del avión, y dos pequeñas bolas metálicas de color rojo obscuro se desprendieron de sus ganchos y cayeron.

Segundos más tarde, una detonación estruendosa repercutió a muchas millas de distancia. El observatorio, con la sirena terrible, había reventado en múltiples pedazos.

Ahora, una columna densa de humo brotaba de la cumbre de la colina, mientras rojas lenguas de fuego devoraban el sitio destruido por las bombas del "Centaurio".

La escuadra, maravillada, prorrumpió en gritos de admiración. Mas el joven se había tornado sombrío, y no en balde. Un fallo se había escapado en uno de los conductos del portentoso motor del avión.

Y en aquel momento, sin poderlo evitar, comenzó a descender peligrosamente..., aterrizando, gracias a su pericia, en un campo sembrado de caña de azúcar, como a tres kilómetros del observatorio incendiado.

Ni una exclamación había salido de los labios del héroe. Todo lo había tomado como cosa acostumbrada.

\* \* \*

Al desaparecer repentinamente de vista, los miles de marineros de los buques guerreros se estremecieron, previendo una catástrofe, a la vez que dos corazones se oprimieron al mismo tiempo, aunque de muy distinta manera. El almirante de la escuadra sintió sobre sí el peso de la responsabilidad: tendría que responder al mundo entero por la muerte de uno de sus grandes hombres. Otro era el de Elena; la joven lo había presenciado todo desde su camarote, y la congoja más grande había invadido su alma. No lloró, porque no tenía ya lágrimas; mas su rostro se contrajo dolorosamente y se lanzó violentamente al lecho, como queriendo hallar un consuelo en su inmenso dolor.

Los amigos de Ricardo también no habían proferido una palabra; mas sus voluntades habían sido aniquiladas por tan terrible golpe, como lo que ellos creían representaba la muerte de su jefe.

\* \* \*

Mientras tanto, nuestro amigo trataba de reparar la avería pacientemente.

La suerte lo había hecho caer en un llano y, por lo menos, podía defenderse de un ataque de sus enemigos.

El "Centauro" cargaba, al sucederle el accidente, provisiones bastantes para alimentar al joven durante un mes completo.

Ricardo, después de comprobar la avería, pensó en ponerse a cubierto contra accidentes, por lo que se propuso alejarse de aquel lugar.

El avión estaba dotado de dos tubos cilíndricos que enfriaban el motor haciendo el trabajo de fuelles gigantes. Uno de estos tubos habíase descompuesto al penetrar en él un residuo que flotaba en el aire seguramente.

Ricardo lo extrajo, mas comprobó que aún se resentía la hélice enfriadora.

Esto no impedía el funcionamiento del avión, pero hacía peligroso el volar a más de veinte o treinta kilómetros por hora. Por lo tanto, al tener que pasar sobre sitio completamente descubierto para sus enemigos en orden de regresar al buque, necesitaba, por lo menos, una velocidad de cien kilómetros para no ser alcanzado por los proyectiles.

El joven apretó de nuevo varios resortes y haló de varias palancas. El "Centauro" vibró primero, osciló después y comenzó a moverse a ras del suelo por último.

Poco a poco, semejante a un monstruo herido de muerte que se arrastra en lenta agonía, tomó rumbo al norte de la isla, a través de su parte cultivada.

Una hora después se detenía a unos metros del mar, sobre un acantilado que parecía cortado a pico.

Eran las diez de la mañana. El sol comenzaba ya a picar, como dicen los antillanos.

Y dejémosle allí para seguir nuestra narración con los atacantes del Peñón.

\* \* \*

A las diez y media se rompió el fuego por todos lados. Las unidades del norte dispararon en el primer cañonazo, destrozando la bujía avisadora de un faro. Las del noroeste ametrallaron la entrada del Canal Central, causando muchas

bajas entre los piratas que lo guardaban, y que se guarecían entre la maleza.

Mientras tanto, las veinte unidades al mando de Redwood comenzaron a disparar proyectiles de gran calibre, que causaron muy pronto el espanto en el poblado número 1.

Y así transcurrió aquel día.

La desaparición de Ricardo tenía a Elena desconsolada. Ni los consuelos de sus amigos ni las caricias de su hermano le hacían mitigar su pena.

\* \* \*

En los días 7, 8 y 9 de agosto todo siguió igual.

El regimiento que nuestro amigo vió avanzando por un camino había llegado a su destino en la costa norte y oponía violenta resistencia a los intentos de desembarque de los barcos con grandes cañones de campaña.

Por el noroeste, las escaramuzas habían tenido igual resultado. Balas intercambiadas, disparos furtivos y pocas muertes.

Por el sur, el buque insignia había motivado una explosión con una bala de gran calibre, que había chocado en un tanque de petróleo.

Ahora era cuando todo el mundo comprendía la necesidad de Ricardo y su "Centaurio". Y mientras tanto...

\* \* \*

En el resto del mundo, millones de espectadores invisibles aguardaban el desenlace de aquel ataque formidable.

Los Estados Unidos se habían intrigado; Asia había murmurado; Africa había aprobado; Europa, aplaudía.

Y una noticia, la desaparición de Ricardo, provocó el murmullo del globo entero.

El héroe principal venía a desaparecer en el momento cumbre, cuando más se necesitaba. Duras críticas cayeron sobre el almirante americano. ¿Qué se creía? ¿Que sólo había un hombre para todo? Ricardo, aviador; Ricardo, explorador; Ricardo, espía.

Y así transcurrieron los días.

Llegó el 15 de agosto, y Redwood, azuzado por la crítica mundial, se decidió a realizar el golpe de muerte.

Desde por la mañana tronaron continuamente los enormes cañones de los buques, arrancando los árboles de la isla, retorciendo los montículos de raíces, levantando inmensas polvaredas, elevando enemigos como plumas en el aire, desorganizándoles con sus terribles disparos.

Sus negras bocas se alzaban en ritmo, sonaban golpes secos, y el barco al que pertenecían parecía crujir, moviéndose horriblemente del lado contrario al impulso de los gigantes de acero.

Los piratas, mientras tanto, no estaban inactivos. Sus piezas de caza disparaban sin descanso, comprendiendo que aquel día los enemigos se proponían hacer algo.

En el buque insignia, Elena, ya algo más respuesta, pero aún bajo el inmenso dolor de la pérdida de Ricardo, posaba su rubia cabeza con melancolía tras los gruesos cristales de mica de su camarote. Sus ojos, llorosos y tristes, miraban todo aquello, subiendo a veces a su corazón el deseo de que una de aquellas balas la alcanzara a ella y pusiera fin a sus penas.

Del sitio del poblado número 1 veía, de vez en cuando, relámpagos fugaces; luego, silbidos de cohete que se acercaban y bólidos de fuego que zumbaban en el espacio sobre su cabeza. Momentos después experimentaba la sensación de que el barco se movía desesperadamente, como si un oleaje furioso se hubiera despertado a su alrededor.

Como a las diez de la mañana sintió pasos en el pasillo, y las voces de Sara y Dorothy le pidieron entrar a acompañarla, accedió, y muy pronto las tres muchachas conversaban sentadas en las camas.

Según los informes de las recién llegadas, iban a partir los marineros hacia la isla con el objeto de conquistarla.

—Nuestros amigos van con ellos, llevando el encargo especial de buscar a tu novio—la consoló Dorothy.

Enmudeció Elena, y las tres se asomaron a las ventanas. En efecto, varias embarcaciones pequeñas de motor se hallaban alrededor del acorazado, conteniendo a cientos de hombres con cascos de hierro en sus cabezas y con mochilas al hombro.

—Los soldados que se van...

Pronto accionaron las hélices de las motoras y se alejaron junto con las de las otras unidades hacia el Peñón.

Mas el cañoneo, incesante y violento, continuaba.

Ahora las montañas de agua que levantaban las balas contrarias caían entre las pequeñas embarcaciones, zarandeándolas con violencia. El peligro comenzaba. La lucha se hallaba en su apogeo.

Y las divisiones en el norte y noroeste hicieron lo mismo. Tronaron los cañones con furia, irguiéronse los piratas iracundos en la costa, prepararon las bayonetas en sus fusiles, corrieron las motoras con mayor velocidad y la isla vibró llena de emoción.

## CAPITULO VI

### E l c o m b a t e

Mientras esto sucedía en el frente, como podíamos decir, de guerra, Ricardo se preparaba a entrar nuevamente en acción.

La avería del "Centauro" estaba completamente reparada, y el joven aviador había escuchado impacientemente el intenso cañoneo, que repercutía sordamente en el horizonte.

Desde temprana hora, el avión accionaba silenciosamente, calentando sus poderosas máquinas, preparándose a la lucha.

Nubes sordas, negras, preñadas de lluvia, cerníanse en el cielo, amenazando con próximos nubarrones.

Uno de esos temibles y prolongados aguaceros, que con tanta rapidez se forman en las Antillas, se avecinaba.

Ricardo le vió venir, alegre y confiado de que aquello le serviría de gran ayuda en su intento de regreso hacia el sitio donde gemía su adorada Elena. Los cañonazos hicieron pensar mucho a nuestro amigo. Indudablemente, la situación del ataque era terminante, y su presencia en el lugar de la lucha se hacía indispensable.

Y comenzó a llover fuerte, monótono, implacable. Sumiendo los cuerpos en frío húmedo y molesto, el agua se desplomó del cielo en millones de gotas saltarinas.

El "Centauro" vibró bajo el impulso de sus motores y elevóse. Las nubes no permitieron al joven ver con facilidad. El horizonte, oculto bajo el agua, podía guardarle traiciones, y decidiéndose a perecer o triunfar en su intento, imprimió al avión velocidades enormes.

Cruzando el espacio semejante a un bólido, el cuerpo largo y obscuro pasó como un rayo sobre los poblados del Peñón. Los piratas le miraron asustados y renació en ellos nueva-

mente la duda de que aquel avión misterioso volvía a cer-  
nerse amenazador sobre ellos.

Ricardo, mientras tanto, impaciente y ojo avizor, guiaba  
con habilidad, tratando de observar lo más que podía.

A pesar de la niebla, vió los destrozos que él mismo había  
causado en el observatorio de la sirena. Y al pasar sobre el  
poblado número 1 pudo notar la soledad y falta de transeün-  
tes por las calles, humedecidas y tristes.

Relámpagos que brotaban del horizonte le dieron la res-  
puesta al intenso cañoneo que desde su refugio había notado.

Hacía todas estas observaciones mentalmente, cuando sor-  
prendió un relámpago mortífero que cruzó como un rayo  
ante sus ojos. Se le atacaba de los fortines del poblado, y  
creyéndola su única salvación, propúsose destruir la batería  
pirata.

El "Centauro" pareció caer de golpe; se inclinó de cos-  
tado, cual águila herida; tronaron sus cohetes impulsadores,  
y bajó velozmente sobre el promontorio donde se hallaba la  
prisión metálica y la residencia del jefe supremo.

Cercano al suelo, Ricardo vió las piezas enemigas, que le  
apuntaban amenazadoras.

El avión tornó su caída en ascenso, abandonando bom-  
bas de muerte sobre los artilleros y sus terribles armas.

El pánico que se sucedió a aquella hazaña del joven fué  
enorme. Voló la cárcel como si de papel hubiera sido he-  
cha; saltaron los piratas en el aire, unos destrozados, otros  
intactos, pero muertos por las explosiones, y por último, el  
palacio de Baldwin se estremeció desde sus cimientos al re-  
cibir una granada, que penetró por el tejado, causándole des-  
trozos sin fin.

De nuevo se cernió el "Centauro" sobre el lugar de la  
lucha, como águila que acecha la presa que en su primer  
ataque no pudo alcanzar con sus garras.

Nuestro amigo, intensamente alterado, guiaba el aparato  
nerviosamente. A pesar de la lluvia, el cañoneo, las bombas  
y las detonaciones, al disparar sus proyectiles, había nota-  
do un ruido extraño, confuso y nuevo para él, que parecía  
salir del lado del volcán.

Sin titubeos, exponiéndose a la muerte, condujo a su má-  
quina hacia el sitio donde rugía el gigantesco cráter.

Todo su ser se conmovió. Presintió, como un hálito, la  
sensación de lo misterioso y sobrenatural.

De la negra boca elevábase amenazadora una humareda parda, semejante al humo de una chimenea, pero que significaba muerte y desolación del sitio de donde procedía. Ruidos sordos, confusos, llegaron a los oídos alerta del marino.

Y tomó una decisión inquebrantable, valiente, a la vez que inconcebible.

Se dijo para sí:

—El volcán comienza una erupción que significa un próximo desastre. Mi deber me impele a buscar la lucha y la muerte. El jefe de la secta se halla, posiblemente, en su casa. Capturémosle y quitemos a nuestros amigos el mayor obstáculo que se opone a nuestro triunfo.

La idea era loca, temible; pero Ricardo la acogió fríamente, sin buscarle "porqués" ni dificultades.

El gigante del aire vibró y se deslizó silenciosamente sobre el techo de la mansión del jefe.

Su presencia no fué observada. El agua, la lucha y los cercanos desastres causados por Ricardo no advirtieron a los piratas refugiados en aquel lugar de la cercanía del temible enemigo.

Así que hubo aterrizado, el joven salió del avión, tras cerrar la puertecilla de entrada, y analizó la situación detalladamente.

Se hallaba, como vulgarmente se dice, "en la boca del lobo". Sabía ciertamente que la mayor parte de los proyectiles de la escuadra eran dirigidos a aquel lugar y que, por lo tanto, corría el peligro de ser destrózado por sus propios amigos. Luego, al hallarse el líder supremo de la secta en aquella casa, suponíase que una numerosa guardia la circundaría como falange protectora; lo que representaba para nuestro amigo el mayor obstáculo: tener que escapar a sus asechanzas.

Ricardo había descendido del aparato, envuelto en un capote de goma que le ayudaba contra el agua que caía implacable del cielo. Con pasos cautelosos se dirigió a la boca de una buhardilla que vió sola y semiabierta. Indudablemente, los piratas no aguardaban a los enemigos por el techo. La soledad era absoluta: ni un alma. Intrépidamente se internó por la entrada. Bajó por una escalera de caracol, y se halló de golpe en el comienzo de un pasillo, largo, oscuro y sombrío. Numerosas puertas a ambos lados le die-

ron a entender las muchas habitaciones-dormitorios que tenía el palacio.

La intensa oscuridad le protegía, y siguió avanzando.

Cuando, de pronto, un ruido, pasos, un chasquido, y de una puerta a sus espaldas salieron dos sombras. De un salto ocultóse en el marco de otra, y aguardó anhelante el resultado de todo aquello.

—¿Quién anda ahí?—preguntó una voz autoritariamente.

El joven guardó silencio y apretó su cuerpo con violencia a la pared. Las sombras atisbaron cautelosas la oscuridad, y no viendo nada de particular, volvieron a entrar por el mismo sitio por donde habían salido.

Esto era una pista. Aquellos dos hombres hacían algo en la habitación de donde habían salido, y comprendiéndolo así, Ricardo se dirigió hacia aquel lugar, escuchando con interés por el ojo de la cerradura. Nada, ni un leve ruido. Luego miró. Tampoco vió algo. La oscuridad era tan intensa fuera como dentro.

Abrió cuatelosamente, y se halló en una habitación grande, húmeda y que no contenía nada, aparentemente. Se agazapó y fué avanzando en la oscuridad.

El silencio era interrumpido solamente por las detonaciones de los cañonazos, que parecían sonar muy lejos de aquel lugar.

Ricardo palpaba las paredes, encontrándolas ser de metal. ¿Qué era aquello? ¿Dónde se había metido? De repente sonaron pasos y voces. De una puerta en el extremo opuesto al que se hallaba, salieron nuevamente las dos sombras del pasillo, ahora portando una de ellas una poderosa linterna eléctrica, con la que alumbrábase el camino. El joven quedóse atónito. El suelo por el que andaban los dos hombres misteriosos se hallaba materialmente lleno de joyas y dinero en papel-moneda. El foco de luz recorrió el techo y los más recónditos rincones, dejando ver miles de piedras preciosas y una fortuna inmensa en dinero. De pronto se oyeron voces:

—¡Aquí ha entrado alguien—tronó una—mientras hemos permanecido fuera!

—Enciende la luz, y se verá.

Nuestro joven tomó rápidamente el único medio de salvación que le quedaba. Sacó las dos pistolas que portaba y se preparó a luchar por la vida. Uno de los hombres se dirigió a un rincón, y apretando un resorte, hizo brillar el re-

cinto entero bajo cinco enormes bujías, que daban una luz blanca, pura.

Los dos personajes, sorprendidos al ver a nuestro amigo delante de ellos, amenazádoles, prorrumpieron en maldiciones.

—¿Quién eres, perro, que amenazas así al jefe supremo?

Ricardo tembló de emoción. ¡Por fin se hallaba ante el tan temido enemigo. Era un hombrón alto, fornido y hercúleo, de frente ancha y rostro de hombre inteligente. Llevaba un uniforme vistoso y llamativo, con numerosos galones y condecoraciones.

—Soy—dijo nuestro amigo—alguien que viene a acabar el vandalismo que ejerce usted sobre el Golfo de Méjico con sus piráticas correrías, dignas sólo de un malhechor sin entrañas.

El hombrón quedóse estupefacto; reaccionó lentamente, y dijo por último:

—Entonces, ¿qué se propone hacer con nosotros?

—Llevármelos prisioneros.

—¡Ja, ja! ¡No querrá significar que puede sacarnos a ambos de mi propio palacio como simples corderillos!

—Eso es precisamente.

—¡Pues sí que es usted bravo! Inténtelo.

Y dijo aquello con una convicción enorme, como considerando imposibles las afirmaciones categóricas de Ricardo.

—¿Dónde estamos?—preguntó el joven.

—Esta habitación es la caja de caudales, donde está mi tesoro. Lo que no comprendo es cómo ha podido usted introducirse aquí.

—Por la puerta abierta que dejamos en este lado—indicó el acompañante, que portaba la linterna.

—¡Pues sí que la hemos hecho buena! Se nos ha metido el lobo en la madriguera.

Ricardo meditó un momento, sin dejar de apuntar a los bandidos. Contempló de reojo las inmensas riquezas de que se hallaba rodeado, y pensó en llevarlas consigo. Sería su triunfo definitivo.

Con un gesto dió a entender a sus dos prisioneros su propósito. Un sordo gruñido, proferido por ambos a un tiempo, le dió a entender la agitación interior que ambos sufrían al verse juguetes de aquel joven audaz. Mas obe-

decieron. El revólver era un argumento demasiado atrayente y terminante para poner objeciones.

Sin embargo, el jefe titubeó. Muy pronto cambió, viendo la actitud resuelta de Ricardo al poner el dedo sobre el gatillo. Se dirigieron ambos hombres a un cajón que salió de la pared y sacaron sendos sacos de goma, que comenzaron a llenar de joyas y monedas.

Nuestro amigo los observaba detenidamente, sorprendiendo, en una de las veces que se agacharon, una seña imperceptible, cambiada con disimulo entre ambos.

Preparaban algo, y tratando de evitarlo, los intimó a que levantaran lo que ya llevaban recogido en hombros y se prepararan a partir.

A todo esto, el cañoneo se había recrudecido con más intensidad en el exterior. A pesar de las grosísimas paredes de la gigantesca caja de caudales, los golpes repercutían sorpresivamente, conmoviéndola.

Indudablemente, el combate tomaba proporciones enormes.

Partieron los tres con dirección al "Centauro" y muy pronto se hallaron en el tejado. Ya no llovía, y el sol iluminaba la tierra con esplendidez. Las nubes húmedas se alejaban en alas del viento, cercanas al punto donde el mar se precipitaba en el cielo.

Ricardo abrió la puerta y penetraron en el gigantesco avión.

—Señores—expuso el marino cortésmente—, estamos en guerra, y ustedes son mis enemigos y rivales. Las personas que aquí tengo son casi sagradas, cuanto que una de ellas es el jefe supremo de una poderosa organización. Tengo que finalizar lo que aquí me ha traído, y me veo en el caso de recurrir a actos indignos. Con su permiso, voy a encerrarlos.

Los dos bandidos se miraron e intentaron una protesta. Pero nuevamente el revólver los condujo dócilmente hasta dos de los pequeños dormitorios del "Centauro", donde quedaron muy bien guardaditos.

Ahora nuestro amigo, seguro de haber realizado felizmente la primera parte de su plan, se propuso finalizarlo.

Salió nuevamente del avión, y cerróle. Ya iba a internarse de nuevo en el palacio por la buhardilla, cuando sintió un silbido muy conocido. Instintivamente, tiróse al suelo. Una bala enorme cruzó silbando atrozmente, dejando tras sí como el hálito de un vacío.

Ricardo comprendió. La escuadra se acercaba a la isla, atacando. Y vió la necesidad de partir prontamente, si no quería ser descuartizado por sus amigos.

Corriendo realizó más de diez viajes a la caja de caudales, llegando a transportar casi totalmente sus enormes riquezas. El avión llegó a llenarse materialmente de sacos de goma, casi repletos.

El joven, agotado por tan poderoso esfuerzo, iba a realizar el último transporte, cuando estuvo a punto de acabar trágicamente su gloriosa aventura.

Llenó el último saco, e iba a cargarlo cuando el pasillo se iluminó espléndidamente como por arte sobrenatural. Estoicamente permaneció en el mismo sitio, de pie y con sus pistolas en ambas manos. Sonaron voces, pasos, y experimentó la sensación de que un tropel de gente se acercaba.

En efecto, pronto el murmullo confuso se clarificó.

—Debe haberse escondido, o estará examinando sus tesoros. Busquémosle—decían a gritos varias voces.

Indudablemente, indagaban el paradero del jefe supremo; mas el tono de aquellas voces era amenazador y no sumiso y obediente como el de los inferiores que buscan a un superior. Ricardo comprendiólo así, viniendo a aclarar sus dudas la siguiente frase, dicha con coraje:

—¡El muy canalla! Llevándonos a la muerte como animales, y él gozando buenamente en su palacio, sin preocuparse de nada. Luego, al parecer, intentaba fugarse con su secretario, en avión, dejándonos... (Se elimina la palabra que siguió a esta frase, para evitar malos entendimientos en el sentido real de la obra.)

Aquello fué como una declaración hecha ex profeso para nuestro amigo. Ricardo se sonrió por breves instantes. Inmediatamente comprendió que aquello era un nuevo peligro para él si era encontrado por aquellos desalmados. Y tomó una resolución. Abrochóse bien el capote, bajóse lo más que pudo la visera de la gorra de agua que llevaba puesta, hasta casi ocultar su rostro, y sacando una libreta de apuntes de su bolsillo trazó en ella unas cortas líneas con un lápiz pequeño que llevaba adjunto. Luego dobló el papel escrito, introdujole en un bolsillo, tiró el saco de goma lejos de sí, escondió las pistolas, y resueltamente salió al pasillo, como buscando a alguien.

A lo lejos (nos referimos a la enormidad del paso) vió un

grupo de hombres con armas en las manos, que avanzaban profiriendo exclamaciones y gesticulando. Verle e intimarle que se detuviera, todo fué uno. Ricardo alzó los brazos y se les acercó pacíficamente, como hombre que no teme nada.

—¿A quién busca usted aquí?—le inquirieron autoritariamente.

—Vengo de la desembocadura del Gran Canal, donde se libra actualmente una batalla tremenda. Traigo órdenes concretas de mi jefe para el señor Maty, a quien busco desde hace rato por donde me dijeron "abajo".

—Enseñe esas órdenes que dice llevar—le respondió un hombre amenazador e imponente por su estatura.

El joven sacó el papel que había escrito antes y lo enseñó. Todos leyeron al mismo tiempo:

"Necesito hombres, o perderemos por este lado. Reméseme enseguida los más que pueda. No le pesará."

Y firmaba alguien en caracteres ilegibles.

Los bandidos le miraron de pies a cabeza, y, para su suerte, le creyeron a pie juntillas la mentira. Se le contestó:

—Pues llega usted en mala hora, amigo. El jefe Baldwin nos acaba de abandonar, y lo buscamos con el propósito de hacerle pagar caras todas las que nos ha hecho.

—¿Y qué ha sucedido?—inquirió inocentemente el joven.

—Que ha huído, traicionando la causa que él mismo creó. Seguramente, como ha visto la erupción del volcán y el ataque inminente de la escuadra americana al poblado 1, ha querido pasarse al lado contrario, para salvar la pelleja. ¡Cobarde!

Aquella última palabra fué pronunciada en un tono tal, que Ricardo comprendió claramente que entre los piratas existía aún el valor de los bandoleros de antaño.

—¿Pues qué hacemos que no le buscamos antes de que escape?—dijo nuestro amigo, hallando, por fin, el único medio que le quedaba de salvación.

—Efectivamente, ¡vamos!—exclamó enardecido alguien del grupo—. Y usted, buen compañero, ayúdenos.

Ricardo los siguió, conduciéndolos con sus exagerados ademanes de rabia hacia la puerta abierta de la caja de caudales. Al ver aquel sitio iluminado, los piratas se precipitaron dentro, hallando prontamente el saco que el joven había abandonado al ser sorprendido. Le abrieron, y al ver las joyas

prorrumpieron en exclamaciones terribles, así como en imprecaciones.

—¡Nos ha robado! ¡Pero, sinvergüenza, ladrón!

Todos quisieron salir de nuevo por la puerta de entrada, mas quedaron decepcionados y asombrados: estaba cerrada, y el falso mensajero había desaparecido tras ella.

—¡Un espía era, un espía!—clamaron unos.

—Por aquí, por aquí—indicó otro, señalando la otra puerta de la caja, que había quedado abierta.

Mientras tanto, Ricardo huía por el corredor y llegaba al sitio donde estaba el avión. Disponíase a subir a su interior, cuando sonaron disparos cercanos. Sólo los fogonazos y silbidos amenazadores le dieron a entender el peligro que se le había echado encima.

Prontamente, el grupo que había dejado encerrado en la caja de caudales apareció.

El tiroteo principió, rápido y variado. Nuestro héroe, protegiéndose detrás de la coraza de su "Centauro", sacaba solamente la mano por cortos intervalos y disparaba sobre tal o cual enemigo.

Cuando, sin saber por qué, sus rivales cesaron en su ataque. Todo enmudeció a su alrededor, a excepción de los cañonazos de la escuadra. Sin saber qué hacer, aprovechó la ocasión para cerrar la entrada. Se sentó en el sillón de mando y dispúsose a partir de aquel lugar, donde tan grave peligro había corrido.

Impulsó las palancas y comenzó a elevarse, cuando pudo observar lo que llegó a sospechar interiormente, mucho antes de todo aquello, cuando oyó a los hombres del corredor referirse a la erupción del volcán.

El cráter, amenazante y soberbio, comenzaba a hacer de las suyas. Por su boca de muerte brotaban llamas locas y rojas, que, retorciéndose cual en contorsión póstuma, lanzaban al espacio chispas a millones. A pesar de los gruesos cristales del avión, percibió un vaho repugnante, caliente, que atenazaba el olfato y destrozaba el paladar. De vez en cuando, pedruscos incandescentes eran lanzados a lo alto, para caer sobre el poblado amenazado. Y por último, una materia gelatinosa, negra, comenzaba a bajar por las laderas de la montaña, semejante al agua hirviente que se derrama en una cazuela.

La erupción comenzaba. Y sin saber por qué, Ricardo ex-

perimentó en su ser la sensación de algún fenómeno formidable. Comprendió inmediatamente la causa del final del tiroteo: sus atacantes habían huído, locos de terror.

Decidió regresar, por fin, al acorazado, donde lloraba seguramente su adorada Elena. El "Centauro", de un salto rápido, como si hubiera sido lanzado por la erupción del volcán, se precipitó en las nubes a gran velocidad.

Muy pronto se halló sobre los barcos combatientes, cuyos tripulantes le vieron llegar como si bajase del cielo. Tronaron sus motores, y al pararse se deslizó suavemente sobre la cubierta del buque insignia.

Saltó el joven ágilmente, llevando por delante a sus dos prisioneros, y los condujo, entre la admiración de los marinos, abobados, hacia el puente de mando, desde donde el almirante, alegre y emocionado, lo había presenciado todo.

\* \* \*

Momentos después, eran encerrados los dos cautivos.

Ricardo habló durante una larga hora con el almirante, tras la cual, acompañado de sus emocionados amigos, que le habían rodeado como a una divinidad desde su llegada, corrió al sitio donde Elena, ajena a todo aquello, lamentábase con sus inseparables Sara y Dorothy de su desgracia.

Pongamos un punto sobre nuestra narración en este instante de alegría, para no interrumpir el curso de la lucha, y sigamos dos horas más tarde.

El combate, comenzado por la mañana, seguía, enconado y sin tregua, sin decidirse el triunfo por ningún lado.

Según refirió el jefe de la escuadra a nuestro amigo, la situación a grandes rasgos era la siguiente:

La boca del canal principal había sido tomada tras intenso batallar. Ya los mejicanos avanzaban por tierra al encuentro de las fuerzas piratas. Por el norte se había logrado también el desembarco, y protegidos así los flancos del avance, numerosos buques se adelantaban lentamente, sosteniendo una continua lucha por el canal.

Ricardo expuso el peligro inmenso del volcán en erupción. Refirió el estado naciente del cráter y cómo la lava descendía por las laderas de la montaña. A aquellas horas, segu-

ramente algunas calles del poblado estarían obstruídas por ella.

El almirante aceptó los consejos del joven, enviando radiogramas a los dos grupos atacantes de arreciar el empuje. En cuanto a los soldados encargados del poblado número 1, desembarcados ya, y habiendo sacado cuanto de valor había en el pueblo, atacaban las masas de los piratas que huían, reteniendo prisioneros a las mujeres, niños y ancianos.

De aquella entrevista quedó terminado el plan a seguir, y que nosotros presenciaremos perfectamente.

La escuadra turista siguió en San Juan de Puerto Rico. Y muy pronto los extranjeros vieron llegar unidades separadas que cargaban rescates cuantiosos y prisioneros sinfín.

Redwood, tan pronto capturaba una posición enemiga, la saqueaba y enviábalo todo a puerto seguro.

Poco a poco, los norteamericanos avanzaron en lucha continua, haciendo retroceder a los piratas, obligados a defenderse por tres lados diferentes.

Pasaron los días, y el 20 de agosto, el Canal Central se halló completamente en posesión de los atacantes. Ahora, los habitantes del Peñón se encontraron con sus fuerzas divididas.

## CAPITULO VII

### La destrucción del «Misterio del Golfo»

El volcán siguió en erupción, mas no demostró mayores efectos que los presenciados por Ricardo: poca lava, humo denso y pedruscos sueltos.

El cañoneo, que no había dejado un momento de tregua desde el día 15, se hizo más potente el 21, llegando a hacerse continuo, semejando sus disparos a los de una ametralladora descomunal.

Ricardo había pasado aquellos días en continuo agitación y actividad. Ascendido a segundo oficial en el buque insignia, sus ocupaciones se duplicaron, multiplicándose sus órdenes como por magia. Atendía los cañones, examinándolos; hacía revisar los aviones del acorazado; inspeccionaba su "Centauro" diariamente con solicitud de niño cuidadoso, y hacía múltiples ocupaciones, sin que por eso dejase una hora al día en que gozaba de la compañía de su Elena.

Federico le secundaba en todo, y Conrado, que había encontrado un lugarteniente en el famoso Juanito, los terciaba en cuanto hicieran. Rodolfo, Alfredo, Mr. Kearns y Mandell se habían formado un cuarteto incomparable, luchando, riendo y comiendo, sus tres ocupaciones favoritas.

Míster Kearns, más alegre y optimista con la devolución del tesoro hecho por Ricardo, se había convertido en un hombre jovial, siempre con la sonrisa en los labios. Sus servicios, prestados al almirante y a Ricardo, se hicieron innumerables. Con su ayuda se libertó a los numerosos prisioneros de las minas, regresando a la libertad los desgraciados del "Anteurs", la tripulación del yate de Elena, y cientos de pasajeros de los barcos capturados por el "Misterio".

El apoteosis de aquel triunfo sin igual fué lento, desarrollándose a medida que las fuerzas invasoras aniquilaban a los bandidos.

¡Había que ver a los padres encontrando nuevamente a sus hijos, tras meses de penoso cautiverio; a las madres apretando contra sus pechos pequeñuelos arrebatados de sus amantes brazos muchos meses hacía; a familias enteras contemplándose asombradas de hallarse juntas nuevamente!

Las noticias cruzaron el globo con rapidez extraordinaria. Primero, el regreso de Ricardo, la devolución del tesoro monstruo, el combate, la erupción del volcán; luego, los avances, las capturas, el nuevo plan, todo...

La gigantesca reconquista era seguida con interés apasionado por millones de espectadores invisibles.

\* \* \*

El 22 de agosto, Redwood recibió un radiograma de las unidades en el Canal Central de haber encontrado un yate, cuya descripción era igual al de Elena. Hubo un revuelo entre las jóvenes. Sara no lo quiso creer, y dijo que, en todo caso, se quedaría para ver lo que fuera a suceder. Dorothy opinó que le daba lo mismo regresar a los Estados Unidos en el yate que en el acorazado. Elena pareció pedir consejo a su novio. El resto de las jóvenes, que ya habían sido rescatadas y que estaban en el buque insignia, al contrario de nuestras amigas, pidieron a gritos el regreso.

Ricardo habló largamente con Elena. El mismo día por la mañana llamóla aparte y la dijo:

—Querida, tu yate ha sido encontrado, y esto nos pone a ambos en un dilema que quiero resuelvas tú sola.

—Lo sé, lo sé muy bien, Ricardo; pero no puedo dejarte solo, para que cometas locuras como la última, en que por poco te pierdo para siempre.

—No; te prometo firmemente que no me sucederá nada. Deseo que te vayas, porque tu presencia aquí puede hacerse peligrosa. No sabemos lo que nos aguarda en este largo combatir y de ningún modo permitiré que sufras en lo más mínimo.

—Haré lo que tú me pidas—exclamó, vencida por el tono sincero del joven.

—Pues entonces prepárate, que os llevaré al yate en el "Centauro". Llegaréis más pronto y se os ahorrarán penas.

Repentinamente, dos lágrimas brotaron de los ojos de la doncella. Ricardo sintió arder su sangre en las venas. Ya la había visto llorar otra vez, y su llanto estuvo a punto de profetizar una desgracia. Se sintió nuevamente causante de aquel llanto y se enterneció al verla tan amante y buena.

—Pero ¿por qué lloras, amor mío? No sabes lo que sufro viéndote.

Entre sollozos, Elena pudo proferir:

—No quiero dejarte solo otra vez.

Nuestro amigo tomóle las manos y se las llevó a los labios con afecto sincero. Aquella muchacha era para él, más que una novia, una diosa. En aquel momento la hubiera adorado.

El diálogo entre ambos fué, como ya queda dicho, largo y efectivo. Para no cansar, sepa el lector que Elena quedó convencida de las razones del joven y que se dispuso a partir.

A las diez de la mañana, cerca de veinte muchachas se hallaban sobre cubierta, preparadas para el regreso. Sara no estaba alegre, y no había que ser muy fisonomista y conocedor del género para no ver las miraditas intercambiadas entre ella y Conrado. Dorothy estaba muy callada y no sonreía; al cambiar el último saludo con Federico tembló todo su ser en muda convulsión. ¿Qué era aquello? ¿Volvía Cupido a flechar cuatro corazones más? Si leemos hasta el fin, lo veremos demostrado.

Todo hubo terminado prontamente, y tras recibir Ricardo las instrucciones del almirante, partió el avión, llevando a su bordo a las jóvenes, a Mr. Kearns como guía y a Ricardo.

Elena se sentó al lado de nuestro héroe, tratando de distraerse en vano con las maniobras de mando.

Pasaron sobre el poblado número 1 y vieron un cuadro espeluznante. La lava del volcán, endurecida y hecho rocas, cubría los edificios, las calles, las plazas, y hasta había avanzado, robándole un gran trecho al mar.

Del cráter seguía bajando la materia destructora, que, rodando sobre las capas solidificadas, avanzaba, comiendo te-

rreno a la isla amenazada. Ya, hasta el canal y sus muelles crujían bajo el fuego misterioso.

Más allá del pueblo, el Peñón estaba completamente devastado. Sobre sus campos, meses antes muy cultivados y fértiles, veíanse ahora escombros de algo que fué. Los árboles, arrancados desde sus raíces, asemejábanse a gigantes destrozados por una hoz gigantesca. Las viviendas, en el suelo, sin techo y enseñando las intimidades de sus habitaciones, parecían llorar el infortunio de su abandono.

Por orden del almirante y por mismos sentimientos, Ricardo tomó rumbo hacia el norte, con objeto de alejarse cuanto pudiera del sitio del peligro. El yate de Elena sería conducido hasta la desembocadura del Canal Central, donde ya no se peleaba, y nuestro amigo se propuso así ir bordeando la isla hasta llegar a aquel lugar.

Volando a escasa altura, las jóvenes contemplaban los campos de muerte. Una guerra en pequeño, de poco alcance, pero de saña inaudita y cruel había tendido sus garras sobre el Peñón Rojo.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis, personajes visionarios del inmortal Blasco Ibáñez, habían tenido hijos, herederos de sus fatales legados, y esos nuevos verdugos de la Humanidad habían dirigido sus corceles diabólicos, en loco galopar, sobre los prados de la isleta del Atlántico. La Muerte, vengadora, traidora y de mala entraña, había abandonado cadáveres innumerables, cuyos huesos, únicos miembros dejados por la voracidad insaciable de los buitres, brillaban bajo los rayos del sol, como pruebas mudas de los cascos del corcel cuyo jinete llevaba la hoz segadora. La Conquista, ambiciosa y sin alma, ensombrecía la campiña con la soledad y el silencio que los vencedores dejaban tras sí. El Hambre, famélica, espectral, había marchitado los árboles y los sembrados, reinando implacable sobre los frutos y la Naturaleza entera. Y por último, la Guerra, el jinete voraz, temible, fatal, dejaba la tierra en caos universal; juntando las cosechas monstruosas de sus tres hermanos, las cogía, las guardaba como frutos preciados en su pecho feroz y engendraba, abortándolas, las desdichas, los males más grandes, para lanzarlos a su alrededor, semejantes a iras del Averno, a demostraciones patentes de la furia mefistofélica.

Aquel plagio hizolo Elena en silencio, absorta, muda, apretándose instintivamente contra el hombro varonil de su

novio, acogiendo lo que quedaba grabado en sus retinas con miedo receloso a algo impalpable, a una cosa invisible, desconocida, que, cerniéndose a su lado, le mostraba aquellos destrozos, susurrándole al oído, muy quedo y en tono sarcástico:

—Mira, lo hice porque odio a los hombres. ¿Qué importa que yo lo haga, si ellos se odian entre sí; si se tienen aversión mutua, en vez de amarse como hermanos? No. Azotémosles, que así comprenderán.

La joven meditaba, y en el fondo se sentía feliz. Los huesos sinfín, esparcidos sobre la tierra requemada y agrietada, la horrorizaban; pero, sin embargo, decíase en su interior, con franco regocijo, salido de un egoísmo natural y sin malicia: "¡Pero Ricardo no está entre ellos!"

Al ruido del avión elevábanse los buitres sanguinarios, dando graznidos de sorda cólera al verse interrumpidos. Las aves de muerte volaban furiosas, chorreando de sus picos la sangre de muchos seres humanos. El cuadro hacíase cada vez más espeluznante, a medida que el "Centaurio" se acercaba al punto de la lucha.

Muy pronto los cañonazos se sintieron cerca y las detonaciones llegaron a intimidar a las muchachas.

Nuestro amigo apresuró, y en breves momentos se alejaron de aquellos lugares. Al acercarse a la costa, el panorama transformóse totalmente, como si un mágico hubiera cambiado un cuadro hechizado por otro más aún. Tras contemplar las miserias y consecuencias de las batallas, la tranquilidad de la costa, apacible y solitaria, muy cerca adonde Ricardo había pasado varios días, solo y abandonado, se hizo notar muchísimo.

Los sembrados en flor, moviéndose los frutos en ritmo dulce, al compás de la brisa mañanala y el mar azul, destacando las crestas blancas de las olas mugientes sobre su fondo infinito, infundían al alma una sensación de bienestar tal, que nuestra heroína sintióse regocijada, enajenada de intensa sensación.

Ricardo volvía la vista hacia ella de vez en cuando, con arrobamiento y amor. Empezaba a comprender que no podría vivir nunca sin aquella deliciosa criatura.

Mientras tanto, Mr. Kearns, rodeado del resto de las muchachas, les iba explicando minuciosamente todo lo que

veían bajo el aparato. Feliz y orgulloso, se sentía un príncipe oriental rodeado de sus siervas, curiosas y bellas.

El viaje fué rápido y sin dificultades. A las doce de la mañana pasaron sobre las unidades que atacaban por el norte, inactivas en aquel momento por hallarse sus tripulantes empeñados en la lucha que se sostenía en el interior del Peñón. Un solo disparo hecho por un cañón antiaéreo, a modo de saludo, les demostró que alguien velaba por la seguridad de los buques.

Media hora más tarde, el "Centauro" acuatizaba a trescientos metros de la desembocadura del Canal Central. Elena contempló aquel sitio estupefacta. Ya lo conocía por haber entrado al Peñón por él, cuando todo lo que alcanzaba la vista era verde, florido y animado de intensa vida; mas ahora había cambiado de forma contundentemente. Las orillas cimentadas, resquebrajadas y partidas por los proyectiles, mostraban todavía las huellas evidentes de un destrozo terrible. Si una llama enorme de fuego hubiera quemado a los árboles circundantes, no hubiera hecho tanto efecto como el que mostraban actualmente. Empujados por la marea, bajaban del canal numerosos cadáveres envueltos en fango sanguinolento. Ricardo trató de evitar todo aquello lo más pronto posible, y así hizo sonar sus lanzabombas. Al ruido de dos detonaciones tremendas, contestaron otras dos algo distantes, como respondiendo que la llamada había sido oída.

Esperaron cerca de dos horas. Al cabo, una embarcación pequeña, blanca y bella, asomó por la vía acuática, saliendo con rumbo al avión: era el yate de Elena.

La joven lo contempló, y sin embargo, no se estremeció de alegría, como era de esperar. Al contrario, apretó más aún el brazo de su amado.

El "Centauro" se aproximó a la embarcación, y muy pronto las jóvenes todas se hallaron a su bordo. Un oficial, nombrado capitán del yate, se cuadró militarmente al ver a Ricardo. Ambos cambiaron palabras cortas y rápidas, dando el joven las órdenes que a su vez había recibido del almirante Redwood. Se debía conducir a las jóvenes hasta la misma ciudad de Nueva York, lo más rápidamente posible, y luego, entregar la embarcación al padre de Elena, quedando luego la tripulación en vacaciones hasta el regreso de la escuadra a los Estados Unidos.

Y llegó el momento de la despedida. Ricardo, emocionado profundamente, tendió la mano a todas las amigas que partían, y con paso seguro, aunque con el alma oprimida, se dirigió a su novia. Sara, más oportuna que nunca, y dando órdenes como un general, hizo retirarse a todas las testigos de la escena, quedando ambos jóvenes solos sobre la cubierta.

Nuestro amigo intentó hablar largamente para convencer a la muchacha, y al tratar, de su trabada lengua sólo brotó una palabra, más elocuente que un libro entero:

—¡Elena!

Y ella, desconsolada, rompiendo al fin en un llanto, durante mucho tiempo contenido, sólo profirió otra exclamación de valor profundo y sincero:

—¡Ricardo!

Ambos, instintivamente, hallando un consuelo en ello, y como si se protegiesen unidos de algo amenazador, arrojáronse el uno en los brazos del otro, en abrazo casto, puro, sencillo, digno del amor que se profesaban.

Se despidieron. No sabemos cómo, mas en esfuerzo supremo, supieron separarse, conteniendo ambos su pena inconsolable.

Y partió la blanca embarcación, llevando en ella a la adorada de nuestro héroe. Desapareció en el horizonte el yate en que partía el ídolo, dejando el alma de nuestro amigo en tinieblas insondables. Un pañuelo blanco, que se movió durante horas en la popa, estremeció su corazón a cada movimiento. Destrozado, triste, con un vacío irreparable en su alma amante, volvió el guerrero a las lides del triunfo, donde ni la gloria ni la muerte le interesaban. El amor era algo que Ricardo no comprendía. ¿Cómo iba a entenderlo cuando nadie lo ha logrado aún?

Míster Kearns permaneció a su lado consolándole, y por último le recordó el regreso.

—Lo haremos sobre el sitio de combate. Quiero luchar, quiero que alguien pague mi sufrimiento.

Nuestro amigo, exaltado y aturdido por la emoción, hubiera cometido una locura irreparable si no se lo hubiera impedido el señor Dunny, que con palabras cariñosas, pero categóricas, le dió a entender que iba a enojar al almirante si se aventuraba a hacer lo que no se le había ordenado.

El "Centaurus" entonces, tras de evolucionar sobre la boca

destrozada del canal, giró hacia el sur, hallándose prontamente en el extremo último de la isla.

Un faro, abandonado y sito en un promontorio roquizo, fué destruído con una sola bomba, y nuestros amigos continuaron.

Pasaron sobre el sitio donde Ricardo había ocultado su avión por primera vez y donde se desarrolló el combate entre Conrado y los cuatro bandidos. Allí también había causado daños inmensos el demonio de la guerra. El bosque, espeso e impenetrable, había sido segado atrozmente por la metralla y la pólvora. De vez en cuando, bultos sin forma, yacientes en el polvo, denotaban cadáveres abandonados por los combatientes que huían.

Más tarde, el avión cruzó a gran altura sobre el primer poblado que visitó en su excursión, y donde había oído la conversación de los dos hombres de la posada. Este no estaba quemado ni demolido; pero las casas se hallaban desiertas, con las puertas abiertas, sin nada de valor en el interior y sin que un solo habitante deambulase por sus calles en silencio.

Tras aquel sitio, divisaron la desembocadura de un río canalizado, pequeño y afluente seguro del Central. Con una descarga de seis bombas, y causando una explosión estruendosa, quedó completamente obstruído. Mr. Kearns presenciaba aquellos destrozos sin dolerse en nada. Comprendía que, tarde o temprano, iba a pasar; luego no importaba que los causase Ricardo con su avión invencible.

Y por último, se dirigieron a la escuadra, cuando ambos saltaron sobresaltados al escuchar un zumbido intenso hacia el sitio donde aguardaba Redwood con sus unidades. Indudablemente se trababa allí una batalla. Pero ¿con quién?

Nuestro amigo pulsaba ahora el acelerador violentamente, y el avión comenzó a desarrollar velocidades enormes. En tres minutos divisaron los buques. Para admiración de ambos, vieron relámpagos que salían continuamente de todos ellos. Conocían lo que aquello significaba: peleaban.

Y a lo lejos, cercanos a la línea del horizonte, divisaron seis puntitos negros, amenazadores, que también proferían interjecciones de muerte.

—El "Misterio del Golfo" ataca—exclamó Mr. Kearns—; cómo me lo figuraba. ¡Animo, amigo mío! Al barco insignia inmediatamente; que nos necesitan.

El "Centauro" cruzó como un relámpago, exponiéndose a recibir un proyectil enemigo, deslizándose suavemente sobre la cubierta del acorazado.

El aparato fué protegido inmediatamente en un garaje de acero, y Ricardo y el inglés corrieron a la cubierta de mando.

Redwood, su segundo, Federico, Conrado, Alfredo, Rodolfo, Mandell y hasta Juanito, acompañados de la oficialidad entera, deliberaban sobre un plan inmediato a seguir.

El almirante, el hermano de Elena y el gigante corrieron al encuentro del joven, preguntando casi simultáneamente:

—¿Están a salvo las muchachas?

—Sí que lo están. Por ellas no hay que temer. Mas ¿qué ha sucedido aquí?

—La escuadra pirata, que ataca. Después de haberos ido, apareció, y desde hace dos horas nos causa pequeños daños con proyectiles enormes, de los que nos salvamos gracias a la distancia a que se hallan los artilleros enemigos.

—¿Y qué se va a hacer?—inquirió.

—Te esperábamos para estar seguros del paradero de las muchachas. Estando ellas a salvo, podemos atacar sin timbeos. Ellos son inferiores; por lo tanto, los venceremos.

\* \* \*

Y sobre la bóveda celeste repercutieron por centésima vez los golpes, las detonaciones enormes de los monstruos de hierro.

Cruzaron por el aire los bólidos de fuego, como desafiando a las iras celestiales. Hendieron las aguas los enormes "dreadnoughts", como gigantes homéricos en lucha feroz y enconada por la posesión de los mares. La batalla naval, espléndida, soberbia, magnífica, se encarnizó entre piratas y atacantes.

Se daban órdenes, se oían exclamaciones, gritos, silbidos, ruidos, protestas, gemidos, lamentos, y en caos inmenso, extendió la Muerte su manto fúnebre sobre los combatientes.

La lucha estremecía el espacio, horadaba las aguas, traspasaba las nubes.

Y caía la tarde, haciendo su cotidiana inclinación ante su dueña y señora: la Noche. Misteriosa y callada, la reina

universal hizo bajar de su reino a las tinieblas de su manto. Poco a poco fué haciéndose la obscuridad más intensa e impenetrable. Muy pronto sólo se podían ver los relámpagos de los cañonazos, que asemejábanse a truenos de tormenta. Como tomando un acuerdo mutuo, los disparos fueron distanciando sus ruidos y luces hasta extinguirse. Ahora, los haces formidables de luz, procedente de los reflectores, sondearon el espacio entenebrecido, como indagando la respuesta a aquel silencio repentino.

De ambos lados, los combatientes habían cesado en sus hostilidades, como pidiendo protección en la obscuridad y descanso en la inactividad. Mas no porque no luchasen dejaron de guardarse los miramientos de rigor. A bordo de los buques, tanto amigos como enemigos nuestros, quedaron cientos de centinelas armados hasta los dientes, que preguntaban a la noche la evidencia de una traición.

Pero nada sucedió y transcurrieron las horas normalmente. A las cuatro de aquella mañana del 23, todo mortal con uniforme estaba en pie, alerta y avizor, en espera de acontecimientos. La larga conferencia celebrada la víspera entre los altos jefes de la escuadra anunciaba un día de trajinar y quehacer.

Ricardo se levantó muy temprano, o más bien arrojóse de la cama pronto, ya que no pegó los ojos. Sus pensamientos vagaban locamente en un mundo fantástico y fatídico. Pesadillesco y torturado, su cerebro afiebrado presenció escenas sin cuento. Vió a Elena, a su padre, al "Centauro", a todo lo que más quería en el mundo, envuelto en llamas, en ruido, en tremenda confusión. Agitado aún, salió a cubierta, deseoso de encontrar en la alborada un consuelo inmaterial a sus imaginados dolores.

Sobre el horizonte brotaba lentamente una claridad cada vez más intensa. El mar, envuelto en una semiobscuridad, parecía desperezarse, aún soñoliento, pesaroso quizá de ceder su actitud tenebrosa ante el poder soberano del dios que se acercaba, reclamando altivamente sus derechos. El amanecer de aquella mañana fué espléndido: uno de esos amaneceres que sólo conocen los antillanos. Bello, descompuesto, transformado el cielo en mil colores murillescos, tomando las nubes formas extrañas, exhalando el océano un vaho de humedad deliciosa y soplando una brisa impregnada en agua, sintió Ricardo que un bálsamo desconocido, im-

pregnado en misterioso paño, enjugaba su alma oprimida, ensanchándola, estremeciéndola de placer infinito. Entusiasmado, sobrecogido y asombrado, respiró con todas sus ganas el fresco vientecillo. Sintióse nuevo, otro hombre, otro ser, otro cerebro...

Y la luz venció a las tinieblas, asomando su faz radiante y luminosa, de claridad soberbia, Febo, el que Dios hizo rey de los humanos. Pero, desgraciadamente, aquel día, el Apolo tan adorado por los romanos no trajo a los hombres la fraternidad y la alegría, sino el duelo y el odio. Al surgir nuevamente los objetos de lo oscuro, tronaron los cañones rencorosos en himno guerrero, cruel y vengativo, contra los humanos en enconado batir.

Ahora, los proyectiles arrasaron con furia las bordas y cubiertas de los buques. Los rivales se habían acercado durante la noche, a pesar de las luces indagantes de los reflectores. La vida tomó un aspecto fantástico a bordo de los barcos. Lo sin cuerpo y vitalidad tomó vida de un hálito sobrenatural. Saltaban las planchas metálicas de golpe, como si un herrero las sometiese a terribles mazazos; brotaban explosiones del agua con tal violencia, que talmente parecía que los peces peleaban; saltaban las arboladuras, rotas, destrozadas, segadas por guadaña desconocida. Y diéronse órdenes de ataque. A muerte, sí, a muerte. A destruirse, a aniquilarse como bestias irracionales, arrojáronse los hombres unos contra otros, bajo el mando de uno de ellos, igual en todo a los que se mataban, pero que ostentaban como única diferencia para que se le obedeciese como a un Dios unos galones en la manga, tiras de tela miserable, que tenían el poder de segar vidas.

Crujieron los andanajes, las barandas, el metal se estremeció, los barcos entrechocaron: el caos fué indescriptible.

Lanzados al abordaje, los marineros de los buques se apresuraron a la lucha cuerpo a cuerpo. Cual en los tiempos gloriosos de la filibustería, los hombres, armados y valientes, se lanzaron sobre las bordas con cuchillos entre los dientes y rifles entre las nervudas manos. La carnicería fué espantosa.

Los buques piratas se fueron acercando poco a poco, a pesar de los destrozos terribles que los grandes cañones les causaban. La metralla, la pólvora y las bombas barrían marinos como muñecos, haciéndoles crispase en convulsiones

espasmódicas, saltos violentos, posturas inconcebibles, factores de una muerte horrible.

Ricardo y sus amigos luchaban también, confundidos entre la marinería, a brazo partido, como leones. Conrado, cual otro Hércules, causaba el espanto y la muerte por doquier; su figura colosal detenía los brazos armados, debilitando su impulso; sus ataques tremebundos desvanecían los grupos rivales como por encanto.

Un crucero extraño, semejante en todo al que una vez destruyó la escuadra, abordó velozmente al acorazado insignia, saltando su feroz tripulación sobre las cubiertas del buque.

Era el "Misterio del Golfo"; la segunda "copia", la reproducción exacta que hemos podido ver varias veces, el último representante del vandalismo en el golfo de Méjico, que entraba a escena en postrer esfuerzo por la vida o por la muerte. Los piratas que habían salido de él eran tipos horribles, deformes, hercúleos, feroces. Luchaban bravamente, cual bárbaros primitivos, sin compasión y con furia inaudita.

Sonaban las detonaciones espantosas de los cañones, matando a quemarropa, dirigidos sus proyectiles a un blanco no distante siquiera ni treinta metros. Brotaban los relámpagos y saltaban los combatientes como guiñapos en el aire, destrozados, en miembros.

El cuadro se hizo horrible, cruel, espantoso.

Pero, palmo a palmo, fueron ganando los leales, aquellos que defendían la verdad y la justicia. Acribillados, acorralados y vencidos, los piratas, tras cuatro horas de resistir soberbio, de lucha sobrenatural, pidieron tregua, imploraron misericordia.

El jefe de aquella flotilla de desalmados solicitó una entrevista con Redwood y fué conducido a presencia del almirante. Se mostró confuso, arrepentido, a pesar de la soberbia que hasta unos momentos antes había demostrado.

Se hizo un pacto, un tratado satisfactorio y decisivo. ¿Qué remedio le quedaba a los vencidos? Las palabras de Jackson, el famoso político norteamericano, cuyo nombre está en caracteres de oro en las páginas más brillantes de la historia, parecieron sonar en la bóveda del cielo, irritando quizá al Todopoderoso: "To the victors belong the spoils." Sí, frase amarga para el abatido por un rival; pero que la ley, injus-

ta e inhumana, dictada por el hombre en la tierra, ha proclamado soberbia.

Los pocos piratas, restos destrozados de intrépidos saqueadores, desfilaron ante las tripulaciones de la escuadra, maltrechos, sangrantes, en desfile cruel.

Sin embargo, aquella vez, los hijos de la victoria no fueron injustos ni malos; supieron tener consideraciones dulces, aunque amargas, para los prisioneros de guerra. Cientos de piratas fueron a parar a los presidios de los gigantescos acorazados; los sanos, en celdas comunes; los heridos, en camillas limpias, cuidados con fraternidad ejemplar.

Luego tratóse de salvar a los barcos descuartizados de los bandidos. Habían sido nueve los atacantes: cinco submarinos, hundidos casi todos por las bombas de profundidad de los "dreadnoughts"; tres "destroyers", que, agarrados, pegados a los acorazados, mostraban sus interiores por los orificios enormes de las balas, y por último, el crucero jefe, el "Misterio", tan temido, donde un incendio había comenzado a desarrollarse con peligro para la integridad del buque insignia, al que se hallaba adherido por los garfios de abordaje.

Rápidamente se extrajo del interior del citado buque todo cuanto de valor llevaba. Poco era, en realidad. Acribillado, quemado y martirizado, el pirata temido, misterioso y sanguinario, no ofrecía a los vengadores más que una presa con las entrañas hechas trizas.

Y por fin, se le abandonó a su suerte. Con una carga formidable de dinamita en su interior, que explotaría en poco tiempo y con las calderas a todo vapor, solo, abandonado y sin un hombre en su interior, partió el buque fantasma con dirección al Peñón solitario, emprendiendo su póstumo trayecto.

Los piratas, tristes y cautivos, tanto como los vencedores, contemplaron silenciosos al buitre que se alejaba, cercano el fin de su destructora vida.

Pronto su figura temible confundióse con la del volcán amenazador. Pasaron minutos de ansiedad, media hora entera, y una explosión parecida a la que profirió su "gemelo" al hundirse tronó iracunda en el espacio, estremeciendo los corazones en muchas leguas a la redonda. Negra humareda brotó de su casco incendiado; llamas de oro bajo la luz del sol viéronse brillar a su alrededor, y el "Misterio del Golfo",

desapareciendo para siempre de la faz de la tierra, hundióse desafiante en el océano insondable.

Se fué..., causando en el corazón de los que presenciaron el sacrificio la sensación de la víctima que muere bajo el yugo del que vence la suprema partida.

El "Misterio del Golfo" ya no fué un secreto.

## CAPITULO VIII

### **El fin se aproxima**

Los cuatro días siguientes transcurrieron entre diversas ocupaciones para nuestros amigos y para la tripulación entera de las unidades de Redwood. Se limpiaron y repararon las cubiertas y andanajes, inmoladas en el combate sangriento; se restablecieron los servicios importantes; se puso en orden la fuerza entera, como si nada hubiera pasado, como si las vidas tronchadas de 300 hombres no guardaran otro valor que el de reses conducidas al matadero para el servicio público de una urbe populosa.

La lucha en el interior de la isla pirata había seguido dando la mano a las fuerzas invasoras. Sobre el campo de combate dominaban los hombres de Méjico y Norteamérica. Conducidos los piratas, acorralados hasta un círculo reducido, Redwood aguardaba impaciente una capitulación que no llegaba.

Ricardo, mientras tanto, no tenía otra preocupación que darse una vuelta diaria sobre el volcán en erupción y poner sus cuatro radiogramas diarios a Elena, que ya, lejos de aquellos lugares, se aprestaba a desembarcar en los Estados Unidos.

Felices y ansiosas, las jóvenes habían realizado un viaje delicioso, a pesar de las fuertes marejadas que comenzaban a mover bravamente al mar, con sus brisas anunciantes de septiembre.

El 26 de agosto llegaron a sus casas por fin. En sus nidos, las palomas se sentían seguras, tranquilas, poderosas, agasajadas.

Pero ese mismo día en que la felicidad volvía a las jóvenes doncellas de nuestra ya larga narración, caía el águila

negra del infortunio y la desgracia sobre el lejano Peñón Rojo, cerniéndose amenazadora en dos formas distintas, más bien concretas: el volcán y una noticia augurada por Ricardo en capítulos anteriores, confirmada luego por el Observatorio de Miami, y que de nuevo se anunciaba, ahora con seguridad, por los expertos en el asunto.

Un ciclón de proporciones descomunales extendía sus brazos terribles sobre las Antillas en peligro.

Aquella nueva cayó como un rayo sobre los tripulantes de los barcos. Conocían por intuición, y por haberlo oído referir, que aquellos huracanes eran algo horroroso y que destruían ciudades como por encanto.

“El día 3 de septiembre—decía el “parte” último del Observatorio de Miami—azotará a las islas que componen el grupo de las pequeñas Antillas un fuerte ciclón, de proporciones temibles, aún no definidas con exactitud.”

Redwood formó una asamblea urgente entre sus jefes para tomar un acuerdo, y por unanimidad se dirigió un radio al presidente de los Estados Unidos, solicitando sus órdenes en aquel gravísimo asunto.

Muy pronto llegó la respuesta: “Haga un supremo esfuerzo por aniquilar a los piratas, hasta el día 1.º de septiembre. Si no logra un triunfo definitivo, retire las tropas inmediatamente y salga a toda máquina hacia el norte.”

Se obedeció, y en consecuencia, las unidades frente al poblado número 1 emprendieron un lento navegar, bordeando el Peñón con dirección a la desembocadura del Canal Central.

Y rápidos “partes” hicieron maniobrar las compañías en lucha con mayor encono.

Como amenazando sordamente la partida de Redwood y sus barcos de aquel lugar, donde habían ya acabado su obra destructora, el volcán reavivó por unos momentos y lanzó al espacio con fuerza inusitada los contenidos de muerte que en su seno guardaba desde remotos tiempos.

Truenos largos y continuados, seguidos de llamas enormes, brotaban del cráter misterioso. Y el humo, negro, espeso, llenó el cielo de siluetas extrañas y confusas, que tomaban formas con la brisa.

Ricardo y sus amigos, por orden del almirante, salieron en el “Centaurio” para ir dirigiendo a la escuadra por lugares seguros a través de lugares conocidos por los jóvenes.

La isla no tenía bancos de arena a su alrededor ni peñas-

cos peligrosos. Por eso, muy pronto los barcos dieron la vuelta al último cabo y se hallaron ante la boca que tantos acontecimientos importantes ha presenciado en nuestra historia.

Sobre la línea del horizonte seguía alzándose, a pesar de la distancia, la humareda del volcán en rebeldía. Y más cerca, sonaban los ruidos anunciantes de la lucha agónica de dos bandos en revuelo.

Seremos breves en estos momentos en que el lector aguarda impaciente un desenlace a tantos sucesos sin rumbo y guía, y tras decirle que nada sucedió en los siguientes cinco días al 26, le pondremos de nuevo ante el lente de la trama, sito en el día primero del tormentoso septiembre.

La estrategia del almirante se había desarrollado sin dificultades, realizándose casi todo el plan como se había previsto.

El día citado, las escuadrillas del norte y del sur se habían unido y aguardaban en formación la llegada de las unidades que, internadas en el Canal, recogían los últimos habitantes del Peñón.

Brevemente relataremos el final de la pequeña conquista y del último combate, recogidos de la información suministrada por Ricardo, que, piloto en su "Centauro", había efectuado una exploración sobre la isla en ruinas el día 30 de agosto.

Sobre los campos de la isla no quedaba nada en pie ni útil; sobre los poblados sólo vagaban aves de rapiña, ávidas de cuerpos putrefactos.

En los caminos, en las calles, en los ríos, en los sembrados, en los bosques, en todos los sitios, ruinas, escombros, desolación y miseria espantosa.

El poblado número 1 no existía. Cual moderna Pompeya, hallábase sepultado materialmente por una capa de más de cinco metros de lava y rocas gigantescas. Sus muelles, puerto y canal eran terrenos incandescentes, roquizos, de color rojo intenso, de los que brotaba un humito extraño y persistente. Las minas de diamantes también habían sufrido los efectos del fenómeno. La isleta se había unido al Peñón por un puente de pedruscos, y los edificios mineros eran figuras informes, cubiertas de la misma materia del volcán destructor. Si el lector guarda duda del paradero de sus habitantes por no haber sido citado antes, quede muy claro que habían

sido salvados por los marinos de Redwood, por orden de Mrí Kearns.

Cerca de tres kilómetros de campos cultivados alrededor del pueblo principal formaban ahora pantanos verduscos y malolientes, que las aguas del Canal, al desbordarse, habían llenado de objetos sin cuento.

La montaña del observatorio, abierta por la explosión de las bombas de Ricardo, asemejábase a un gigante sin cabeza, inútil, solitario, indefenso, con la masa encefálica a la vista del ojo avizor de su enemigo.

Y como íbamos diciendo, el último esfuerzo de lucha había dado la victoria a los aliados de Redwood. Tim-Mac-Coy, el jefe mejicano, que conocimos en la primera parte de esta narración, condujo sus huestes al triunfo, tras lucha enconada y terrible.

Materialmente arrinconados los cuatrocientos bandidos que quedaban de la poderosa secta, ametrallados, barridas sus guarniciones por los cañones de campaña, cercados y habiéndoseles impedido con bombas de largo alcance la construcción de trincheras, su último intento de rebeldía, habían capitulado después de trámites sin cuento. Conducido aquel grupo de hombres hambrientos, escuálidos, de aspecto famélico y deplorable a los buques en espera, habían cruzado en silencio delante de sus enemigos vencedores, guardando en su mudez el mayor de los dolores. A pesar de que habían conquistado aquella tierra con el crimen y la maldad, el valor que habían demostrado al defenderla enseñaba el amor que la tenían.

Eran hombres fuera de la ley que regía a las naciones civilizadas, pero que obedecían a otras, no por eso mal hechas y organizadas. Habían ejercido un vandalismo satánico en el golfo de Méjico; pero en sus hazañas piráticas habían dado muestra de una audacia temeraria, hija de antiguos conquistadores del mar y no de modernos salteadores.

Y el desfile final, triste, fúnebre, penoso, comenzó. Por el Canal destrozado, los buques guerreros, llenos de objetos rescatados y prisioneros, hendieron las aguas sucias y pardas, cargando el último jirón de una secta conquistadora y valiente.

A las dos de la tarde llegaron, tras inmensas dificultades, a la desembocadura, y la escuadra se halló, al fin, dispuesta a la partida última. No quedaba en el Peñón Rojo un solo

hombre, un objeto siquiera que tuviera algún valor. La conquista gloriosa y enconada de aquella isleta volcánica era un triunfo definitivo, decisivo, terminante. Los miembros de una poderosa organización y sus riquezas todas eran ahora presas de naciones que habían sufrido sus robos sin cuento.

Del buque insignia brotó un relámpago fugaz, y un cañonazo, la señal convenida, dió la orden de regreso.

Pero entonces, celoso de quedar solo, repercutió en el horizonte una detonación enorme, formidable. Pareció que el mundo se abría y se hundía en el Universo sin límites. Nubes de fuego, soles mortíferos, bultos negros que se elevaron en el aire, dieron a entender a los marinos recelosos que la erupción del volcán comenzaba a tomar formas de verdadera hecatombe, de cataclismo insólito, apocalíptico.

Corrió una orden del almirante, y los buques emprendieron una huída a toda mquina, girando sus hélices a todo pujar, intentando escapar de la catástrofe cercana e impalpable.

Ricardo, que estaba reunido con todos sus compañeros en cubierta, apretó la borda con nerviosidad. En su cerebro germinaba una idea que no se atrevía a proferir, temeroso de que lo llamaran loco. Sin embargo, con voz firme y serena, lanzó una frase que dejó atónitos a sus amigos, que, contentos y alegres, veían achicarse los contornos de aquella tierra fatal:

—¿Qué os parecería si me marchara a dar una vuelta sobre ese señor furioso?

—Que estás loco de remate—contestó casi interrumpiéndole Conrado.

—Pues, amigos, voy a hacerlo. Esta es la única ocasión que tendré de presenciar un cuadro tan soberbio y magnífico como ése.

—¿Estás jugando?—le preguntó, dudando aún, Federico.

—No, no juego; quiero efectuar ese vuelo.

—Pues si tú vas, mi noble amigo, yo he de ir también.

—No, querido, no he de permitir semejante sacrificio.

—Pues solo no irás.

—Gracias, gracias, Federico; veo tu interés y tu afecto, pero no quiero arriesgarte en un acto imprudente y que no es necesario.

—Ricardo, lo que tú hagas siempre es necesario.

—Bien están tus razones, pero no he de llevarte. He de hacer esto completamente solo, o no lo haré.

—Ricardo, conozco tus palabras. No quieres exponerme. Si no voy contigo, te guardaré siempre algo que no debes causarme.

—No sigas; eres terco y veo que es imposible. Irás.

—Pues nosotros—interrumpieron los otros tres, hasta entonces callados—no somos muñecos aquí y exigimos que se nos lleve.

—¡Ahora la hicimos! ¿Ves, Federico? Eso era lo que trataba de evitar.

—¡Cómo! ¿No querrás decir que te molestamos?

—Callad, inocentones. ¿Cómo voy a querer dejaros? Sólo trataba de no exponeros, pero con ustedes es imposible. Marchemos.

—¡Hurra!—tronó Conrado como un trueno.

—Chico, que me rompes el tímpano—le dijo Alfredo.

—¡Qué delicado!

Y alegres, tirándose chinillas, indirectas y jugarretas, aquellos cinco valientes, como si sólo fueran a dar un paseo en vez de ir a jugar con la muerte, solicitaron el permiso del almirante con la mayor candidez, semejantes a niños, que no conocen el peligro del juego para el que piden una admisión.

Llegaron a usaloncillo-oficina del jefe. Redwood los recibió con la sonrisa en los labios. Satisfecho y feliz, regresaba a su patria después de haber cumplido a la perfección lo que se le había mandado hacer. Además, de los visitantes, Ricardo le había legado los dos tesoros más codiciados y temidos: los diamantes y riquezas de la secta y a su líder, Maty Baldwin.

—¿Qué se les ofrece a mis más queridos oficiales?—exclamó frotándose las manos.

—Señor—pudo balbucear nuestro amigo—, venimos a pedirle el último y mayor favor, que Vuestra Excelencia quizás pueda otorgarnos con una sola palabra.

—Si tan fácil es la cosa, ¿por qué tantos preámbulos? Nada negaré a quienes me han dado gloria y triunfos.

—Mucho me temo que nos neguéis lo que queremos.

—Oigamos la petición.

—Señor..., deseamos hacer una última excursión sobre el Peñón Rojo.

—¿Cómo? ¿Qué? Bueno, supongo que jugarán, haciéndome

semejante petición. ¡Habrás visto! ¡Pues tiene gracia la broma! ¡Y lo serios que se ponen para hacerla! ¡Ja, ja!

—No, Excelencia, no estamos de broma. Hablo seriamente.

El almirante se puso serio repentinamente. Sabía que Ricardo no hablaba en vano cuando lo hacía por segunda vez. Se levantó de su sitio; comenzó a dar vueltas, impaciente, por la habitación; se detuvo al cabo, y tras mirar detenidamente a los jóvenes, les dijo:

—Muchachos. Sé perfectamente de lo que son ustedes capaces, y en mi interior no puedo negarles nada; pero, y aquí está la dificultad, en primer lugar, la crítica del mundo entero que me observa en estos momentos, y, en segundo lugar, las órdenes terminantes de mi Gobierno de velar por la seguridad de ustedes, me impiden de todas maneras permitirles semejante vuelo, que a vistas claras tiene puntos de locura. Perdona usted, Ricardo, pues supongo que habrá sido el iniciador.

—Todo eso lo sé perfectamente—arguyó el joven con respeto—, y agradezco sus buenos deseos; mas ya he tomado las debidas precauciones para el caso seguro de que usted se nos fuera en contra. Comunicaremos al Presidente de los Estados Unidos mis deseos, y él será el juez de esta polémica.

—¿Cómo?

—Le enviaremos un mensaje por televisión.

—Hágalo, pues.

Salieron todos, un poco tristes y pensativos. Ricardo y Federico, acompañados de Redwood, corrieron al "Centaurio", que permanecía en los garajes del acorazado. Ya allí, nuestro amigo dió luz al aparato que vimos usar anteriormente, en la segunda parte. (Este ingenioso medio de comunicación se descompuso en la avería que el avión sufrió al descender en la isla, cuando Ricardo estuvo varios días abandonado y solo en la costa norte. De lo contrario, como ya el lector llegó a decirse interiormente, le hubiera sido fácil al joven haberse comunicado con la escuadra y haber manifestado el sitio donde se hallaba.) Muy pronto surgieron siluetas difusas, que, a medida que la corriente aumentó, fueron recortándose con precisión, hasta aparecer los rostros de varias personas en la blanca y metálica superficie del televisorio. Eran los encargados de la estación de Wáshington. Saludaron al almirante y hablaron.

Tras larga conversación, se buscó con rapidez al Sr. \*\*\*,

entonces la primera autoridad de la nación, que acudió con ligereza al llamamiento de sus gloriosos marinos.

Y, como era natural, a pesar de sus fuertes oposiciones y protestas de disculpa, ante los argumentos de Federico y Ricardo, tuvo que ceder y proferir un "sea" que llenó las almas de los jóvenes de bélico ardor y entusiasmo.

\* \* \*

Y partió el avión invulnerable, temido e invencible, en suprema conquista de los elementos, llevando a su bordo a las figuras más destacadas, más heroicas de una lucha formidable, digna de un mundo sobrenatural.

Se alejó hacia el peligro y la muerte, mientras los buques en fuga se ponían fuera del peligro de los próximos anuncios ciclónicos y volcánicos.

Muy pronto se hallaron los cinco marinos y Mr. Kearns, que había logrado acompañarles, en compañía de Mandell, de nuevo sobre las desoladas campiñas de la isla abandonada. A medida que se acercaban hacia el sitio del poblado principal, se escuchaba el mugido gigante del volcán en franca rebeldía.

Se puso el sol, y la tierra escondióse en las tinieblas, quizás por la billonésima vez desde su creación primitiva. Desapareció el "Centauro" de nuestra vista, para hundirse en las aguas de una pequeña bahía. Los exploradores sin miedo buscaban el mar, la seguridad contra las furias diversas del cielo. Dejaban para el día siguiente la continuación de sus hazañas.

\* \* \*

Si el lector no da un bote de furia y coraje, daremos otro salto en el almanaque del tiempo y nos pondremos en el día 3 de septiembre de 1960, o sea uno y medio más del que vimos desaparecer al "Centauro".

## CAPITULO IX

### La catástrofe

Volaba el avión a escasa altura, cual águila voraz, olfateando los terrenos donde había causado víctimas. Su figura metálica se destacaba bajo el manto ennegrecido de un cielo preñado de nubes. Y sus hélices difundían monótono ruido sobre la tierra en silencio.

Mugía furibundo el volcán a lo lejos, mientras relámpagos sinfín iluminaban por segundos el firmamento. Ricardo y sus acompañantes, intrépidos testigos del soberbio e intimidante espectáculo, sonreían optimistas ante las sordas amenazas de los elementos.

El mar, agitado, rebelde, alzando montañas de agua a una altura estupenda, mostraba su ceño más horrible. Y de entre su negrura de tormenta brotaban los golpes de las olas al encontrarse en sus retiradas temibles.

Eran las once de la mañana, y el sol aún no había podido posar un rayo de su luz sobre el Peñón Rojo.

El viento, amenazador y cada vez con mayor violencia, agitaba furioso las escuálidas ramas de los árboles en pie. Frío, casi glacial, silbaba con tonos sin cuento.

El ambiente y todo en general era sombrío. Uno de esos días que tanto odian los antillanos, con esas mañanas negras de septiembre, ensombrecía la isla abandonada.

Nuestros amigos presenciaban todo, interesados y alertas, para un caso de peligro. El día anterior lo habían pasado volando casi todo él por sobre el Peñón, y a menudo se comunicaban con los buques de Redwood, que navegaban ya muy lejos de aquellos lugares. La escuadra vencedora había llegado cerca de las costas de Puerto Rico y se preparaba a detenerse un día en la capital. En vez de ir al norte,

como hubiera sido mejor, su almirante quiso ir con lentitud hacia el final de su apoteosis: Nueva York.

Mientras tanto que el júbilo inundaba el mundo entero por la gloriosa lucha, ya terminada, el observatorio de Miami lanzaba sus noticias espeluznantes sobre las hordas felices. El ciclón acababa de especificar su dirección aquella mañana y tomaba rumbo al Peñón abandonado, a una velocidad nunca vista en fenómenos iguales.

Y en los Estados Unidos, en una suntuosa residencia de la Quinta Avenida, en la ciudad de los rascacielos, varias personas, agobiadas ante la nueva amenaza, sentían el peso de una inmensa pena. Elena, sus amigas y los padres de Ricardo, así como los suyos también, recogíanse al silencio y la duda, mientras el resto del mundo, ignorante del drama, aclamaba a los héroes, creyéndolos en salvo.

Muy pronto comenzaron los periódicos de la mañana a exclamar noticias sensacionales: "Ricardo y sus amigos regresan al Peñón", "Un cataclismo se avecina", etc.

Mas nada de esto llegaba a los oídos de los verdaderos hombres en peligro. Como ya describimos, nuestros personajes sonreían confiados, aunque alertas, ante los elementos en sorda protesta.

Llegó el mediodía, y Febo no pudo iluminar la tierra.

El avión prodigio merodeaba alrededor del cráter, observando sus diferentes evoluciones, mientras el viento furioso indicaba la proximidad de la tormenta.

Y fué aumentando la sombría presencia del cielo, del volcán, del mar, de todo, impresionando las almas con lejana inquietud.

A medida que la hora avanzaba, arreciaban los chubascos violentos, cortados por ráfagas fugaces y cada vez mayores en intensidad.

Las detonaciones del volcán sonaban en la bóveda celeste, confundiendo con el centellear de los relámpagos.

Y a las dos de la tarde, comenzaron los que pudiéramos llamar momentos culminantes de la tragedia gigante.

Del cráter embravecido brotaron mugidos enormes, saltaron pedruscos a millares, y la montaña, en terrible estruendo, saltó a las nubes, estremeciendo el espacio, haciendo trepidar al "Centauro" como un muñeco.

—¡Canastos!—se oyó exclamar a Conrado.

—La cosa se pone fea—dijo Alfredo.

—Ahora empezamos—sonrió Ricardo desde su sitio. El huracán entró en acción en aquel momento. Desde el interior del prodigioso avión, nuestros amigos no llegaron a sentirlo, pero sí pudieron observar el fantástico aspecto de la tierra a sus plantas.

Los árboles se inclinaron hasta topar el suelo; las nubes pasaron a velocidad de rayos, alargándose, achicándose, agrandándose, tomando formas en sólo segundos a merced del vendaval formidable. Al saltar la lava al espacio del interior del volcán, el viento la transportaba a lo lejos, lloviendo fuego sobre la isla entera.

El "Centauro" luchaba de frente contra el ciclón y se valía de todos sus medios para contrarrestar los elementos rebeldes que intentaban arrastrarlo en su empuje. Lanzaba detonaciones por sus cohetes, permanecían cerradas todas sus aspilleras y de vez en cuando bajaba y subía, todo él en graciosas curvas, para evitar el choque de nubes en loco desbocamiento.

La catástrofe, doble, nunca vista, tomó proporciones de cataclismo inverosímil, semejante al profetizado por la Biblia para acabar el mundo.

Las olas del mar de fondo, al alzarse sobre la costa, eran ayudadas por las ráfagas e inundaban la isla como si de nada les fueran los obstáculos de la distancia.

La erupción, por su lado, tomó proporciones tremendas. La tierra se abría por todos lados en zanjas profundas, y al entrar en ellas el agua del mar, saltaba la lava en chorros violentos, confundiéndose el fuego y el agua en un caos indescriptible.

El poblado número 1 desapareció tragado por la tierra, como por encanto. El mar inundó la isla por las aberturas de la erupción, y el Peñón Rojo fué muy pronto un montón de rocas, agitado por las olas y el viento, y sobre el que soplaban las nubes, inundándole en triple aguacero.

—Amigos míos—exclamó Ricardo—, esto es lo más glorioso que ojos humanos han logrado ver. Estamos presenciando la destrucción de una isla volcánica por sus mismos medios, ayudada de un ciclón tremendo, como si fuera una película. Realmente, yo mismo me maravillo de todo esto y aún dudo de que sea verdad y no pura fantasía.

—Tienes razón—dijo Federico—. Es algo que jamás volveremos a contemplar.

Y siguió la tormenta, llegando a calcular nuestros amigos la velocidad del viento en más de doscientas cincuenta millas (1). Tras dos horas de luchar glorioso contra el cielo embravecido y furioso, cesó el vendaval y amortiguóse la furia del "coloso".

Una niebla extraña impedía a nuestros héroes ver el sitio donde estaba la tierra, y el "Centauro", suspendido por sus poderosos motores, aguardaba el final de todo aquello, como invulnerable testigo de una batalla, indemne, intacto.

Cuando, de pronto, sintieron todos los hombres una sensación de vacío. A pesar de las paredes especiales del avión, quedaron sin respiración durante unos segundos, inmóviles, petrificados.

Deshízose la niebla, rasgada, rota como por cuchilla diabólica, invisible. Sonó una detonación, un estruendo tan enorme, tan grande, que pareció querer romper los tímpanos de todos los testigos; y el mar retrocedió de golpe en una ola monstruosa, de más de trescientos metros de altura. Sobre los restos del Peñón, rocas enormes, incandescentes, separadas por brazos de mar, pareció caer la maldición del Todopoderoso. De las entrañas del globo terráqueo brotó un relámpago grandioso, nunca visto, que traspasó las nubes, que escaló el espacio en una centésima de segundo, y al desaparecer, abrióse el mar en hueco gigantesco, donde, arrastrados, precipitados, empujados, quisieron arrojarse todos los objetos de la tierra. Desaparecieron los peñascos, las islas, las nubes, todo; pareció que el globo intentaba tragarse al universo entero. El "Centauro", ante el empuje, la atracción formidable, también viró, impelido por aquella fuerza, y comenzó a ser precipitado.

Ricardo se arrojó de un salto sobre las palancas de mando y haló de ellas con rabia, simultáneamente, hundiéndolas hasta sus finales... Y venció el titán, el Sansón de los aviones. Crujió, trepidó, y, vencida, la atracción terrible, en rechinar feroz, volvió hacia atrás.

Sus tripulantes se arrojaron con precipitación hacia las ventanillas, y aún vieron el final del cataclismo.

Cerróse la abertura misteriosa, y la ola gigantesca se detuvo, alargóse hacia arriba, aumentando en altura, y volvió hacia atrás con redoblado empuje.

(1) Por hora.

El "Centauro" también escaló las nubes para ponerse en salvo, y ya en lugar seguro, la vió pasar, tremenda, colosal, avasalladora, inundando al mundo en su figura temible de montaña acuática.

Y pasó, cubriendo para siempre de agua el lugar donde, por veinticinco años, había sentado sus plantas una isla fértil y valiente, llena de virilidad y vigor, haciendo desaparecer de la faz de la tierra unos kilómetros de terreno útil. Ahora, cientos de pies de líquida substancia jugueteaban con los restos del drama glorioso.

Y el monstruo gigantesco de los mares fué a perderse en el océano Atlántico, destrozando, como después se supo, cerca de doscientos barcos de diferentes nacionalidades, en una carrera loca, desde el mar Caribe hasta Groenlandia.

El Peñón Rojo ya no existía, y nuestros héroes, aún reciente en sus ánimos el cuadro portentoso que habían contemplado, intentaron pesarosos el regreso hacia la patria, siguiendo el curso del ciclón que se alejaba.

Mar y mar fué lo único que vieron. Donde horas antes hubieran podido aterrizar, sólo jugueteaban las olas, como si nada hubiera pasado.

Y traspasando las últimas nubes tormentosas, pasó un rayo de luz sobre el lugar del siniestro, gentilmente, iluminando la superficie líquida con tintes alegres, sin preocuparse de lo que allí había sucedido. Importándosele a Júpiter, en su grandeza y poderío de dios supremo, cuanto había causado, hendió el espacio una legión de jubilosos dioses, alegres, tranquilos, difundiendo la claridad a su paso.

El avión valeroso, temido, que había conquistado con el esfuerzo de su poder la ex tierra pirata, se alejaba de allí, habiendo presenciado su final glorioso, epopéyico, no portando nada de su triunfo increíble.

\* \* \*

Como a las ocho de la noche, llegaron nuestros amigos a San Juan de Puerto Rico, habiendo observado con asombro a su paso que el huracán tan terrible se había deshecho tras aniquilar al desaparecido Peñón Rojo, convirtiéndose en frescos vientecillos, que, no causando daño, habían cruzado sobre las Antillas, regándolas en bienhechora lluvia.

Se unieron los marinos de nuevo a su jefe supremo, Redwood, portando al llegar las increíbles nuevas del cataclismo.

Muy pronto el cable, la telegrafía, la radio y la telefonía dejaron sobre las naciones del globo la sensacional jugarreta de la Naturaleza. Confirmada la nueva, el mundo cubrióse de luto. La ola gigante había dejado personas en duelo en todas las poblaciones de la tierra.

Pero no porque unos entristecieran otros no dejaban de regocijarse. Muy al contrario, como suele suceder entre los humanos, las potencias marítimas, todas juntas, se prepararon para inmolar a los pies del glorioso Ricardo la ofrenda al valor y a la audacia.

Mientras la escuadra vencedora, reunida completamente de nuevo en Borinquen, emprendía el regreso hacia los Estados Unidos, millones de almas preparaban el recibimiento más grandioso al héroe de tan singular aventura, al vencedor único del temido "Misterio del Golfo".

A todo vapor, las unidades de guerra emprendieron su ruta hacia el punto final de su deber cumplido.

Y el día 7 de septiembre, empavesadas, triunfantes, rientes, surcaron sus proas las aguas famosas de la bahía neoyorquina. A su llegada rompieron miles de sirenas en loco sonar, tronaron veintiún cañonazos en honor a los vencedores, y en un momento dado, al pasar el buque insignia ante la antorcha titánica de la estatua de la Libertad, todo hombre, mujer, niño y anciano detúvose en lo que estaba haciendo, a través de toda la nación, para exclamar, al anunció de campanas, avisos, pitos y silbidos, con patrio orgullo: "¡Vencimos porque luchamos con justicia y razón! ¡Viva Ricardo Wimong!"

No describiremos la entrada de nuestros amigos en la gigantesca urbe. Sólo anotaremos con brevedad que, cual Bird, Amundsen, Lindberg y otras gloriosas figuras, hicieron su desfile a través de calles donde los aclamaban millones, con rostro afable y agobiados a saludos, agasajados, gozando de la gloria y la fama que se habían creado, como héroes, como verdaderos titanes.

## CAPITULO X

### **Una historia sensacional**

Vivieron todos semanas de verdadera gloria, sin lograr descanso posible entre tanta fiesta y sarao. Hasta el mismo Presidente de la nación llamó a nuestros cinco amigos a la "Casa Blanca", en Wáshington, para estrechar las diestras de tan grandes hombres.

Y, por último, el sensacional proceso contra los bandidos del Peñón Rojo se verificó. El entusiasmo y las ansias por presenciarlo fueron tan grandes en el mundo entero, que para hallar local suficiente, donde cupieran los cientos de miles de espectadores, fué necesario celebrarlo en el gigantesco estadio de Nueva York.

El día primero de la vista, las quinientas mil localidades estuvieron repletas desde tres horas antes. Fué precisa la ayuda de cinco mil policías para introducir a los molhechóres ante el Tribunal. Veinte jueces, escogidos de entre los mejores del Cuerpo jurídico universal, formaban el grupo destinado a condenar y hacer penar a los causantes de tantos abusos.

A las ocho de la mañana hicieron su entrada nuestros amigos, nuestras amigas y el almirante Redwood. El estruendo y los aplausos que se oyeron al verlos el público fueron tan enormes, que ensordecían.

Tres mil hombres desfilaron ante los jueces y el Jurado, recibiendo diferentes condenas, durante dos meses que duró el proceso. Nosotros, deseosos de poner el final de esta narración pasaremos por alto tantos pormenores y describiremos solamente el diálogo sensacional sostenido por Maty Baldwin, el jefe supremo de la conquistada secta, y sus diferentes acusadores. Por medio de amplificadores potentísi-

mos, de radios y la telegrafía, todas las naciones del globo lo siguieron interesadas.

El hombre temido, temible, el magnífico pirata de los tiempos modernos subió al estrado con paso firme y seguro, con la vista alta y el rostro arrogante, contraídos sus labios en sonrisa despectiva. Hizo el jramento de rigor, saludó a los jueces y se sentó frente al público expectante y en completo silencio.

—¿Quién es usted?—tronó la voz del juez supremo.

—Soy Maty Baldwin, norteamericano, natural de Boston, de cuarenta y cinco años, casado tres veces, etc.

—Dejemos la broma, que se juega la cabeza—le amonestó su interlocutor.

—No estoy de bromas, señor. Se me preguntó quién era, y respondí del modo más amplio. ¿Qué hay de malo en ello?

—Prosiga.

—¿Con qué?

El magistrado se turbó por la presencia de ánimo de aquel hombre, y buscó aliciente en el mal humor.

—¿Cómo que con qué? Siga diciéndome quién es usted.

—Ya le he dicho lo suficiente y lo necesario. A menos que no se me hagan preguntas sobre algo en particular, no encuentro nada que de mi vida pueda interesar al Jurado que me juzgará.

Y arrogantemente paseó su mirada sobre los miembros del grupo sentenciador, como queriendo aniquilarlo.

—¿Qué le hizo a usted pensar en la fundación de una secta?

—Desde pequeño, siempre me gustó mandar, ordenar, que me obedecieran. Exasperado por el tratamiento que me daban mis padres, huí, a la edad de dieciséis años, del hogar paterno. No sabía dónde iba, y muy pronto, por pura casualidad, trabé amistad con un vagabundo, hombre de ideas elevadas, casi sabio, que de tanto recorrer mundo, guardaba en su cerebro revelaciones capaces de admirar a talentos. Intimé con él, llegando a ser su más ferviente admirador y discípulo. El me enseñó toda su ciencia, y yo la tomé como buena. Años después de su muerte, surgió en mi mente el propósito de materializar sus audaces creaciones, de dar vida a lo que le hizo soñar con tanto afán.

A todo esto, el público, maravillado, encontrando en aquel

desalmado lo que no esperaba, se había puesto en verdadera expectación, escuchando su relación con interés creciente.

—Valiéndome de varios amigos, intenté buscar dinero sin ningún resultado. Al cabo, no encontrando otro modo, saqué un banco.

—¡Ah! ¿Dónde?—le preguntó interesado uno de los miembros del Tribunal.

—Ahora no recuerdo exactamente el nombre, pero sí que estaba en San Francisco de California. La cantidad que lo gré ascendía a medio millón de dólares. Me vi rico, y al mismo tiempo perseguido de cerca por la justicia. Dudé, y creyendo, al fin, haber encontrado la solución al aprieto en que me hallaba, compré un barco de carga que estaba en subasta en Nueva Orleans, y con varios hombres, elegidos por mí mismo entre el hampa de aquel puerto, me lancé al mar sin ruta fija.

—¿Fué en esa fecha cuando se llevó a la fuerza al señor Kearns?

—Exactamente; me pareció un hombre inteligente, y tras tenerle vigilado un día entero, le apresé y le tomé a bordo. Me sirvió muchísimo durante los años que estuvo a mi lado como uno de mis jefes, mas cuando le quise con mayor insistencia, se arrepintió de todo lo pasado y me abandonó.

—¿No le acusa entonces de nada?

—Absolutamente de nada. Además de haberme hecho eso, siempre me había demostrado que odiaba la vida a la que le había llevado. Y prosiguiendo, dueño de un buque y con hombres a mis órdenes por vez primera en mi vida, me sentí feliz. Recorrí el golfo de Méjico de una punta a otra, valiéndome de los conocimientos que Kearns poseía, y que a la fuerza supe aprovechar. Por último, cuando ya escaseaban nuestras provisiones a bordo, apelé de nuevo al robo y asalté una goleta pescadora. Señores, di el segundo paso, y muy pronto, tomando el gusto a la cosa, seguí las aventuras hasta convertirme en verdadero merodeador del mar. Así proseguí durante un año entero, hasta que un día, la suerte en forma de borrasca marítima arrastró a mi barco hacia las costas del entonces solitario Peñón Rojo. Le encontré desierto y fértil; me gustó y tomé posesión de él. Para ese tiempo, mis hombres me habían demostrado una adhesión increíble, recibiendo mis órdenes como esclavos y no como subalternos. Formé mi guarida, completamente oculta, y de-

jando a varios marineros allí, salí de nuevo al mar. Ahora, valiéndome de mi dinero, conseguí relaciones con célebres bandidos, con hombres audaces y valientes, que, a mi igual, debiendo algo a la justicia, se brindaron a mis planes y me siguieron en aquella peligrosa vida. Así fué como llegué a dar el golpe maestro de mi vida. Comunicado secretamente de que dos cruceros gemelos aguardaban, completamente listos para su botadura, en los astilleros chinos, me decidí a tomarlos por astucia y hacerlos mis factores de guerra. Lo logré, casi a costa de mi vida, pues en el asalto a media noche recibí una terrible herida, y al cabo me vi el jefe de cientos de hombres, prestos a morir bajo un signo de mi mano. Mis sueños de niño se vieron realizados. Con la ayuda de estos dos nuevos barcos, pude robar varios más a diferentes naciones.

—¿Luego usted fué el causante de las misteriosas desapariciones de buques de guerra que acaecieron hace unos años?  
—inquirió el fiscal.

—Sí, lo fuí, y de ello sólo me vanaglorio.

—Entonces, ¿cree que sus actos son dignos de elogio?

—¿Por qué no? ¿Acaso no fueron valientes y audaces los hombres que conduje a la victoria?

—Efectivamente, lo son; pero usted los guiaba por un camino donde perjudicaba al mundo entero.

—¿Qué me importa? La humanidad nunca agradece nada, y sólo recuerda los daños y no los beneficios. Si me hubiera dedicado a hacer el bien, mi nombre se hubiera cubierto de una aureola de piedad y respeto, que no me venía bien; por el contrario, haciéndome un personaje temido y terrible, la gente me nombraría únicamente para hablar de mí con un temor que es precisamente lo que yo trataba de buscar. Mas dejemos esto y sigamos con mi declaración. ¿No cree, señor juez?

—En efecto, continúe.

—Seguí—prosiguió Maty con energía—mi obra de poderío y andanzas fantásticas, que me agradaban lo infinito, hasta hacer de mi guarida un refugio inexpugnable. Me sucedieron aventuras sin cuento en los cinco océanos del globo, en todos los continentes, sin dejar un punto de la tierra que yo no visitase, deseoso de aumentar mi botín enorme. Y todo lo transportaba al Peñón, que había elegido como morada. Llevaba ya cerca de tres años establecido en la is-

leta, cuando descubrí un día el cráter humeante del volcán, que ya todo el mundo conoce. Vi en él un peligro, y me propuse eliminarlo. Pero, ¿cómo? Entre mis hombres encontré por casualidad a un tal Singer, quien luego fué mi segundo, el que se comprometió a solucionar el conflicto. Me habló a solas y me expuso su plan: "Amigo—me dijo—, el asunto es grave, y, por lo tanto, las medidas a tomar son serias. Diferentes hombres de ciencia han probado mil veces que echando un caudal intenso de agua a un volcán en erupción sólo se motiva la precipitación de sus destrozos, en vez de calmarlos. Pero como yo soy opuesto a esa idea, propongo que hagamos el experimento con el que ahora tenemos nosotros. Hay noventa y nueve probabilidades de que volemos todos al lanzar el líquido al interior de cráter, y una de que no suceda así. ¿Qué creer?" Yo, señores, titubeé, y por unos instantes no supe qué hacer. Verdaderamente, la cosa era mucho mayor de lo que me la supuse al principio.

—No queremos sus opiniones, y sólo su narración—interrumpió agriamente uno de los jueces, quizá cansado de la vista.

¿Por qué lo hizo? ¡Desgraciado de él! El numeroso público, interesado, subyugado y completamente fascinado por aquel relato casi inverosímil, prorrumpió en estruendosos silbidos, protestas, insultos y denuestos contra el infeliz magistrado. En vano el juez supremo golpeó su mesa con el martillete imponiendo silencio y paz. No bastó nada. Los espectadores se calmaron cuando les vino en gana y sólo cuando se hubieron cansado de insultar al intruso.

De este acto, nosotros, lector, notaremos que la audacia inconcebible del bandido iba cautivando lentamente a sus acusadores.

Maty permaneció callado durante varios minutos. Al cabo, cuando se restableció el silencio, ni siquiera contestando con un monosílabo al que había interrumpido, prosiguió:

—Pero, señores, me decidí a jugarme el todo por el todo, y mandé comenzar los preparativos para el ataque científico a la montaña. Todo se realizó muy bien, y a los dos meses de intenso trabajo quedó instalada una inmensa planta eléctrica, unas enormes turbinas y un conducto capaz de arrojar millones de galones en un día al cráter. Por él, en un día señalado, subió una columna líquida formidable, que se precipitó como un trueno en el interior del planeta. Nos-

otros, mis hombres y yo, que permanecíamos embarcados a varias millas de la costa, sólo sentimos un trueno sordo y amenazador, que repercutió en el espacio por varios minutos. Después todo quedó en silencio, y así, el volcán fué vencido, sin que se rebelase hasta última hora, como ya ustedes saben.

—¿Cómo pudo darle corriente a la turbina y a la planta si estaba en el mar con todos sus hombres?—le preguntaron.

—Había dejado en la isla a un solo hombre, que voluntariamente se había ofrecido a ello. Tras todos estos sucesos, me decidí a colonizar y arreglar aquella tierra hospitalaria y providencial. Traje ingenieros australianos, a la fuerza, naturalmente, arquitectos españoles, electricistas alemanes; en fin, hombres de ciencia de todas las partes del globo. Con ellos logré hacerme de un sistema novísimo de canales, puentes, fuertes, caminos y todo lo que necesita una nación moderna. Así, en menos de dos años de trabajo, la isla solitaria y amenazada por el volcán se vió modernizada y poblada.

—Diga, Baldwin—interrumpió un juez—, ¿nunca tuvo usted el peligro de que barcos mercantes se acercaran a las playas del Peñón?

—Sí, muy a menudo, por cierto. Los numerosos trasatlánticos franceses y alemanes cuyas rutas pasaban muy cerca de "mi nación" intentaron detenerse en ella, una que otra vez, para hacer reparaciones y excursiones turísticas.

—¿Y cómo evadió sus visitas?

—Tenía diferentes medios. Uno de ellos era una máquina de mi invención, que podía lanzar al espacio más de diez mil bombas y cohetes artificiales por hora. Vistos desde lejos, cualquiera hubiera creído en los efectos del volcán.

—¿De modo que nunca tuvo que recurrir a la violencia para evitar un desembarque?

—Sí, cierto día, una expedición científica británica decidió explorar el volcán y embarcó con rumbo al Peñón. Lo averigüé por uno de mis agentes secretos en Londres, y, zarpando en mi "Misterio", los cacé casi en el centro del Atlántico, evitando así los que para mí hubieran sido funestos resultados.

—¿Qué hizo entonces con los hombres de ciencia?

—Como tales, los respeté y abandonéles en Centroamérica. Luego supe que habían regresado felizmente a su patria,

contando historias estupendas de mí, "the great chief", como me llamaron durante su cautiverio.

—Luego que se hubo regularizado el sistema de gobierno a que usted sometió a su secta, ¿no se rebelaron sus hombres contra usted en ninguna ocasión?

—Sólo una vez. Rogelio Pérez, un argentino que ostentaba el cargo de lugarteniente mío, intentó asesinarme en cierta ocasión. Inmediatamente lo recliné a prisión. Allí estuvo año y medio, hasta que, en forma para mí todavía desconocida, logró escaparse y huir de la isla. Nunca más he sabido de él.

—¿No tuvo ningún otro motín?

—Jamás; mis súbditos eran también mis fieles.

—¿Cómo es eso?

—Además de obedecerme con el cuerpo, los tenía también sujetos por el alma. A mi alrededor sólo había sectarios de una religión de la que soy fundador.

—¿Luego usted también es reformador?

—Bueno, tanto como reformador, no; pero sí he sentido siempre deseos de profesar y guiarme por mis creencias y no las de otros.

—Pero ¿usted cree en Dios?

—Sí, creo, mas en nadie después de él.

—Su religión es arriesgada entonces. Por lo visto, sólo tiene esa creencia, y tras ella, el resto no le importa.

—Sí y no. Tengo a Dios como un ídolo; pero no por eso lo considero con poder suficiente para gobernar a los hombres.

—Pero ¿cree usted que sin un ser supremo los hombres podrían regirse cuerdamente?

—Sí; la tierra ha de ser del que mejor use la cabeza.

—¡Ajá! Por supuesto, ¿acepta la poligamia y los demás errores de la civilización mal comprendida?

—Los acepto. ¿Por qué no? Además de que no son errores, creo que el hombre, desde el momento que es libre, puede hacer lo que le venga en gana.

—Pero si nos vamos a llevar por usted, el mundo sería sólo una morada de degradación e inmundicia. Se perdería la moral y llegaríamos a no respetar las leyes de la Naturaleza.

—Cada uno tiene sus ideas. A mí las mías me parecen perfectas. Siempre he considerado que el que hace bien no tiene por qué preocuparse de cómo piensa y obra.

—¿No querrá usted significar que con sus ideas y acciones salvaba a la humanidad?

—¿Por qué no? ¿Acaso no gobernaba sabiamente sobre mis hombres y acaso no les he guiado por un camino fácil y sencillo, sin complicaciones ni dificultades?

—Precisamente; como les dejó la vía franca, dándoles por norma un sinfín de reglas indeseables, ellos, que gustaban de cometerlas y obedecerlas, ya que así satisfacían sus pasiones, las siguieron gustosos.

—¿Indeseables?—inquirió, irguiéndose altivo y arrogante Maty—. ¿Qué hay en mis acciones de indeseable? Los humanos son envidiosos y traidores. Por lo tanto, hay que tratarlos con ferocidad y bajo el yugo de las armas, para que obedezcan. Luego que se les tiene sujetos y sumisos por las malas, se les permiten libertades para que sientan menos su opresión. Esta, respetable público, es mi doctrina. El gobierno de las masas debe ser del más valiente y del que mejor use la cabeza.

—¿Aconseja entonces una dictadura universal?

—No sólo la aconsejo, sino que me proponía establecerla. Ya que me hallo cautivo e impotente, no me importa confesarlo: mi idea era la de conquistar el mundo.

El público se estremeció. Una descarga eléctrica recorrió el estadio. A través de los miles de espectadores, la misma pregunta surgió en todos los labios: “¿Estamos frente a un loco o ante un hombre extraordinario?”

—¡Conquistar el mundo! ¿Sabe usted lo que dice?—inquirió asombrado el juez supremo.

—Sí, Excelencia. Cuando Napoleón nació, no tenía mayores contrincantes que yo. Era niño y endeble; y, sin embargo, con los años, su águila imperial se hizo dueña de cinco continentes. A él nadie le ayudó. Ni a mí tampoco. Su ambición fué la de llegar a ser dueño de Francia, y la vió realizada. La mía fué la de llegar a ser un dictador en cualquier parte del mundo. ¿Y acaso no lo fuí?

—Todo eso está muy bien, acusado; pero ¿creía usted que el hacerse dueño de la tierra era cosa tan fácil ahora como en los tiempos del gran Bonaparte?

—Quizá mucho más de lo que parece. En tan remota época, los hombres no poseían las armas y comodidades de ahora, pero no eran tan necios y tan cobardes.

—¿Cómo?

—Así mismo. Hemos llegado a una época en que los niños, desde que comienzan a andar, tienen todo a la mano, y sin esfuerzos, y es tal el hábito que forman, que todo lo que en sus vidas hacen, lo piensan, lo ejecutan y lo terminan como lo que han visto: como máquinas. No son hombres; son esclavos del "montón". Napoleón tenía a sus órdenes a miles de soldados que llegarían a asustarse de maniobrar un cañón de gran calibre, pero que no temblaban al tomar en sus manos el sable y lanzarse, al loco galopar de sus cabalgaduras, contra enemigos y huestes mucho mejor armadas que ellos... En la actualidad, los soldados no piensan. Se mueven y maniobran en los campos de batalla como hacen sus movimientos los tornillos y tuercas de una máquina gigantesca: sin saber el significado de lo que realmente ejecutan. Débiles, enfermizos y contrahechos, vagan los hombres actualmente por la tierra. Bien vestidos, eso sí, y muy finos y educados; mas con la podredumbre en la sangre y en el cerebro... Por todo esto, comprendí que me sería fácil dominarlos y subyugarlos.

Hablaba el bandido, y sus oyentes se maravillaban más y más. Aquéllas no eran ya las palabras de un bandolero común, sino de una cabeza privilegiada. El Jurado permanecía inmóvil, en expectación; los jueces meditaban en silencio; el público se movía en olas de admiración y recogimiento...

—Mi idea era loca. Tenía que luchar contra millones—prosiguió Baldwin, cada vez más exaltado—. Pero no me importaba; a nadie temía. No me consideraba un sabio, porque bien necio es el hombre que llega a creerse superior a sus semejantes; pero sí me tenía por poseedor de un cerebro menos materializado y mecanizado que el de mis hombres. ¿Acaso no es noble el deseo de un hombre de superar a los que le rodean, aunque sea en algo insignificante?

—Sí que lo es, pero no como usted se proponía.

—¿Cómo?

—Matando y destruyendo en forma salvaje.

—¡Bah! Aquellos cuyas vidas seguí no valían un ochavo para el progreso y la civilización.

—Entonces ¿quiere usted significar con sus palabras que el eliminar vidas jóvenes y saludables no tiene importancia?

—¡Claro! Lo que no es útil debe destruirse.

—¡Loco!—dijo interrumpiendo el juez supremo—. Eso, hombre de Dios, es lo único que se me ocurre decirle. ¿Có-

mo puede tener por justa y verdadera una idea tan errónea, tan inverosímil? ¿Cómo ha llegado siquiera a concebir que el matar a una persona no tiene importancia? ¿Puede haber mayor atrocidad? El quitar la existencia a un ser que vino a la tierra con su fin y su camino trazado, que es un factor de la vida universal, es un crimen, es un atentado contra la majestad divina... Señores del Jurado—prosiguió exaltado el magistrado—, este hombre, este acusado ante vosotros, es inteligente, casi sabio, no hay que negarlo; pero no merece perdón, no puede tenerlo. El mismo nos ha dejado ver que guarda en su mente una teoría completamente opuesta a nuestras leyes, a nuestras costumbres, a nuestras tradiciones... Según él, debíamos envenenar a los tuberculosos, electrocutar a los paralíticos, degollar a los sifilíticos, acabar, en fin, con millones de cuerpos que sufren enfermedades de las que no tienen la culpa ni siquiera indirectamente. Según él, señores, en este mundo sólo hay sitio para los perfectos, para contados seres, para privilegiados cuerpos que han tenido la dicha de salir perfectos, tanto material como espiritualmente. No, no y no. Todos los humanos tienen un derecho, y es al de la vida, al de gozar de ella. ¿Por qué quitarles lo único que realmente poseen? La conducta y las palabras de este hombre son perniciosas, peligrosas. Yo, como juez supremo de esta sesión, pido abiertamente su castigo. Su presencia entre pueblos civilizados sólo sería una intromisión, una amenaza a los códigos humanos que nos rigen.

El público había callado, y se hubiera oído el zumbido de una mosca o la caída de una aguja. Maty Baldwin aguardaba que su repentino acusador callara, con expresión siniestra, con un semblante demudado y colérico que no había mostrado antes. Ricardo, nuestro amigo, que se hallaba sentado en la tribuna de honor, con sus amigos, padres y novia, le observaba detenidamente, al mismo tiempo que estudiaba las contracciones repentinas y enérgicas de sus facciones.

El juez siguió, al mismo tiempo que se levantaba y comenzaba a gesticular:

—¡Mírenle, contémpenle!— agregó señalándole—. ¿Veis cómo al oír mis palabras ha palidecido? ¿Contempláis cómo al escucharme ha cambiado repentinamente su actitud altiva y dominante por la de lo que realmente es: la de un hombre colérico, envidioso, traidor, pérfido, capaz de ase-

sinarnos a todos sólo porque le estorbamos para sus planes de conquista? ¡De conquista! ¡Ja, ja, ja! ¡Me río yo! Lo que pretende ese hábil saqueador es engañarnos, atraparnos entre sus maliciosas artimañas con la exposición de sus sentidas convicciones, y lograr así lo único que le interesa: que le absuelvan... Mas no ha de conseguirlo, porque hay aún hombres en este país que saben conocer los verdaderos sentimientos de un individuo, que no se dejan engatusar por falsas demostraciones. Y entre esos, señores del Jurado, estáis vosotros. No creo que nada de lo que el acusado haya dicho ha hecho mella en vuestros corazones, en vuestras normas siempre fieles a la verdad y a la justicia. Este malhechor no merece compasión, no debe tenerla. A la vista tenemos aún sus innumerables crímenes, que, para mayor escarnio, confiesa él mismo con orgullo... Decidme, ¿qué prueba esto? Sencillamente, que su cerebro es anormal, que sólo se guía por el crimen y no por lo que, para engañarnos, ha confesado ser sus ambiciones de conquistar la tierra bajo su mano.

—Me opongo a que siga insultando a mi defendido—interrumpió, sin poder contenerse, el abogado defensor—. No tenéis, Excelencia, el menor derecho a apostrofarle en público, cuando sólo habló en su propia defensa.

—¡Lo tengo!—exclamó colérico el juez—. Este hombre que defendéis no ha perpetrado un solo crimen, sino cientos, miles. No podéis, pues, alegar que no tiene culpa. Criminales como él, cuya culpabilidad es palpable y está a simple vista, no deben someterse a juicio, sino ajusticiarse sin demora. ¿Qué ganamos con tenerle sometido a una causa tan larga, sólo digna de un inocente, cuando todos conocemos sus fechorías, hasta de su misma boca?

Hablaba el magistrado con un exaltamiento inesperado, que parecía brotar de un encono por mucho tiempo contenido. El numeroso auditorio guardaba un silencio impresionante. Los jueces y el jurado habían tomado posiciones expectativas. Ricardo vigilaba a Maty; Elena se apretaba contra su prometido.

Y de pronto sucedió algo inesperado. A medida que el juez supremo continuaba en su alocución vibrante, el rostro del malhechor habíase ido contrayendo hasta tomar una actitud feroz, cruel. Y al llegar un instante en que el dedo índice del que hablaba amenazó a Maty, éste pareció enloque-

cer, cual si su cerebro se hubiera reventado. Como una fiera, de un salto terrible, brincó del banco de los testigos y cayó sobre su acusador.

La agresión fué tan inesperada, que cuando el público dijo "¡Ah!", ya el juez supremo yacía estrangulado de la manera más brutal, a los pies del acusado.

Corrieron los vigilantes y los jueces. Levantóse la gente sobresaltada y una confusión enorme reinó en el estadio por unos minutos.

Cuando se restableció la calma, Ricardo, que había salido precipitadamente de su sitio, había logrado sujetar fuertemente al asesino, mientras numerosos policías cargaban el cuerpo inerte del desgraciado magistrado y lo sacaban del sitio donde tan trágicamente había encontrado la muerte.

De más está que prosigamos la vista del proceso cuando tan palpablemente quedó demostrada la verdad de las palabras del difunto.

Maty Baldwin, el jefe supremo de la secta vencida, fué electrocutado, dos meses después de la escena descrita, en una penitenciaría federal.

Y sus numerosos sectarios vivieron en el sitio de su castigo. Habiendo sido desterrados a Alaska, vagaron posiblemente por las estepas glaciales, donde con trabajo levantaron poblados miserables, que, a más de ser sus refugios contra el frío, les sirvieron de protección común contra los lobos y los elementos.

La mayor parte de los desterrados no eran hombres malos en sí, pero capaces de serlo, tanto por su religión como por sus costumbres. Para evitar esto, fué por lo que el Jurado acusador les dió un castigo común. Si habían vivido bien hasta aquel momento, a costa de sus semejantes, bueno era que sufrieran de allí en adelante, como castigo a sus fechorías sin cuento.

Mas no está de sobra agregar, antes de terminar, que llegaron a regenerarse y obtener, diez años más tarde, el completo perdón de sus faltas.

Quizá hoy en día (1985) vivan diseminados por el mundo, como ciudadanos honrados y cumplidores, olvidados de que en un tiempo remoto fueron habitantes del Peñón Rojo, sectarios del "Misterio del Golfo".



COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

## EPILOGO

Y hubo otros, lector, a quien la muerte y la fortuna les sonrió beneplácitamente.

Míster Kearns fué tan bien recompensado por su arrepentimiento, que vivió el resto de su vida dedicado únicamente a prodigar el bien por todos lados. Su vida fué una completa regeneración.

Mandell, también perdonado y protegido por la justicia, tomó a su cargo a Juanito. Se dedicó a una vida de negocios lícitos, que lo enriquecieron en poco tiempo. En cuanto al niño, internado en un colegio militar, llegó a ser el orgullo de su protector. Así como había sido un pequeño salvaje en el Peñón, se convirtió en un caballerito y luego en un militar, que honraron a Ricardo y a todos los que lo habían redimido.

Conrado fué ascendido a capitán de un crucero; Rodolfo, a jefe de una división de submarinos; Alfredo, a lugarteniente de Redwood, y por último, Federico se unió a Ricardo en sus amplios y extensos negocios, triunfando ambos en toda la extensión de la palabra.

Pero, a pesar de sus diversas ocupaciones, los cinco héroes no se separaron jamás. Sus casas fueron construídas en círculo, y con el tiempo, sus hijos formaron una pequeña sociedad que recibió el nombre de "Los Centauros II".

Ahora bien, ¿con quién unieron sus vidas nuestros amigos?

¡Ah! En mitad de sus luchas y pesares, sus corazones guerreros habían sido atrapados por Cupido.

Y así, exceptuando a Rodolfo y Alfredo, que tenían novias en los Estados Unidos, Ricardo, Federico y Conrado fueron al altar llevando del brazo a quienes el lector debe imaginarse: a Elena, Dorothy y Sara.

Reinó la felicidad sobre aquellas tres parejas al final de sus sinsabores y amarguras. Ricardo, enriquecido fabulosamente por la producción de su invencible avión, pudo brindar a su encantadora esposa una completa compensación a todo lo que había sufrido.

Y Elena y él, que han sido los personajes más importantes de esta narración, son, lector, los que van a llenar su última página.

Hagamos un avance y describamos la escena en que, acabados los sucesos trascendentales de la causa de los bandidos, el regreso, las paradas, las recepciones hechas a los vencedores, etc., se encontraron, al fin, solos nuestros dos gloriosos amantes.

En el jardín de la residencia del padre de la joven todo era calma, todo quietud. Soplabla una brisa matinal, endulzando la tierra y las flores, arrastrando por el espacio el sabor de aquélla y el aroma de éstas.

Era un Edén florido, donde las dalias y los rosales, los claveles y los jazmines, en reverencia graciosa, doblegaban sus talles bajo la brisa... Era primavera, y la Naturaleza brotaba nuevamente, espléndidamente, a gozar de la vida.

En un banco lejano, bajo la sombra de unos cipreses, una pareja feliz y jubilosa entonaba un himno de amor y de felicidad. Ricardo y Elena, esposos ya, mudos, absortos el uno en la contemplación del otro, cruzadas sus manos en cariñoso apretón, cambiaban frases que transparentaban su inmensa dicha.

—Vida mía—decía el joven—; al fin, solos con nuestro amor. ¿Qué mayor placer podemos tener?

—Sí, Ricardo; de tanta fiesta y algazara, no habíamos logrado un solo instante para nosotros.

—Pero al cabo, amada mía, nada impide que gocemos de nuestro amor. El próximo lunes partimos hacia una tierra extraña, exótica, hacia una isla tropical, bella y llena de sol, donde nadie turbará nuestro recogimiento, donde espero vivir, mi Elena, meses de intensa dicha, siempre a tu lado.

—¡Ah! ¿Y cómo te guardabas la sorpresa?

—Te la reservaba para este momento.

—¿Y qué sitio es ése?

—No te apures dónde pueda ser, que con sólo saber que allí no existen teléfonos ni autos, bullicio, ni algazara, etiqueta, ni convencionalismos, nos es suficiente. ¿No?

—Sí, "feo".

—Luego, "fea", regresaremos al lado de mis padres, a nuestra casa, a una vivienda semejante a un nido, donde nada seguirá estorbándonos para que nos adoremos.

—¡Qué bueno eres, Ricardo! Pero tan sólo dime: ¿por qué me ocultas todas esas cosas tan bonitas?

—¡Oh! Es que no quiero que te preocupes de nada. Tras tus intensos sufrimientos y congojas, no deseo otra cosa que hacerte la vida una ilusión. Quiero que vivas ignorando lo que vas a hacer dentro de cinco minutos, y así serás feliz, ya que nada hay mejor que el "no saber".

—Calla, calla, mi bien, que si sigues hablando así, nunca lograré pagarte tanta dicha como actualmente me proporcionas.

Y los dos amantes, radiantes de pasión, con celestial sonrisa en sus rostros viriles y llenos de vigor, se fundieron en un casto abrazo, cobijando así sus corazones en protectora unión.

Sopló la brisa... Crujieron los árboles, y los pajarillos en ellos, como palpando intensamente las emociones de aquella demostración amorosa, cesaron por un instante en sus trinos y gorjeos. Enmudeció la Naturaleza toda, y sus dos bocas, ansiosas de cariño, sellaron aquel gran amor con un beso puro, salido de una sincera atracción, tan sincera, que quizá hizo doblegar la rama de un árbol cercano y dejar pasar un rayo de luz solar a través de la sombra, para así demostrar que el Universo entero se regocijaba y aprobaba la fusión de aquellos dos amantes gloriosos, héroes ambos de un drama gigantesco, de una epopeya que la historia guarda aún en su más brillante página...

FIN



# INDICE

	Páginas
Una breve introducción. (Para los lectores de "El Misterio del Golfo".).....	5

## PRIMERA PARTE

### Un avión maravilloso.

Capítulo primero.—"El Centauro" en escena.....	7
Capítulo II.—Si retrocedemos.....	12
Capítulo III.—La cosa se pone a punto.....	18
Capítulo IV.—Un rescate emocionante.....	21
Capítulo V.—Revelaciones sorprendentes.....	26
Capítulo VI.—Declaraciones.....	31
Capítulo VII.—En el antro de los piratas.....	38
Capítulo VIII.—Descifrando el "Misterio".....	40

## SEGUNDA PARTE

### Conquista de gigantes.

Capítulo primero.—Juanito.....	47
Capítulo II.—Un encuentro providencial.....	55
Capítulo III.—Lucha en el bosque.....	61
Capítulo IV.—Al fin, frente a "él".....	71
Capítulo V.—Wilde.....	76
Capítulo VI.—Dónde comienza el interés de las lectoras.....	85
Capítulo VII.—Aclarando.....	90
Capítulo VIII.—"Si el lector no se aburre".....	93

## TERCERA PARTE

## El cataclismo.

Capítulo primero.—Preliminares.....	99
Capítulo II.—Un encuentro inesperado.....	104
Capítulo III.—Hostilidades... Lucha.....	113
Capítulo IV.—Amor..., dios de ensueño.....	118
Capítulo V.—El ataque.....	123
Capítulo VI.—El combate.....	133
Capítulo VII.—La destrucción del "Misterio del Golfo".	144
Capítulo VIII.—El fin se aproxima.....	158
Capítulo IX.—La catástrofe.....	166
Capítulo X.—Una historia sensacional.....	172





Periodo DR. A. FERNANDEZ SPENCER, 1989

